Celesti Thomas

REGRESO A VILLA BLUE

¿Has pensado en pausar tu vida para reconducirla de nuevo?

Regreso a Villa Blue

Celesti Thomas

Título: Regreso a Villa Blue.
Derechos de autor © 2023 Celesti Thomas

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos

NOTA DE LA AUTORA

El contenido de esta obra es ficción.
Cualquier semejanza con la realidad es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora

A todos los que apoyan mis sueños.

“El tiempo pasa.
Lo digo contenta a los que sufren.
Sobrevivirán.
Hay un sol.
Aunque ahora no lo crean.”
Emily Dickinson, (1830 - 1886)

CAPÍTULO 1

¿Alguna vez has pensado que tu existencia carece de sentido? ¿Has tenido la sensación de que en ningún lugar encajas?

Aquellos pensamientos se prolongaron demasiado en el tiempo. El sentimiento de vacío y la frustración inundaron todas las facetas de mi vida.

Había tocado fondo y al fin era consciente. Me di de bruces con mi propio límite. No me reconocía. Cuando me contemplaba en el espejo, evitaba mis ojos. Me producía miedo mi propia mirada. Se había tornado dura y fría, con un matiz triste que solo yo distinguía. Necesitaba parar.

El día que decidí pausar mi frenética vida, me dirigí al pueblo de mi infancia. La ansiedad que experimenté produjo que condujese más rápido de lo estipulado. Hasta que me percataba y aminoraba la velocidad.

La agitación se adueñó de todo mi cuerpo. Tenía una desagradable sensación de peligro inmediato. Tanto la respiración como el ritmo cardiaco estaban acelerados. Poseía las palmas de las manos sudorosas, y percibí un sutil temblor en las piernas. No era seguro conducir un vehículo en mi estado, pero la carretera por la cual circulaba permanecía desierta.

Suerte que conocía cada recodo del camino a la perfección. Todo se hallaba oscuro y viejo. Me producía temor mirar un instante por la ventanilla. Las rocosas montañas imponían cierto respeto y, al otro lado de la estrecha carretera, el precipicio era algo que opté por ignorar.

En la radio anunciaron el inicio de la primavera. Hecho que coincidía con mi trigésimo quinto cumpleaños. Nada de aquello me importaba. Solo quería huir y esconderme de todo y de todos.

Había llegado a una edad en la que, se suponía, debía tener la vida resuelta y bajo control, pero la estabilidad no era la palabra que mejor definía mi existencia en aquel momento.

De cuando en cuando, las lágrimas hacían acto de presencia y se deslizaban por mi escuálido rostro. Las retiraba, rápidamente, con los dedos.

Sobre las once de la noche, me introduje por un camino de piedra, y vislumbré una casa, grande y antigua, depositada en la falda de la montaña. Acerqué mi rostro al parabrisas para contemplarla mejor. Hasta en la oscuridad se percibía el color amarillo de sus agrietadas paredes. Aparqué entre los matorrales. Me miré un momento en el espejo retrovisor. Las oscuras ondas, que componían mi cabello, se hallaban alborotadas al igual que mi estado anímico.

Salí del vehículo. Las piernas me temblaban de tal modo que temí que me fallasen al andar. Sentí todas las extremidades débiles, y la boca seca.

El resplandor pálido de la luna me permitió entrever el amplio terreno. Estaba abarrotado de árboles y tallos descuidados. Escuché a un perro ladrar en la lejanía. Un ladrido afónico, áspero y triste.

Observé mi nuevo hogar durante unos segundos. La vieja casa era tan descomunal que parecía tener vida propia. Allí viví con mis padres y mi abuela hasta los doce años de edad. Era uno de los pocos lugares que me traía buenos recuerdos.

Deambulé con lentitud por el terreno. Mis tacones provocaban crujidos secos.

Hacía dos años que no pisaba aquellas tierras. Desvié la mirada un instante, y contemplé el pueblo iluminado en la distancia. Dos kilómetros de carretera me separaban de él. Las farolas, que alumbraban la villa de noche, asemejaban brillantes esferas suspendidas en el aire. La luz que radiaban permitía vislumbrar algunas fachadas. Las otras permanecían en la sombra.

No sabría decir, con exactitud, cuando decidí regresar. Después de una acalorada discusión con mis progenitores, subí al coche y conduje, sin meditarlo dos veces, hasta allí. Siempre llevé conmigo aquel lugar.

Vivía en piloto automático, pero la más insignificante circunstancia me despertaba algún recuerdo. Simplemente añoraba sentirme como allí me sentí.

Contemplé el cielo. Se hallaba oscuro y despejado, repleto de astros brillantes que emitían destellos.

Estaba agotada física y mentalmente. Todo el cuerpo me pesaba, y una presión envolvía la parte superior de mi cabeza. Justo en el instante en el que dirigí la vista al suelo lloré. Grité de impotencia y me cubrí el rostro con las manos. Quise coger una piedra y lanzarla con fuerza lejos. Necesitaba calmar de alguna forma mi rabia interior.

No me dejé guiar por aquel impulso. Me senté abatida entre los hierbajos. No me importó ensuciarme el vestido negro de marca.

Permanecí en esa postura, con la cabeza apoyada entre las piernas, un largo periodo de tiempo. Los pensamientos transitaban tan acelerados que hasta hubo un momento en el cual dudé de dónde estaba. Tenía una horrible sensación de irrealidad. Cerré los ojos, con fuerza, y supliqué que todo fuera un mal sueño.

¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Cómo era posible que todo se hubiera torcido tanto?

Desperdicié y arruiné mi vida sin apenas ser consciente. Una serie de actos mecánicos me condujeron a un destino que despreciaba. Deseaba escabullirme de mi situación actual, pero no encontraba la forma y aquello me desesperaba.

Me hallaba atrapada dentro de una habitación oscura. Un habitáculo carente de interruptores, ventanas y puertas.

Era como si me hubiese precipitado por un pozo hondo y borroso. El agujero por el que se filtraba la luz quedaba a una distancia descomunal, y no encontraba la manera de ascender hacia él.

El perro empezó a ladrar, de manera insistente, y me abandoné a su chillido para dejar de pensar.

Al cabo de un rato, me incorporé con dificultad. Estaba convencida de que debía quedarme allí unos días. Supuse que la pesadez y el malestar desaparecerían si conseguía descansar un poco. De no ser así, no me creía capaz de funcionar como persona.

Imaginé que alguien me encontraba enroscada entre las sábanas, y la noticia correspondiente en el periódico local:

«*Algo parecido a un ser humano ha sido localizado en una casa deshabitada. No merodeen por los alrededores hasta que nos aseguremos de que no es peligroso*».

Como el brillo de un relámpago, que atraviesa el cielo encapotado, una idea irrumpió con fuerza en mi caótica mente: No iba a volver a la ciudad durante un largo periodo de tiempo. Primero debía encontrarme mejor conmigo misma.

El estado de confusión que sentía no impidió que los momentos vividos con mi abuela volvieran a resurgir de mi memoria a partir de aquella noche.

***

Una mariposa negra se posó sobre una piedra pequeña. Me acerqué para contemplarla. Las alas se hallaban colmadas de rayas blancas y lunares naranjas. Todos desiguales. Me senté a su lado para parlotear con ella. El insecto no se inmutó.

Llevaba mucho cuidado. No quería ensuciarme el vestido rosa que mi madre me enfundó aquel día. El calor apretaba, y el atuendo me molestaba. La tela se pegaba a mi cuerpo, y me rascaba la barriga con ímpetu.

Escuché los pasos de mi abuela sobre la hierba. Se dirigía hacia dónde yo estaba sentada. Me tendió una manzana caramelizada. Cuando me percaté del dulce, me levanté de un salto y emití un grito de alegría.

—Gracias por todo, Felisa —le dijo Mary que se encontraba a su lado —. El próximo día, traeré un pastel de fresa y nata —añadió, dirigiéndose a mí.

Asentí a la vez que relamía la cobertura de caramelo. Mis trenzas, negras como el carbón, se balanceaban a causa del entusiasmo.

Mary era amiga de mi abuela. Se conocían desde que eran pequeñas. Últimamente, la mujer parecía decaída. La blusa blanca que lucía resaltaba el morado que bordeaba sus ojos.

Atardecía y los rayos del sol formaban redondeles brillantes sobre el

coche plateado de Mary. La contemplábamos marchar hacia él. Me percaté de que su corto cabello estaba repleto de canas. Ya no se lo teñía con ese color pardo que tanto me gustaba. Una tonalidad que poseía un toque reluciente.

—Que la vida no nos dé todo lo que el cuerpo puede aguantar —susurró mi abuela para sí misma.

Antes de introducirse en el coche, se giró hacia nosotras para dedicarnos una sonrisa.

Su mirada verde se mostró ensombrecida y, aunque el tenaz carácter lo mantenía, había perdido fuerza.

—¿Qué le ocurre a Ruth? —inquirí—, ya no viene a tomarse el café…

—Sigue malita.

Alcé la vista para observar a mi abuela. Todo en ella era menudo, pero enérgico al mismo tiempo. Lo único majestuoso era el moño gris con el que le gustaba adornar su aspecto.

Lucía vestimentas modernas, y disfrutaba embadurnando su rostro de maquillaje. Técnica que dominó a la perfección. Muchas lugareñas acudían a ella cuando tenían algún evento o compromiso social.

Siempre fue una mujer avanzada y su presencia lo desprendía. Gozaba de una personalidad tolerante y firme a la vez. Su amiga Mary la definía como un alma tierna con arrebatos apasionados.

Ruth, Mary y mi abuela Felisa compartían una amistad sólida y estrecha. A menudo, se reunían en casa. Merendaban y conversaban mientras rememoraban antiguas anécdotas. Tenían muchos detalles conmigo, y notaba que mi presencia no les causaba ninguna molestia. Por el contrario, mis ocurrencias les producían mucha gracia y alegría. Esto causaba que disfrutase de la compañía de aquellas tres vitales señoras.

CAPÍTULO 2

Cuando me desperté, la luz matinal invadía toda la estancia. La claridad, de los rayos del sol, me ayudó a abrir los ojos.

Aquella noche dormí profundamente y todo el cuerpo me dolía. Hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien. Me quedé un rato acostada en la cama. Me costaba espabilarme y me incorporé con cierta dificultad.

Abrí la ventana de la habitación y contemplé las montañas un instante. Formaban relieves de diverso tamaño. Algunas poseían la cima llana, y otras exhibían su extenso pico con orgullo. Eran rocosas y, a la vez, disponían de una amplia variedad de vegetación. De niña, las exploraba con mis amigos del pueblo. Sonreí ante aquel recuerdo.

Observé de soslayo mi reflejo en el cristal de la ventana. Un puñado de huesos sostenía una piel pálida. Era como vislumbrar a un espectro en pena, anhelante de encontrar la luz.

El estómago empezó a rugir y supe enseguida a donde debía de ir. Me adentré en el cuarto de baño y, antes de acicalarme, contemplé mi reflejo una vez más. Tenía los ojos de mi abuela, aunque mi mirada gris perdió la ternura que ambas compartíamos. Arreglé la rebelde melena, como pude, con los dedos, y alisé el vestido negro que portaba. Mi único atuendo disponible.

Salí directa a coger el coche, pero me detuve a medio camino. Caí en la cuenta de que había adquirido la costumbre de depender de ese trasto para todo. Decidí ir andando.

Las coloridas fachadas de las casas que componían la villa relucían al abrigo del frondoso bosque. El malva, el rosa y el amarillo eran las tonalidades predominantes y aportaban alegría al paisaje.

Me disponía a emprender la marcha cuando reparé en la presencia de un enorme gato pelirrojo. Me contemplaba fijamente con sus rasgados ojos verde lima. El felino se hallaba al cobijo de un viejo olivo. Aunque su presencia despedía formalidad, en su mirada capté un matiz burlón.

—¿Has venido a compadecerte de mí? —le pregunté en un susurro—, ¿te hace sentir mejor observar los dramas ajenos?

El gato me observaba sin parpadear. Me acerqué un poco más a él. Era extraño que no huyera de mí.

—Creo que te voy a llamar *Mustio* —murmuré—. Ay, Dios… ¿Qué hago hablando con un gato?

El bar de Mike reposaba en una esquina de la calle más frecuentada del pueblo. La mayoría de negocios se encontraban allí. Los lugareños transitaban por la amplia avenida con calma. Portaban

bolsas por las que asomaban los artículos adquiridos.

Los locales disponían de cristaleras que permitían ver los productos ofertados.

El bar de Mike conservaba su aspecto tradicional. Poseía un aire a taberna vieja. Se hallaba adornado con un pesado portón de madera que servía de acceso al establecimiento.

Cuando entré, caí en la cuenta de que mi valiosa vestimenta desentonaba. Estaba abarrotado, en su mayoría, de hombres de campo que jugaban a las cartas con una pipa apagada entre los labios.

Me senté en una mesa apartada, justo debajo de los antiguos retratos del equipo de fútbol local, y esperé a que me atendieran. Olía a pan tostado y a café recién hecho. Aunque percibí alguna que otra mirada curiosa, no me sentí fuera de lugar. Estaba muy familiarizada con aquel sitio.

Vi a Mike preparar zumo de naranja detrás de la barra, y no pude evitar esbozar una media sonrisa. Iba vestido como de costumbre: vaqueros rotos, camisa a cuadros y una gorra de color rojo intenso colocada hacia atrás. Todo en él era amplio y fuerte. Su pose mientras trabajaba denotaba experiencia. Me pareció una roca firme, en la orilla del mar, a la que el bravo oleaje había sabido forjar.

Hacía dos años que no lo veía, y sus grandes ojos castaños seguían conservando su inocencia habitual.

De niños pasábamos, prácticamente, todo el tiempo juntos. Disfrutábamos imaginando que entre las montañas del pueblo se escondía un gran tesoro. Una reliquia secreta que debíamos encontrar. Las historias de aventura nos cautivaban por igual e imitábamos el comportamiento de nuestros héroes y heroínas favoritos.

En aquel instante, me miró y lo saludé con la cabeza. Arqueó las cejas, sorprendido, y se dirigió con paso pausado hacia donde me encontraba. A la vez que sentía que se aproximaba, intenté desviar mi atención. Una vez llegó a mi altura, me miró de arriba abajo en silencio, con una expresión burlona en el rostro, y no pude contener la risa.

—Dichosos los ojos… si es Emma —comentó—, ¿cómo tú por aquí?

—He venido a pasar unos días —respondí, intentando aparentar serenidad.

Se sentó un instante conmigo y bromeó como de costumbre. No importaba el tiempo que transcurriera sin verlo. Siempre me hacía sentir a gusto, en familia. En la villa no se notaba, en exceso, el paso de los años. Todo permanecía prácticamente igual. Su abuelo lo llamó desde dentro de la cocina.

Recordé aquel hombre enérgico, y de carácter fuerte, con claridad. Siempre portaba su media melena grisácea recogida en una

coleta baja. En el pueblo, le llamaban *el doctor milagro*. Apodo que estaba relacionado con su empleo anterior. Había trabajado muchos años como cirujano en un hospital cercano, oficio en el cual destacó. La gracia para operar que poseía, le otorgó una fama mundial que desentonaba con su sencillez.

Disfrutaba de la jubilación ayudando a Mike en el negocio. Ocupación que compaginaba con un apacible entrenamiento de ajedrez. Un juego que poseía múltiples beneficios para el cerebro.

Evoqué multitud de momentos vividos con él. Su verdadero nombre era John. Creativo y resuelto, nos embarcaba en su peculiar furgoneta morada con la que recorrimos toda la sierra de la villa y parte de los alrededores.

Tenía mucha amistad con mi abuela, y solía unirse a los planes que hacía con Mary y Ruth. Siempre intuí una especial complicidad con esta última, pero mi abuela Felisa rehusaba responder mis descaradas preguntas. John se quedó viudo muy joven, y Ruth estaba divorciada. Un romance entre los dos era un hecho posible.

Cuando su nieto le informó de mi presencia, corrió a buscarme y me tendió un caluroso abrazo.

—¡Voy a prepararte un desayuno de escándalo! —anunció con un guiño de ojo cómplice.

Debía ampliar mi fondo de armario, y me dirigí a una pequeña tienda de ropa que había al lado del bar. La dueña se llamaba Susan. Toda mi infancia recuerdo a esa mujer sentada en la entrada de su recargado establecimiento, escrutándolo todo con sus diminutos ojos azules. Los atuendos que allí se exhibían eran poco modernos. Vestidos amplios con ridículos estampados florales. Entré y escogí, con rapidez, ropa deportiva de color azul marino. Temía que, más pronto que tarde, empezara a acribillarme a preguntas.

—Aquí no encontrarás muchas cosas de tu estilo, cielo —dijo con su voz aguda.

—Me llevo esto —informé, haciendo caso omiso a su comentario.

—¿Qué tal está tu familia? —inquirió mientras me observaba de refilón. Se sujetaba el cuello de la camisa con su mano derecha. Gesto que ejecutaba con frecuencia, y le otorgaba un aura cotilla.

—Todos están bien. ¡Gracias!

Le pagué, lo más deprisa que pude, y cogí la bolsa de tela. No le devolví la pregunta, pues sospeché que su respuesta se prolongaría más de lo necesario e incluiría detalles privados que prefería no conocer.

Una vez a salvo de padecer una incómoda entrevista, recordé que en las afueras del pueblo había un supermercado. La casa se hallaba desprovista de todo lo necesario para subsistir.

Siempre me habían gustado las grandes superficies. Lo encontrabas todo y ahorrabas en tiempo. Poco a poco, aprendí a apreciar la cercanía del comercio local.

Cuando me adentré, decidí que no me reprimiría. Pasillos repletos de comida sabrosa y prohibida.

El establecimiento poseía una luminosidad excesiva, y la música retumbante te empujaba a comprar compulsivamente. Sin meditar en demasía las elecciones.

Toda mi vida fui aleccionada sobre la importancia de llevar una dieta equilibrada. En la ciudad, solo comía carne o pescado a la plancha con guarnición de verdura hervida.

Me encaminé a la sección de dulces y llené la cesta de chocolatinas. Pensaba atiborrarme a chucherías sin culpa.

Cuando anocheció, estaba agotada. Llevaba horas limpiando aquella casa de doble planta. Sin tener mucha experiencia, me las ingenié con los productos de limpieza para que el ambiente oliera a flores frescas. Tenía que poner cuidado en la tarea, pues todo estaba compuesto de delicada madera.

En el piso superior, había dos habitaciones: la que perteneció a mis padres y la mía. Ambas con su correspondiente cuarto de baño. Lo limpié absolutamente todo. Hasta lo que sabía que no iba a utilizar.

La parte inferior tenía una cocina, el salón y la estancia de mi abuela Felisa. Una corriente recorrió mi columna cuando me adentré en su habitación. El vello se me erizó al vislumbrar su lecho. Cientos de noches me tendí junto a ella. Me dejaba envolver por la afectuosidad de sus brazos. Mi abuela poseía una gracia particular para contar historias de su juventud. Algunas eran tan apasionantes que luego tenía dificultades para conciliar el sueño.

El duro trabajo lo compensé con barritas de chocolate rellenas de almendras y caramelo.

El dolor de cabeza era persistente. Además de acicalar mi nueva morada, me dediqué a solucionar gestiones, como el tema de la luz y el agua, que me garantizarían la comodidad durante mi estancia.

Sentada en el porche, me percaté de que el móvil seguía atrapado en el bolsillo de mi negro y polvoriento vestido. Estaba apagado y tenía la intención de que siguiera así un tiempo.

Lo cogí, y lo contemplé un instante. Ignoré la vocecita que me sugería que volviera a guardarlo, y lo encendí. Tenía cinco llamadas: tres eran de mi madre y dos de Tony. Lo apagué de inmediato.

***

Me relamía los labios mientras observaba el bizcocho casero que reposaba sobre la encimera. Estaba recién hecho. Una costra tostada, repleta de burbujitas, lo cubría.

—¿Puedo coger un trozo? —le pregunté a mi abuela con timidez.

—Pues claro —contestó con ese tono reconfortante que la caracterizaba—. Creo que ya se habrá enfriado… —murmuró—. Espera, que yo te lo doy.

Victoriano, el hermano de mi abuela, deambulaba de un extremo al otro de la cocina. Era un hombre hipocondriaco que evitaba el contacto social.

Cada poco tiempo, se ausentaba para adentrarse en el cuarto de baño.

—Es una pava. Siempre está cagando —comentó mi abuela con un matiz burlón en la voz.

Cuando Victoriano regresó a la cocina de nuevo, se tiró un pedo sin pudor alguno.

—Ya se está preparando la pava —dije de manera espontánea.

Ambas estallamos de risa, y las miguitas del bizcocho me provocaron una tos repentina.

Mi abuela, entre carcajadas, me tendió una servilleta de papel. Podíamos percibir la mirada mosqueada de Victoriano sobre nosotras.

Justo en aquel instante, sonó el teléfono. El timbre nos libró de una inmediata reprimenda. Mi abuela se encaminó hacia el salón para contestar, y yo la seguí mientras merendaba.

—Vale, John…gracias —dijo con voz temblorosa—. En cuanto pueda, me acerco.

Colgó el auricular, y caí en la cuenta de que su semblante había palidecido.

—¿Qué ocurre?

Mi abuela aterrizó en el sofá con dificultad, pues todo el cuerpo le temblaba.

—Cariño… —susurró mientras depositaba su mano en mi mejilla—. Ruth ha fallecido.

El trozo de bizcocho se me cayó al suelo, y noté como los ojos emergían de las órbitas.

—Es algo natural —añadió, aparentando fortaleza.

—¿Ruth?¿nuestra Ruth? —sollocé y, acto seguido, me abalancé sobre mi abuela.

—Sí, querida… nuestra Ruth —respondió a la vez que me ofrecía cobijo entre sus brazos.

Su fallecimiento me hizo tomar consciencia de la muerte. Me percaté de que nuestra existencia era finita. Aquello me aterró y fascinó al mismo tiempo.

La vida a la que tanto nos aferrábamos, la que creíamos permanente, se nos escapaba.

Durante los días siguientes, el recuerdo de la dulce Ruth me golpeaba duramente. No entendía cómo era posible que su bondadosa personalidad ya no existiera. Necesitaba aferrarme a la creencia de que su esencia

seguía viva en algún lugar desconocido.

—¿Irá al cielo abuela?¿Seguirá viva en otra parte? —inquirí, con angustia, una noche después de la cena.

—No lo sé, cariño. Eso nadie lo sabe.

CAPÍTULO 3

Solía merendar con mi abuela en el porche trasero. Un porche levantado a base de ladrillos rojos que bordeaba toda la vivienda. Desde allí, contemplábamos las casas. Casi todos los tejados eran de color azul celeste. Recuerdo que, una de aquellas tardes, le comenté que el pueblo debía de llamarse *Villa Blue*.

Cuando le expliqué el motivo, rio abiertamente con la facilidad de un niño pequeño. La echaba muchísimo de menos. Con ella me sentía libre. Podía ser yo misma. Ensuciarme de tierra, comer chocolate sin prudencia alguna y reír hasta que las costillas protestaban. Cuando mis padres merodeaban por casa, la fiesta terminaba y los modales sustituían a la diversión.

Llevaba dos días allí. Dos días colmados de organización, compras, limpieza y resolución de gestiones.

Decidí pasear por las estrechas y empedradas callejuelas del pueblo. Rincones que fueron testigos de multitud de momentos.

En muchos lugares, me detenía. Lo contemplaba todo con atención, y rememoraba los instantes allí vividos. En más de una ocasión, me descubrí suspirando. Anhelaba aquella etapa de mi vida.

¿Cuándo empezó a torcerse todo? Me pregunté mientras me sentaba en un antiguo banco de mármol. La respuesta era evidente: desde que nos mudamos a la ciudad.

Meditaba a la vez que contemplaba la solitaria glorieta. Era una plaza inmensa, repleta de árboles que impedían ver el cielo. Por entre las ramas, que componían las majestuosas copas, se introducían los rayos del sol.

A lo largo del terreno, los arbustos se exhibían en hileras y alegraban el entorno con sus tímidas florecitas. En el centro, se alzaba una fuente señorial de piedra que despedía chorros finos de agua. Todos los elementos estaban dispuestos con el objetivo de hacer sentir bien al visitante.

El traslado a la ciudad coincidió con el inicio del instituto. Pasaba desapercibida y no realicé un esfuerzo para integrarme. Sobrevivía entre las páginas de mis libros favoritos. Inventaba historias optimistas que avivaban la ilusión por una realidad mejor. Durante la complicada adolescencia, me di cuenta de lo mucho que me gustaba escribir. Resultaba, en cierta forma, terapéutico y liberador. Con un bolígrafo, y un trozo de papel, era capaz de crear un mundo a mi medida. Nadie podía inmiscuirse en él. Todo lo que sucedía lo decidía yo. Me gustaba esa sensación de control. La imaginación fluía sin mesura, y diseñaba multitud de realidades que me entusiasmaban: fantásticas, cotidianas, románticas e incluso aterradoras.

El fallecimiento de mi abuela y el radical cambio de vida provocaron que me encerrase en mí misma.

Cuando les manifesté a mis padres la intención que tenía de formarme para ser escritora, hundieron mi sueño con su rígido objetivismo.

Los sueños producen frustración a largo plazo. Esa era una de las frases que más repetían.

Pese a todo, opté por estudiar la carrera de periodismo y ellos aceptaron mi decisión a regañadientes. Mi padre quería que me enfocara en las finanzas. El camino que él escogió y yo detestaba.

Cuando entré en contacto con el mundo laboral, tuve que soportar situaciones denigrantes y tristemente precarias.

Hubo una vez en la que estuve al punto de dejar la revista en la que trabajaba. Deseaba encerrarme en una biblioteca y teclear sin pausa en mi portátil. Necesitaba contar una historia. Mis padres me convencieron de que debía aceptar el entorno profesional conforme era. Me inculcaron que la vida no resultaba como queríamos. Ellos tampoco parecían muy felices con su manera de percibir la realidad. ¿Tan peligroso era soñar e intentar darle forma a esa aspiración?

En aquel momento, una mujer se adentró en la plaza a través de una de sus tantas aberturas. Sostenía la manita de un niño que no parecía tener más de tres años. La reconocí al instante. El cabello dorado y sedoso le caía sobre uno de los hombros. Su forma gruesa relucía gracias a su tez rosada.

Se trataba de Olivia, una amiga de la infancia que siempre iba vestida con prendas de color verde esmeralda. Su tonalidad predilecta. Caminaba con lentitud, respetando el ritmo del pequeño.

Levanté, instintivamente, la mano para saludarla. Ella me miró extrañada. Pensé que no me había reconocido. Yo no solía llevar ropa deportiva.

—¿Ahora me saludas? —preguntó a la vez que desenvolvía un emparedado.

Se inclinó a la altura del que supuse era su hijo y le acercó el bocadillo para que diese un bocado.

Me quedé cortada y sin saber qué decir. Los observé marchar hacia un columpio que había dentro de un jardín.

Me levanté y salí de allí. En la mirada de Olivia me pareció atisbar una pizca de rencor. Caminaba sin rumbo fijo cuando recordé que años atrás mi actitud hacia ella no fue la más correcta.

Mis padres me presionaron para que pusiese fin a nuestra relación. Me decían, mientras me instaban a que comiese brócoli hervido, que mi amiga no estaba muy centrada en los estudios y que nunca haría nada de provecho. Por aquel entonces, lo que mi familia opinaba iba a misa, aunque no me hiciese feliz. Yo era una niña y me

dejaba influenciar por ellos. Nunca desobedecía. Nunca puse en tela de juicio las absurdas normas que me imponían.

En verano, cuando regresábamos al pueblo, me hacía la despistada si tropezaba con ella. Mis progenitores también la ignoraban, y en el rostro de Olivia se reflejaba el injusto rechazo.

De niñas pasábamos mucho tiempo juntas. Fueron tantos los momentos vividos que no puedo enumerarlos en una página. Mi memoria resaltó los dolores de barriga que nos entraban de tanto reír, las películas de miedo que visualizábamos a escondidas y las meriendas abundantes junto a Mike en el río. Entendí su reacción hacia mí.

De regreso a casa, tropecé con un cartel que había mal colgado en la puerta de una panadería: buscaban dependienta a media jornada.

La fachada del establecimiento llamó mi atención. Se hallaba cubierta de peculiares dibujos de globos terráqueos. No había dos iguales y el color que predominaba en el interior era siempre chillón.

Me detuve un instante y consideré, seriamente, la idea de buscar trabajo allí.

Había un descapotable rojo aparcado en mitad del camino de piedra que conducía hasta mi casa. Lo reconocí enseguida. Pertenecía a mi madre y me puse en alerta. Todo mi cuerpo se hallaba en tensión.

La encontré sentada en el sofá, con ojos tristes y preocupados. Su mirada verde perdió vigor al igual que el corto cabello color miel. Había cogido mucho peso. No eran kilos de felicidad, sino de abandono. Los brazos, blancos y flácidos, permanecían colmados de ronchas rosáceas.

Hacía un tiempo que su estado de ánimo se había apagado. La vestimenta lucía descuidada e incolora. Su aspecto me alarmó. Mi madre se adornaba con sortijas que aquel día resaltaron por su ausencia.

—¿Podemos hablar? —inquirió mientras se incorporaba.

—No tengo ganas —manifesté de manera tajante.

—No sabía que te sentías así… —susurró en un hilo de voz.

La seguridad con la que antaño se dirigía a mí se difuminó.

—Mamá, déjame un poco de espacio. No quiero volver a alterarme.

Mi madre dirigió su semblante al suelo. Se acercó e intentó abrazarme. La rechacé de manera automática y ella cruzó por mi lado sin mediar palabra.

No me sentí bien conmigo misma. Salí fuera y contemplé el coche partir. Incluso el rugido del motor había perdido fuerza.

Me percaté de que *Mustio* me observaba, con atención, desde su olivo.

—¿Y tú qué miras? —inquirí antes de adentrarme en la casa de nuevo.

***

Me gustaba observar a mi padre mientras se untaba la crema de después del afeitado. Olía muy bien el cuarto de baño. Le pedía que acercara su mejilla a mi nariz. La olfateaba y después le daba un beso. Él reía y acariciaba mi cabello con cariño. Todo el mundo le llamaba Alan. Era muy presumido. Permanecía horas delante del espejo. Ponía empeño cuando se afeitaba, vestía y perfumaba. Cada tarea la realizaba con sumo cuidado para asegurarse de que su aspecto lucía perfecto. Era corpulento y muy moreno. Se dejaba un bigote juguetón que resultó ser la debilidad de mi madre.

Una noche nos llevó a cenar al restaurante más caro de la ciudad. Mi abuela sostenía mi mano cuando hicimos acto de presencia en aquel sensacional establecimiento de lujo.

Tomamos asiento y mis padres demandaron lo más caro que había en la carta. Mientras intentaba encontrar el sabor al reseco bizcocho rojo con crema de limón, mi progenitor nos dio la noticia: lo habían ascendido. Todos le felicitamos, y mi madre le besó repetidamente.

En aquel instante, la camarera retiraba nuestros platos. Golpeó la copa de vino con el codo y la derramó sobre el regazo de mi padre. La chica se puso nerviosa. Se disculpaba a la vez que intentaba reparar el daño causado.

—Déjelo, haga el favor —dijo mi padre de manera hostil—. Contratar a un mal profesional puede tener consecuencias terribles para el negocio, Isabella—. Le susurró a mi madre, asegurándose de que la trabajadora lo escuchase.

La chica se fue de manera precipitada. Empaticé mucho con su dolor. Debió de sentirse muy humillada.

Mi abuela Felisa acercó su boca a mi oreja.

—La tontería es gratis y cada uno puede coger la que quiera —murmuró. Hacía referencia al comportamiento de mi padre.

Cuando llegamos a casa, le supliqué a mi abuela que me contara historias de su juventud. Algunas me resultaban más estimulantes que los libros de aventura. Me narraba anécdotas en las cuales la rebelde Mary se enfrentaba a su maestro cuando este le mandaba callar. Me confesó, entre risas, que la muchacha le quitaba las llaves del coche a su padre para acudir a alguna fiesta clandestina.

Su amiga se enfurecía cada vez que su familia le exigía ponerse un distinguido vestido para asistir a un compromiso social.

La familia de Mary era muy tolerante. Su padre se dedicaba a la medicina familiar. Amaba la literatura y gozaba de una amplia biblioteca en su hogar. Su hija se encerraba en ella durante horas a leer, y soñaba

con una vida similar a la de sus heroínas preferidas. Quería ser independiente, ver el mundo entero y empaparse de la multitud de culturas existentes.

Con la llegada al pueblo de Ruth, que aconteció cuando eran unas adolescentes, Mary se calmó un poco. La serenidad que radiaba la muchacha la traspasó.

Ruth pertenecía a una familia acomodada y conservadora. Le inculcaron una serie de valores que debía seguir. Ella cumplía con las normas impuestas, aunque en el silencio de su habitación las cuestionase. Le resultaban, en cierta forma, incómodas pero seguras.

Las tres formaban un trío particular. No compartían el mismo pensamiento. Poseían una perspectiva diferente de la vida. Sin embargo, encajaron a la perfección. Eran como un puzle indefinible.

Le rogué a mi abuela que me enseñara fotografías de aquella época. Sabía que poseía una caja de metal donde las guardaba. Aceptó, a regañadientes por la hora que era, y nos sentamos en el sofá para vislumbrar los retratos. Resultaba fascinante la multitud de historias que se escondían detrás de cada imagen.

Cogí una que se hallaba al fondo, volcada boca abajo, y mi abuela me la retiró con rapidez de las manos.

—Venga, ya es hora de ir a la cama —anunció a la vez que guardaba las fotografías de nuevo en la caja.

—¿Salen John y Ruth, verdad abuela? —inquirí con un matiz de ilusión en la voz—. Estoy segura de que fueron novios —insistí—. Oh no, ¿estuvieron juntos cuando estaban casados? ¿Ocurrió eso, verdad?

—No digas tonterías —refunfuñó.

CAPÍTULO 4

Sobre la ropa tendida se posaban multitud de insectos: mariquitas y arañas diminutas, entre otros. Los retiraba, cuidadosamente, con una pinza de madera.

En mi casa de la ciudad, una chica realizaba las tareas domésticas. Yo no estaba acostumbrada a ellas, pero, como tenía que prestarles atención, me distraían.

Cuando llegó el medio día, apenas comí. Estaba disgustada. Notaba el estómago resentido como si algo lo hubiese mordido. El encuentro con mi madre, me dejó resaca emocional. Ella no mostró una pizca de orgullo, y en su semblante leí la palabra arrepentimiento. Había cambiado mucho en poco tiempo, y yo sospechaba cual podría ser el motivo: el declive que mi vida experimentó durante el último año.

Quizás se dio cuenta de que aquella educación encorsetada y rígida, a la que me sometieron, creó un modelo en apariencia perfecto, pero repleto de multitud de carencias.

Me inculcaron que debía esforzarme, ser competente y productiva, pero nunca nadie me habló de la importancia de *hacer algo* por el mero placer que la actividad te produce.

Tenía que rodearme de gente que tuviera un elevado nivel económico e intelectual, pero se les olvidó mencionar el bienestar que proporciona juntarse con personas con las que puedes mostrarte cómo eres de verdad.

Pinché un par de macarrones con tomate y me los llevé a la boca. Mastiqué con desgana y decidí no comer más.

Desde pequeña recibí mucha presión. Me hicieron creer que tenía que alcanzar el éxito y convertirme en alguien de valor. Según el criterio de mis progenitores, toda tu identidad se reducía al cargo que ocupabas en el mundo laboral.

Una vez alcanzada dicha cúspide, nunca te sentías satisfecho. En mi cabeza se repetía en bucle la idea de que nunca era suficiente. Siempre deseaba más y más reconocimiento, aunque por dentro estuviera cada vez más vacía y mecanizada. Opté por no alimentar esos pensamientos. Me provocaban un torturador sentimiento de rabia hacia mis padres.

Me hallaba sentada en el porche delantero. Desde allí observaba las montañas, los árboles y las flores. El paisaje primaveral resaltaba por la luz y las múltiples tonalidades. Mi terreno estaba descuidado, colmado de brotes largos y desiguales que ocultaban la belleza de las plantas. Tenía que encontrar a un jardinero que diese remedio a semejante desastre.

De vez en cuando, oía el canto de un pájaro en la lejanía. *Mustio* cruzó delante de mí y se detuvo. Me miró, con sus pícaros ojos verde lima, y pensé que parecía un buda gordito.

Cogí el plato de macarrones y me acerqué a él. No se movió. Asemejaba la estatua de un gato egipcio, pero en vez de elegancia desbordaba holgazanería. Volqué la comida en el suelo y me alejé para contemplarlo desde la distancia. Lo engulló todo con la agilidad y delicadeza propia de los felinos.

Cuando concluyó el banquete, volvió a dirigir su mirada hacia mí. Parecía inquirir: ¿Eso es todo? ¿Y el postre?

Fui a dar un paseo por la sierra y tropecé con un camino que solía frecuentar con mi abuela. Anduve media hora hasta llegar a un antiguo parque. No había nadie e intuí que el lugar no era muy transitado. Resultaba curioso como cambiaban las cosas tan drásticamente. Recuerdo que de niña, había que hacer cola para subir y deslizarte por el tobogán. Miraba aquel sitio abandonado con cierta nostalgia. Las imágenes del pasado se tornaron tan nítidas que, por un instante, me pareció ver corretear a un grupo de niños pequeños.

Los columpios estaban desgastados. La pintura se veía rasgada y caía a trozos. Me senté en el balancín con prudencia. Llevaba en la villa pocos días y el aburrimiento se apoderó de mí. Reflexionaba demasiado, y aquello me asustaba. Mi cabeza no producía, precisamente, pensamientos positivos. Más bien, se entretenía evocando las equivocaciones que me habían empujado hasta allí.

La tarde anterior, acudí a una famosa papelería de la avenida principal. La típica tienda abarrotada de mochilas para estudiantes, artículos de regalo y purpurina. Tenía la intención de comprarme una libreta y bolígrafos. Evité las que exponían frases superfluas de motivación en la tapa. Prefería que el material de oficina fuese sencillo.

Mientras contemplaba el descenso del sol desde mi porche, momento que escogí adrede para inspirarme, intenté escribir. Me esforcé para que las ideas brotaran, pero nada. Mi creatividad estaba anulada.

Nunca supe aprovechar los días libres. Se me antojaban largos y pesados. Me quedaba en casa y ponía el volumen de la televisión muy alto para no oír mis propios pensamientos. Necesitaba el ruido exterior. No era capaz de estar conmigo misma. Dependía de un estímulo que me hiciera desconectar de mi mundo interior.

Me percaté del silencio que imperaba en el parque. Resultaba sobrecogedor. Empecé a escucharme con atención y eso me incomodó.

Recuerdos dolorosos acudieron sin permiso y no estaba preparada para afrontarlos. Me incorporé, con rapidez, y decidí ir al pueblo con

la intención de averiguar si aún buscaban dependienta en la panadería.

Las paredes del diminuto local se hallaban cubiertas de mapas y banderas. También había fotos que mostraban diferentes lugares del mundo. Era fácil distraerse allí dentro.

El amplio mostrador permanecía repleto de panes redondos, pasteles salados y dulces caseros. La repostería brillaba de un modo exquisito.

Me atendió un chico joven y risueño. Portaba un delantal blanco y un gorro, del mismo color, que aplastaba su media melena castaña. Su piel poseía un tono canela y pensé que tenía, más bien, aspecto de surfista que de panadero.

—He venido por el cartel que hay en la puerta —informé con seriedad.

—Si las condiciones te gustan, mañana empiezas, tía —comentó espontáneamente.

—¿No quiere hacerme una entrevista primero? —inquirí confundida por su inmediatez y por llamarme *tía*.

—Apenas ha venido gente a preguntar. Nadie joven quiere trabajar en el pueblo. El puesto es tuyo si quieres, tía.

***

Permanecía sentada en una piedra, observando el vuelo de un par de abejas. Deambulaban en zigzag sobre las plantas a la vez que emitían su peculiar zumbido. Me pareció que estaban meditando cuál de todas debían escoger. Se posaron en el centro de una flor amarilla. Me asomé para contemplar sus minúsculos movimientos.

Una sombra se interpuso en mi visión y me giré para comprobar a quién pertenecía. Era mi abuela Felisa. Me ofrecía un vaso con limonada fresca. El cristal estaba húmedo y frío. Se resbaló, entre mis manos, y cayó todo al suelo.

El líquido se derramó y el recipiente se rompió en trozos grandes. Miré a mi abuela con ojos asustados y esperé una reprimenda que no llegó.

—Lo siento —me disculpé con miedo.

—No pasa nada. Eso es fácil.

Se inclinó para recoger los pedazos y los envolvió en una servilleta de tela que guardaba en el bolsillo. Realizó la tarea con paciencia y cuidado.

—No camines descalza por ahí —ordenó—, te puedes cortar con algún trocito de cristal.

El rugido de un motor captó nuestra atención. Mary estacionaba su coche junto a un viejo olivo. La mujer abandonó el vehículo. Le gustaba vestir con prendas holgadas. Pantalones, blusas o monos vaqueros que tapaban todo su cuerpo. Cuando la contemplabas desde la distancia, su figura asemejaba la de un hombre esbelto.

Corrí en su busca, y Mary se inclinó para recibirme con los brazos abiertos. Me tendió una bolsa de plástico repleta de chucherías y bombones. El detalle me hizo mucha ilusión y no pude prestarle atención a nada más. Me deleitaba meditando cuál dulce engulliría primero.

De soslayo, percibí como las dos amigas se fundían en un interminable abrazo. Escuché sollozos. Las dos estaban al tanto de mi presencia e intentaron no dejarse llevar por las emociones.

La aflicción por la pérdida, por los momentos vividos y los recuerdos compartidos, asaltó a ambas.

Fue una visita breve. Mary no quiso entrar en casa. Necesitaba vernos para despedirse en condiciones. Le comentó a mi abuela que se iba una temporada a casa de unos amigos. No recuerdo el pueblo, ni el país, pero cuando lo nombró, me pareció el lugar más apartado del mundo.

—¿Volverá Mary? —pregunté mientras contemplábamos el coche partir.

—Seguro.

CAPÍTULO 5

La herboristería de Lina tenía productos de muy buena calidad. Podía pasarme horas entre aquellos pasillos repletos de hierba, tofu y hamburguesas vegetales.

Lina era una mujer robusta. Siempre vestía con prendas de color rosa chillón. La media melena que lucía parecía que la lavaba en agua oxigenada. Su serio semblante imponía, y desentonaba con su lado más místico y esotérico.

El establecimiento se hallaba adornado con fotos de budas de la india y gurús de sospechosa procedencia. Había un rincón en el que se exponían diversos libros de autoayuda. *Cómo ser feliz en cinco sencillos pasos* y *Adelgace con solo pensarlo* eran dos de los títulos que más se vendían. Antes de caer en la tentación, desvié la mirada de aquel sitio que prometía soluciones fáciles a problemas complejos.

Los altavoces, repartidos por todo el comercio, emitían una melodía de piano relajante. Una melodía combinada con sonidos reales de la naturaleza.

El incienso desprendía un intenso aroma a pachuli, y la iluminación era sombría.

De niña escuché rumores sobre una habitación secreta. En ella, la susodicha, predecía el futuro, quitaba el mal de ojo o transmitía un mensaje por parte de algún difunto, cuya misión en este mundo no había terminado.

Siempre le tuve cierto respeto. Sus grandes ojos, pintados de negro, parecían saberlo todo de ti.

Adquirí un par de cremas vegetales y le pagué mientras aparentaba curiosear las barritas de avena y miel que exponía en el mostrador.

—Posees una gran imaginación, ¿verdad? —comentó de manera inesperada. Su tono de voz era firme y seguro.

La pregunta me pilló desprevenida. La miré a los ojos y sonreí tímidamente. Mi gesto confirmaba sus sospechas.

Pensé que antes gozaba de una inagotable creatividad, pero se esfumó para no volver.

—No te preocupes —dijo a la vez que posaba su mano sobre la mía, como si terminara de leerme el pensamiento—. Intuyo que dentro de poco descubrirás algo que te inspirará nuevamente.

Era mi primer día de trabajo. Estaba acostumbrada a ambientes laborales fríos y competitivos. Aprendí a sobrevivir en un mundo de falsas apariencias. Detrás de un trato amigable, casi siempre se ocultaba algún tipo de intención. Con el tiempo adquirí mucha

psicología, y sabía distinguir quien quería algo de mí.

Jake, el alegre panadero, rompió todos mis esquemas. Me preparé para enfrentarme a un entorno hostil. Él iba a ser mi superior. Tenía la convicción de que se mostraría distante. Pensé que enumeraría las normas a seguir y emplearía una actitud exigente conmigo.

Nada de aquello ocurrió. Jake era despreocupado y algo informal. Me explicó el funcionamiento del negocio con paciencia y hospitalidad. Reía a carcajadas ante mi imperiosa necesidad de manejarlo todo con rapidez. Cuando me equivocaba, él respondía con un *bah, ni te preocupes.*

Aquella situación se me hizo extraña en un inicio, pero opté por renunciar a mi estado de alerta constante. Por una vez en la vida, iba a dejarme llevar.

Jake provenía de un pequeño pueblo de pescadores. Su familia era adinerada e intentaron, por todos los medios, que encajara en su mundo, pero él tenía sus propias convicciones y una manera particular de percibir la vida. Sus progenitores no tuvieron más remedio que rendirse ante él y aceptar su manera de ser.

Residía en Villa Blue desde hacía un año. Era un aventurero. Todo en él desprendía adrenalina, riesgo y pasión por la incertidumbre. Daba la sensación de que vivía en un mundo espontáneo. Le gustaba experimentar consigo mismo y conocer nuevas perspectivas. A sus poco más de veinte años, había visitado un centenar de países. Su novia y él, cansados de aquella existencia nómada, decidieron abrir una panadería en el pueblo.

Ambos querían permanecer una temporada en un lugar tranquilo y rústico. Alquilaron una casa de campo que poseía un amplio huerto. El sueño más ambicioso de la pareja era conseguir vivir de la tierra.

—Su madre cayó enferma y tuvo que irse —me confesó—. En un principio creí que me apañaría solo, pero no.

—Hay muchísimo trabajo —añadí sorprendida.

Jake me concedía media hora de descanso para almorzar. Adquirí la costumbre de ir al bar de Mike. Allí descubrí una nueva faceta de mí. Mike siempre bromeaba conmigo. Se burlaba de la curiosa combinación de ropa deportiva y rímel, y yo admitía los comentarios con humor. No podía evitar reírme de sus ocurrencias.

—Hoy hemos hecho tortitas —anunció su abuelo mientras preparaba la cafetera.

Me sentaba en la barra y conversaba con el resto de lugareños. Para integrarse no era necesario realizar un sobresfuerzo. Contemplaba las disputas futbolísticas que se originaban con el más inofensivo comentario. Los debates políticos se creaban con facilidad, y casi siempre algún jubilado me animaba con la mirada a exponer mi

opinión. Yo sonreía, intentando evitar cualquier tipo de conflicto.

Mike me sirvió las tortitas y colocó un tarro de miel artesana al lado del plato.

—Para que te pongas toda la que quieras.

—Recuerdo esta miel —dije a la vez que introducía la cuchara en el bote—. Nuestras meriendas siempre teníamos que endulzarlas con ella.

—Eso tú —comentó en tono pícaro—, la untabas hasta en el chorizo.

Lo fulminé con la mirada y decidí centrarme en el desayuno. Qué textura tan esponjosa. El trozo de tortita se deshacía en mi boca. Cada plato que servían era una experiencia para los sentidos.

Cuando regresé a casa después del trabajo, hallé una bolsa de tela marrón colgando de la manivela. Miré el interior con curiosidad y sonreí al vislumbrar su contenido. Había un tarrito de miel de azahar con una nota que decía: «*aún no se fabrica la miel de embutido*».

Llevaba un mes en Villa Blue. Resultaba curiosa la facilidad con la que me adapté a un nuevo estilo de vida. Únicamente disminuí el ritmo y sentía como si me hubiese despojado de un traje pedregoso y pesado.

Cuando me quedaba en silencio, me asaltaban vivencias anteriores y miedos futuros. La respiración se aceleraba y tenía que hablarme con cariño para tranquilizarme de nuevo. Era como si alguien presionara, intensamente, mi barriga y cuello con sus manos.

Los días transcurrían de manera ordenada. Empezaba a encontrarme un poco mejor. Era consciente de que debía trabajar mucho en mí misma. Estaba en el camino, lo cual era suficiente. No quería darme prisa para absolutamente nada. Me hallaba cansada de forzar las cosas y aparentar que encajaban.

Pensé en realizar algún tipo de actividad vespertina. Intenté escribir, pero solo se me ocurrían ideas insípidas y repetitivas. Historias que se han contado con anterioridad, y que no me causaban ningún tipo de emoción.

—En el centro cultural hacen muchas cosas —me informó Jake.

De niña me entusiasmaba bailar. Escuchaba todo tipo de música. Cerraba los ojos y me dejaba envolver por los sonidos.

En más de una ocasión, rogué a mis padres para que me apuntaran a clase de baile, pero siempre rechazaban mis propuestas. Decían que debía emplear mi tiempo en actividades más productivas.

No se percataban de lo embobada que me quedaba cuando algún bailarín mostraba su talento por televisión.

De adulta sentía que mis días no tenían suficientes horas. Me quejaba, constantemente, de la falta de tiempo, pero lo cierto era que

si me sobraba lo empleaba de manera fructífera para el negocio.

Me encaminé, con decisión, al centro cultural. Se hallaba en la calle paralela a la avenida principal. Para mi sorpresa, tropecé con un solar colmado de restos de una edificación derruida. La cinta bordeaba el terreno y un cartel, que reposaba en el centro de la valla de metal, anunciaba: *próxima construcción de apartamentos de lujo*. Me entristeció comprobar que el imparable negocio inmobiliario asomaba su insaciable rostro por Villa Blue.

Estaba confundida y regresé a la amplia avenida. Supuse que el centro cultural había sido trasladado a otro lugar. Vi la silueta de John en la lejanía. Corrí hacia él.

—¡John! —grité.

El hombre, que portaba bolsas repletas de verdura fresca, se dio la vuelta rápidamente.

—¡Ey! —exclamó con alegría cuando me vio—, ¿dónde vas con esas prisas?

—No encuentro el centro cultural —confesé, entre jadeos, cuando llegué a su altura.

—Hace años que lo cambiaron de sitio —informó a la vez que buscaba algo en el bolsillo de su pantalón—. ¿Te acuerdas de Ruth?

Sacó un pañuelo de tela y me lo tendió.

—Claro que me acuerdo —dije mientras me secaba el sudor de la frente.

—La casa que perteneció a su familia se convirtió en el centro cultural del pueblo por deseo expreso de Ruth.

—Vaya… —musité sorprendida—. No lo sabía.

—Claro que no lo sabías —comentó entre carcajadas—. No fue fácil lograrlo, y tú ya no estabas aquí.

—No sé donde residía. Nunca visité su casa.

—Ven que te acompaño.

Me ofrecí a ayudarlo con las bolsas que cargaba, pero se negó de manera tozuda. Nos dirigimos a la parte más despoblada de la villa. Había unas pocas casas desperdigadas junto a la densa sierra que iniciaba. De niña no solía frecuentar aquella zona del pueblo y apenas conservaba recuerdos. Giramos un recodo, y una majestuosa mansión apareció ante nosotros. Las columnas de mármol blanco se alzaban sobre la amplia escalinata. Sostenían, con elegancia, una impactante estructura de estilo neoclásico.

—Se hicieron algunas reformas —me informó—, pero como ves quedó muy bien.

Me percaté de que tenía la boca entornada. Tanta belleza me dejó ensimismada.

—Gracias, John —dije mirándolo directamente.

—De nada, chiquita —comentó y me rozó el hombro—. Vente un día a casa a cenar con Mike y conmigo.

—Me gustaría mucho.

Cuando el hombre desapareció, contemplé la mansión un instante en silencio. Se trataba de una construcción que radiaba conocimiento y sensatez.

Me acerqué con lentitud. Llamó mi atención el dibujo grabado encima de la puerta de entrada: un círculo que contenía una mariposa y una flor. Me resultaba familiar. Estaba convencida de que había visto aquella flor de jazmín con anterioridad.

Me introduje en el centro. Una mujer ancha y de cabello canoso permanecía sentada detrás de un mostrador. Le pregunté por las actividades que realizaban, y me informó de que faltaba una persona en el grupo de danza oriental. Le sonreí satisfecha.

—¿Cuándo empiezo? —inquirí con un brillo en la mirada.

La señora me trató con amabilidad. Me tendió medio folio color rosa en el que estaban los horarios de las diversas clases de baile.

Decidí dar un paseo por el nuevo centro cultural. Me acordé de Mary, Ruth y mi abuela Felisa mientras descubría cada rincón. Las imaginé de adolescentes. Susurraban e ideaban planes secretos.

En la primera planta, estaba la biblioteca. Había un fragmento, que parecía extraído de una carta, grabado en la madera de la puerta de entrada:

«Sueño con un mundo futuro. Un mundo que acepte nuestro amor sin escándalos, con naturalidad. Anochece. Cierro los ojos e imagino tus caricias. Roces suaves y elegantes como la mariposa cuando se posa sobre el jazmín.

Es curioso cómo te asemejas a este maravilloso insecto: perseverante y en constante evolución. Es imposible saciar tu curiosidad infinita, tus ganas de aprender y de vivir.

Dices que te recuerdo al jazmín por mi fuerza y sencillez. Al igual que él, espero, inmóvil y paciente, a que regreses de nuevo a mí.

Construiremos nuestro edificio soñado, y aquellos que se empeñaron en destruir nuestro amor lo encontraran vivo en cada rincón.

Siempre tuya,

Ruth».

***

La televisión emitía un concurso de baile. Yo permanecía de pie frente a la pantalla, imitando los movimientos de los diferentes participantes.

Coreografías diversas, impregnadas de fuerza y estilo propio. De vez en cuando, me golpeaba el dedo del pie con la pata de la mesa. Me sentía emocionada.

Imaginaba que era una de aquellas admiradas estrellas, y el público allí reunido aplaudía, con énfasis, mi actuación.

Cogí un par de servilletas de colores, y empecé a girar sobre mí misma con los brazos en cruz, extasiada ante los diversos géneros musicales que sonaban.

—Qué bonito.

Di un respingo.

Mi abuela me contemplaba con una tierna sonrisa en el rostro. Me detuve en seco cuando me percaté de su presencia.

—Muy bonito —repitió antes de desaparecer por la puerta.

El timbre sonó con fuerza. Mis padres se habían ido a cenar con unos amigos, y mi abuela invitó a John y Mike.

Devoramos el banquete y nos dedicamos a jugar a viejos juegos de mesa.

—¿Y cómo era? —preguntó mi abuela a John.

—Dices que te recuerdo al jazmín. Espero, inmóvil y paciente, a que regreses a mí.

—¡Qué cursilada! —exclamó Mike mientras hacía una mueca de asco.

—¡Cállate! —le grité—. Es muy bonito, John. ¿Lo has escrito tú?

—Lo captan todo… no se puede decir nada delante de ellos —le susurró el hombre a mi abuela. —No, lo escribió Ruth que poseía una gran sensibilidad.

—¿Te lo escribió a ti? —pregunté con descaro.

—¡Pero qué dices! —voceó Mike, avergonzado.

Mi abuela Felisa y John compartieron una mirada cómplice y rieron estruendosamente.

CAPÍTULO 6

Las abombadas nubes cubrían el cielo nocturno, y la oscuridad se adueñó de la estancia. Contemplaba el techo sin apenas parpadear. Los crujidos que emitían los muebles se escuchaban con nitidez. De niña creía que aquellos sonidos los causaba algún tipo de ser elemental, como un elfo o hada, y de adolescente imaginaba que se trataba de un alma en pena. El fantasma de un inquilino anterior que demandaba ayuda para hallar la luz.

Mi mente racional no me permitía pensar en esas cosas. Las consideraba ridículas.

Notaba un dolor en el pecho, como si alguien estuviese ejerciendo presión sobre él. Mi respiración se aceleraba de nuevo y no podía conciliar el sueño. Adopté multitud de posturas, pero me encontraba muy agitada. Cerraba los ojos y vivencias pasadas me asaltaban. Episodios de mi vida en los que actué de manera inconsciente, sin reparar en las consecuencias que podían tener mis actos.

La imagen de Tony acudía a mi mente. Su recuerdo me acechaba cuando estaba sola, y cogía vigor en el silencio de la noche.

Ambos teníamos una conversación pendiente. Deseaba zanjar el tema y cerrar el capítulo de forma correcta, pero hablar con él suponía reconocer el mal comportamiento que los dos tuvimos, y el daño que ocasionamos a terceros. No quería recordar aquella etapa. No me sentía capaz de perdonarme a mí misma.

Primero debía encontrar la fortaleza suficiente para enfrentar mi pasado.

Una suave llovizna golpeaba el cristal de la ventana. Intenté centrarme en el reconfortante sonido. El agua descendía cada vez con más fuerza y velocidad. Me abandoné al ruido. Toda la casa crepitaba a causa de la lluvia. Justo antes de que los truenos llegaran para rebelarse, me quedé dormida.

Acudí al centro cultural con cierta excitación. Una ilusión afloraba desde dentro, sensación que permaneció dormida demasiado tiempo. Me apetecía conocer gente, vivir nuevas experiencias y aprender algo diferente.

Por el camino tropecé con Julia, un alma libre que se encargaba de que todos los gatos del pueblo estuviesen nutridos. Los gruesos felinos transitaban con descaro por las calles, al acecho de atisbar la figura de la mujer. Recuerdo una vez en la que la comunidad de vecinos, cansada de tropezar con comida por las esquinas, interpuso una queja en el Ayuntamiento.

Julia prometió ser más cuidadosa con su cometido. Su cabello

castaño estaba repleto de canas. Iba vestida siempre con ropa holgada e incolora, lo cual hacía juego con las rastas que asomaban por ambos lados de su abundante cabellera. Poseía un halo de descuido, y los rumores apuntaban a que mantenía una relación amorosa con Lina, la dueña de la herboristería.

Tenía un amplio lunar encima del labio, por el cual asomaban afilados pelitos. Cuando era pequeña, lo contemplaba con descaro. Me producía cierta repulsión. Hasta que un día mi abuela se percató y me llamó la atención.

Una vez dentro del centro cultural, saludé a Sandra, la administrativa que me atendió el primer día. La mujer se relamía los dedos, índice y corazón, que estaban impregnados de chocolate. Terminaba de zamparse su calórica merienda.

La clase de danza oriental se impartía en la última planta. Deseché la idea de coger el ascensor, y decidí subir la amplia escalinata andando. Deseaba leer aquel fragmento nuevamente. Me transmitía muchas emociones. Era delicado y apasionado a la vez.

El edificio me trasladaba a una época anterior. Una época de rígidas convenciones sociales en la que surgió un amor prohibido entre dos jóvenes.

Me preguntaba en quién pensaría Ruth mientras escribía esas líneas. No comprendía el motivo que forzaba a su familia prohibirle mantener una relación con John. Él provenía de una familia humilde. Quizás los padres de Ruth anhelaban a alguien más pudiente para su hija. Pero John era un joven muy formado. Un amigo de su padre, que percibió su talento, le costeó los estudios de medicina en una buena universidad. Según los relatos que narraba mi abuela, era una mente inquieta. Un muchacho soñador con ganas de aprender y vivir nuevas experiencias. El concepto que tenía de él casaba con la descripción que Ruth hacía de la mariposa.

Cuando me introduje en la sala de baile, me sorprendió comprobar que tanto mis compañeras como la profesora eran mujeres de mediana edad. Todas se hallaban de pie frente a un gran espejo que cubría la pared entera. Iban descalzas y un pañuelo morado, con monedas, adornaba sus caderas. Éramos cuatro en total. Me dedicaron una sonrisa de bienvenida.

Martha, la profesora, me indicó mi sitio. Era una mujer jovial. No aparentaba la edad que tenía. La larga melena rubia le caía en cascada sobre los hombros, y casaba con su piel tersa y blanca. El ajustado conjunto que lucía revelaba una figura fina y delicada.

El brillo que emanaba del pavimento de madera provocaba que tu reflejo se proyectase en él. Las paredes estaban repletas de fotografías de bailarinas que se retorcían con gracia y agilidad.

En el ambiente se respiraba un llamativo olor a bosque. Una fragancia vigorizante que estimulaba los sentidos. Al fondo de la sala, el antiguo tocadiscos de vinilo reproducía una exótica canción árabe.

En un principio, me sentí fuera de lugar. Ellas se conocían. Tenían mucha complicidad y bromeaban, las unas con las otras, a la hora de aprender un nuevo paso.

—Tienes soltura en las caderas —dijo Martha aproximándose a mí.

—Claro, con ese *tipín* —comentó la mujer que tenía a mi derecha —. Yo que parezco un saco de patatas.

Mi compañera se llamaba Liz. Era una mujer de gran tamaño. Lucía un grueso cuerpo de cintura para arriba que se estrechaba camino hacia los pies. Trabajaba como dependienta en la frutería familiar, y poseía una personalidad estridente e ingeniosa.

La profesora volvió a detallarnos la postura básica en la danza árabe.

—Vamos chicas —animaba—. Una bailarina siempre debe de tener el rostro relajado y una actitud positiva.

—Como en los anuncios de compresas, ¿no? —apuntó la misma compañera.

Ante aquel comentario, mi postura se desarmó y no pude contener la risa.

El atardecer se convirtió en uno de mis momentos predilectos del día. Los campos de cultivo adquirían una tonalidad ámbar, y el animado paisaje se ausentaba con sigilo.

Mi ocupación anterior impedía que apreciara aquellas simples alegrías. El ruido exterior resultaba abrumador. Los dispositivos electrónicos me dominaban sin medida, convirtiéndome en un *zombie* aletargado.

El perfil de una mujer llamó mi atención. Tuve que mirarla en dos ocasiones, pues su silueta se confundía con la de un hombre. Enfundada en un mono de trabajo, empujaba una carretilla repleta de maleza. La depositó bajo un almendro, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y sacó una pequeña botella de agua de su bandolera.

En aquella zona de la villa, era muy común el olor a quemado. Los lugareños formaban grandes montones de mala hierba y los prendían. Creaban, de este modo, fogatas descomunales.

Ralenticé el paso a la vez que contemplaba a la vigorosa mujer calmar su sed. Hacía muchos años que no la veía, pero me hallaba convencida de que se trataba de Mary.

Alguien gritó mi nombre. Era Mike. Corría en mi dirección, esbozando su permanente sonrisa. El apacible semblante que poseía no parecía ocultar una triste tragedia familiar.

—Te he visto salir del centro cultural —dijo cuando llegó a mi altura—. Quería invitarte a cenar a casa. Mi abuelo quiere que vengas.

Jadeaba a causa de la carrera. Dirigí mi vista un instante hacia donde Mary estaba, pero la silueta de la mujer había desaparecido.

—¿Con que la invitación es cosa de tu abuelo? —inquirí con picardía.

—No mujer… —comentó, depositando su mano en mi hombro—. A mí también me hace ilusión que vengas.

—No sé yo, no sé.

Caminamos juntos hacia su casa.

Era curioso lo que ocurría en Villa Blue. En aquel momento del día, durante unos minutos, el bosque que envolvía el pueblo desprendía una brisa fresca. La gente permanecía sentada en la entrada de sus casas. Era una sensación mágica que a todo el mundo le gustaba experimentar. Hasta los árboles se agitaban con cierto gozo. Muchos científicos, parapsicólogos y admiradores de lo desconocido especulaban e intentaban dar sentido a semejante fenómeno. Incluso se comentó varias veces en programas de radio y televisión. No se había encontrado la causa, aunque teorías sobraban. El abuelo de Mike opinaba que no todo tenía que poseer una explicación lógica y racional.

Mike vivía con él en una planta baja que se hallaba al lado del bar.

Nos cruzamos con Jake, que acababa de cerrar el negocio, y nos tendió una bolsa repleta de pan y dulces.

—Lo que ha sobrado hoy —informó—, al primer vecino que me encuentro se lo doy.

—Ya tenemos postre —apuntó Mike con un guiño de ojo cómplice.

La vida en la ciudad era muy individualista. Si tenías la intención de visitar a algún amigo había que informar con antelación suficiente. Era como si hubieses interrumpido un momento de intimidad familiar y, por lo tanto, incordiabas.

Nadie se detenía en la calle para preguntarte y muy poca gente te saludaba.

Nadie miraba a nadie. Cada cual se sumergía en su propio ruido interior, y parecía que ignorar lo que alrededor sucedía era la moda imperante.

Cuando me mudé, noté mucho el cambio de vida. Si me comportaba de forma cercana, como acostumbraba en el pueblo, me hacían sentir como si estuviese invadiendo un terreno muy personal. Tuve que aprender a actuar de aquella manera para sobrevivir. Mis padres encajaban en ese mundo, pero yo no.

Con el tiempo, comprobé que el ser humano es un animal de

hábitos, y puede adaptarse a cualquier ambiente si se lo propone.

En Villa Blue todo era familiar. Nadie te miraba como si le quisieras usurpar el tesoro más preciado, y la gente sonreía fácilmente.

El abuelo de Mike había preparado una cena abundante: patatas fritas con huevos, verdura asada, atún con tomate y un enorme y redondo pan de pueblo que ayudaba a empujar cada bocado. Degustamos el banquete con cierta ansia. Qué bueno era estar con gente con la que uno podía mostrarse con total libertad y sin miedo a ser juzgado.

La casa, que abuelo y nieto compartían, era austera pero cálida al mismo tiempo. Parecía realmente un hogar. Tenían un patio interior, abarrotado de macetas, que hacía a su vez de huerto. Ambos conocían a la perfección los pasos para que de cada minúscula semilla brotara una fruta o verdura apetecibles.

Gozaban de una pequeña biblioteca atestada de libros, sillones y velas. Mike me confesó que John leía al abrigo de la noche. Se introducía en la desordenada habitación y perdía la noción del tiempo con una apasionante historia en su regazo.

Una vez concluida la cena, acudimos allí. Encendimos una lámpara de mesa, y nos sentamos los unos frente a los otros. Conversamos de manera pausada. Existía algo fascinante en los silencios que se producían. Eran apacibles, cómodos y familiares.

La imagen de Mary me vino a la mente. No lo pensé dos veces y pregunté por ella.

—John, ¿sabes algo de Mary? —inquirí con curiosidad.

El hombre, que contemplaba su vaso vacío con atención, me miró directamente. Se dibujó una sonrisa traviesa en su cara, y la mirada, antes ausente, se encendió.

—Está en el pueblo —confesó de una manera un tanto enigmática. Como si guardara un secreto. Un secreto que no tardaría en revelarse, y John era consciente de ello.

—Me pareció verla hoy en un campo de cultivo.

—Esta Mary… nunca descansa —musitó. Negaba cabizbajo. Parecía preocupado—. El otro día estuvimos hablando de ti —dijo a la vez que recuperaba la compostura—, quiere verte.

La idea me entusiasmó. Deseaba reunirme con ella. Como adulta que era disfrutaría de su compañía de una manera diferente.

—John, ¿guardas fotos de la juventud en el pueblo con mi abuela, Ruth y Mary?

El hombre asintió en silencio. Se incorporó y abandonó la estancia en busca de recuerdos inmortalizados.

Reparé en que Mike me observaba de soslayo. Poseía un matiz guasón en el rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intuyendo una broma que no llegaba.

—Diría que estás inmersa en algún misterio —comentó mientras le daba un sorbo a su bebida—. Tus ojos parecen curiosos de más… ¿te preocupa algo?

—Me preocupan tantas cosas… —susurré con cierta sorna.

—¿Estás a gusto aquí?

Empleó un tono de voz afectuoso y cercano. Nos miramos a los ojos, detenidamente, durante unos segundos. Le dediqué una sonrisa triste, pero agradecida. Él la descifró.

—Tu cara… —murmuró a la vez que me acariciaba la mejilla con las yemas de los dedos—, parece más relajada que cuando llegaste.

Me estremecí ante su contacto. Una caricia tierna y protectora que me abrumó. Me encogí y desvié la mirada. No quería que viera mis ojos. Las lágrimas se habían apoderado de ellos, y realizaba un esfuerzo para que no escapasen.

Agradecí que John hiciera acto de presencia justo en aquel instante. El hombre portaba entre sus manos una caja de zapatos. Acercó una silla para sentarse a mi lado, y levantó la tapadera. Atisbé multitud de imágenes en blanco y negro. Reposaban unas encima de otras de manera desordenada. Mike fue a la cocina a preparar unas infusiones.

John introdujo su robusta mano, colmada de vello canoso, y extrajo un amplio retrato. Era Ruth. Sus ojos no miraban a la lente. La fotografía mostraba, únicamente, el semblante de una muchacha que sonreía con complicidad. Imaginé que había alguien al otro lado. La sostuve un momento entre mis dedos y acaricié su rostro detenido en el tiempo. Ambas sonreíamos desde épocas distintas.

Cuando le tendí a John la imagen para que la guardara de nuevo, algo llamó mi atención: el diminuto colgante que adornaba el cuello de Ruth. Una flor de jazmín reposaba entre los huesos de su delicada clavícula. Mi corazón se precipitó, y sentí como el vello se me erizaba.

—John, ¿a quién escribió Ruth el fragmento que hay en el centro cultural? —inquirí de manera precipitada—, era para ti, ¿verdad?

Contemplaba su perfil y atisbé una pizca de melancolía en su mirada. Comprendí que era mejor no indagar más. No era necesario conocerlo todo. En ocasiones, me vencía la curiosidad. Pensé que si hubo un idilio entre ellos, debía quedarse para ellos.

—Me gustaría contártelo —susurró para mi sorpresa—, pero prometí no hacerlo.

***

Dorothy era una vecina con la que mi abuela hizo amistad. Muchas tardes nos íbamos las tres juntas a caminar. Ambas poseían una apariencia y personalidad dispares. Mi abuela andaba, excesivamente, erguida, y Dorothy encorvada. Mi abuela lucía su majestuoso moño con elegancia, y Dorothy conservaba cuatro mechones que no lograban disimular su

calvicie. Vivía en la casa de campo más cercana. Padecía pérdidas de memoria y repetía las cosas varias veces.

—¿Sabéis que mi nieta es ya una mujer? —inquirió con entusiasmo.

—Ya nos lo has dicho, Dorothy —respondió mi abuela pacientemente.

La anciana se refería al hecho de que su nieta había tenido el primer periodo. El acontecimiento debió conmocionarla, pues en una semana nos lo recordó más de una docena de veces.

—Ay, como tengo la cabeza —se lamentó mientras depositaba una mano en su frente.

Me gustaba contemplarlas cuando conversaban. Había mucha confianza entre ellas y, a menudo, reñían por tonterías.

A veces, Dorothy, en un arrebato de mal genio, se ausentaba unos días, y cuando volvía a aparecer lo hacía con algún pastel artesano entre las manos. Un gesto que demostraba que el cabreo había sido olvidado.

—¿La aprecias mucho? —le pregunté a mi abuela un día mientras limpiaba la cocina.

Tan pequeña como era y supe leer la respuesta en sus ojos.

—Es una mujer muy simple, pero buena persona.

Sonó el teléfono. Mi abuela se dirigió con ligereza al salón para descolgar el auricular.

Todo en ella brillaba mientras conversaba. El tono de voz lo elevó más que de costumbre, y ejecutaba grandes aspavientos. La persona con la que hablaba le desencadenaba una emoción desmesurada de alegría. Escuché el nombre de Mary, y mis sentidos se pusieron en alerta. Corrí hacia mi abuela para captarlo todo mejor.

—Pues yo llamo a John —dijo a la vez que caminaba de un lado al otro del salón—, no te preocupes por eso. Me encargo de avisarlo y que él ya me diga si puede ese día.

Cuando colgó, ambas nos abrazamos efusivamente. Nuestra Mary había vuelto. La rebelde e indomable Mary. La niña que odiaba los vestidos y prefería portar pantalones. Echábamos mucho de menos su chispa y sus ingeniosas ideas. La gracia que tenía para convertir lo rutinario en extraordinario.

—Quiere que nos reunamos los tres —me confesó mientras depositaba un sonoro beso en mi mejilla.

Aproximó tanto su boca a mi oreja que el estruendoso ruido que produjo al besarme me dolió. Parecía que iba a extraerme un tapón de cera.

—El proyecto que tenían por fin se convertirá en realidad —musitó mi abuela con un matiz de esperanza en la voz. La mirada la tenía fija en ninguna parte. Su mente vagaba, con libertad, por el reconfortante mundo de los sueños.

—¿Qué proyecto?

No obtuve respuesta.

A partir de ese día, mi abuela Felisa permaneció entregada a una causa secreta. Se hallaba pletórica e ilusionada. Contribuía con ímpetu para que el plan, que tan feliz haría a sus amistades, se tornara realidad.

CAPÍTULO 7

Aquel domingo me desperté con las sábanas adheridas al cuerpo. Estaba empapada, pero tenía la ridícula costumbre de taparme todos los días del año. Si no lo hacía era como si me faltara algo.

El verano se había instalado en la villa, y el calor irrumpió con fuerza de un día para otro. Me levanté con muchísima sed. Descendí los peldaños, torpemente, aferrada a la barandilla. Cogí fruta de la nevera y me dirigí, con parsimonia, a degustarla al porche trasero. No descansé bien esa noche. Sentía un peso molesto sobre la frente. Me senté en una destartalada mecedora y agradecí el amago de brisa que acarició mi rostro. Estaba tan agotada que el alarmante ruido que ese trasto producía, cuando me balanceaba, no me importó lo más mínimo. Si se rompía la trasladaría a la basura y punto.

Amanecía y el paisaje recuperaba con lentitud su color. Me quedé ensimismada demasiado rato. Hasta noté el hilo de saliva escaparse a través de la comisura.

Por la estrecha obertura de mis ojos, observaba el cielo y, de fondo, escuchaba el trinar de las aves. Suerte que *Mustio* se puso de un salto encima de mi barriga. De no ser así, me hubiese quedado de nuevo dormida.

Las plantas se mecían con sosiego. Mi jardín parecía otro. Cuando llegué, los hierbajos medían más de un metro. El terreno estaba descuidado, lo cual provocaba sensación de abandono. La búsqueda de un jardinero que diera remedio a semejante calamidad fue una de mis principales tareas.

En el pueblo hablaban muy bien de Will, un risueño muchacho de dieciocho años con una gran capacidad para inventar chistes malos. Siempre que acudía me contaba uno. Él se desternillaba, inclinando su escuálido torso, y yo intentaba encontrarle la gracia a la broma. Cuando estaba lejos de su alcance, no podía evitar sonreír. Me divertía su achispado carácter. Lo cierto es que estaba muy contenta con su trabajo. El paisaje había adquirido armonía.

Los domingos en la ciudad, me resultaban largos y pesados. Si por mí fuera, los habría eliminado del calendario. Tenía la imaginación anulada. Mi plan consistía en tumbarme en el sofá, con el sonido de la televisión de fondo, haciendo cuenta de todos mis errores pasados.

En Villa Blue decidí que el recuerdo no iba a paralizarme. Aquel día semanal lo aprovechaba para realizar actividades domésticas. Siempre odié las tareas monótonas y repetitivas, y decidí cambiar mi actitud hacia ellas. Ponía música clásica, a un volumen moderado, y me centraba en la labor que tenía entre manos.

La cabecita de *Mustio* permanecía apoyada en mi pecho.

Disfrutaba con el movimiento de la respiración. El animal era sigiloso para todo. Lo acaricié durante un rato con mis dedos, y me pareció que se dibujaba una disimulada sonrisa en su boca felina.

En ese momento, me vino a la mente la caja de metal con fotografías que mi abuela guardaba en su estancia. ¿Seguiría estando en el fondo de aquel vasto armario?

Aparté a *Mustio* con delicadeza, y él me miró con cierto reproche. La habitación de mi abuela Felisa quedaba cerca de dónde yo estaba. Cuando me adentré en ella, me invadió el aroma a lirios que solía usar. Era posible que hubiera una botellita de perfume escondida en algún rincón. Ciertos olores avivan recuerdos, y los relacionas con una etapa concreta de tu vida, con personas y experiencias. El afable rostro de mi abuela se presentó con claridad al aspirar aquella fragancia. Quizás también imaginé la esencia que impregnaba la habitación.

Cogí la caja y regresé de nuevo al porche. Me senté en el suelo y la abrí. Sonreí con nostalgia. Allí dentro se encontraba toda mi infancia documentada.

Excursiones familiares, festivales escolares, cumpleaños y sencillos retratos que inmortalizaban la vida cotidiana.

Sentí tristeza al contemplar a aquella niña repleta de vida e ilusión, con una mirada pura que resplandecía y emitía bondad.

Me sequé, con rapidez, la lágrima que se deslizó por mi mejilla. *Mustio* me acarició suavemente con la pezuña y frotó su cabellera rojiza en mi brazo. El felino se había percatado de mi estado de ánimo e intentaba consolarme.

Viví en Villa Blue hasta los doce años de edad. El fallecimiento de mi abuela coincidió con el ascenso de mi padre como director de banco, lo que produjo que nos mudáramos a la ciudad.

Únicamente acudíamos al pueblo algún fin de semana o en verano. Por aquel entonces era una niña, pero enseguida noté el cambio. Los paisajes no habían sido modificados, ni tampoco los alegres lugareños. Eran mis padres los que se comportaban de manera diferente. No se integraban, no daban confianza, ni siquiera saludaban si podían evitarlo. Era como si aquella gente no fuese con ellos.

Hallé una imagen en la que dos niños pequeños jugaban y reían dentro de una poza cristalina. Era uno de los lugares que Mike y yo frecuentábamos con su abuelo.

Revivir aquellos instantes me causó una gran añoranza. Una melancolía se adueñó de mí y olvidé la fotografía que había volcada al fondo de la caja. La fotografía que mi abuela no me permitía ver.

Las noches de verano poseían un matiz particular. El clima que imperaba, tanto en la villa como en los pueblos de alrededor, era alegre y plácido a la vez. La hora de ir a dormir se alargaba sin límite

fijo, y resultaba agradable deambular sin rumbo por las callejuelas. Los vecinos se reunían en la calle y cenaban alrededor de una mesa plegable. Jugaban a las cartas, reían y conversaban al cobijo de la luz de las farolas.

El viernes fui a cenar al bar de Mike. La pizarra de la entrada anunciaba pizza casera y no quería perdérmela por nada del mundo.

Cuando me disponía a abrir la puerta, me percaté de que a Emilio, un octogenario con fama de tacaño al cual le asignaron el cruel mote de don despilfarro, se le había roto la bolsa de la compra. La ropa veraniega que portaba lucía descolorida, y los calcetines que cubrían sus pantorrillas se percibían desgastados. Una boina grisácea cobijaba su desconfiado semblante. El hombre intentaba, con dificultad, recoger los productos del suelo. Me acerqué para ayudarlo. Vivía cerca y me ofrecí a acompañarlo. Entre mis brazos asomaban multitud de latas de conserva. La casa donde residía era oscura y austera. Pensé que no le vendría mal un toque de color. Depositamos la compra en la mesa de la cocina y el hombre agradeció mi gesto obsequiándome con un dulce navideño caducado.

Cuando entré en el bar de Mike, tuve que esquivar a la muchedumbre hasta aterrizar en la barra. Engullí la pizza cubierta de verduras a la brasa y quesos, muchos quesos. Quesos jugosos que se estiraban infinitamente cuando dabas un bocado.

—Madre mía como está esto —declaré.

Me hallaba tan sumergida en mi plato que apenas reparé en la gente que había allí reunida. Lina y Julia degustaban un fluido pastel de chocolate del mismo cuenco. Me percaté de la presencia de Will y lo saludé con la mano. Iba acompañado de tres amigos. Todos tenían la misma expresión granuja, y una mirada que revelaba que cualquier hecho insignificante les producía gracia.

No fue fácil reconocer a Will, pues el grupo de muchachos compartía un parecido físico. Eran larguiruchos, con codos y rodillas pronunciados, rostros colmados de espinillas y abundantes cabelleras que compensaban la carencia de vello en el resto del cuerpo.

Mike y su abuelo se hallaban inmersos en el trabajo. Siempre había hueco para las bromas y charlas informales, pero esa noche el bar se llenó como nunca antes lo había visto. Las gotitas de sudor inundaban sus frentes y descendían por ambos lados del rostro, formando diminutos canales.

Concluida la cena, me decidí a ayudarles. Ellos se encargaban de cocinar la pizza y preparar los platos y las bebidas. Yo servía con prudencia, y sin intención de arrojar nada al suelo.

Los camareros gozaban de una paciencia y psicología inmensas. Aquello es lo que solía pensar cuando los contemplaba lidiar con el personal. Ese día mis sospechas se confirmaron.

Cuando el ritmo aminoró, y todo volvió a la normalidad, le manifesté a Mike mi deseo de acudir a la poza en la que nos bañábamos de pequeños.

—Mañana por la tarde vamos —declaró recuperando su alegría habitual.

***

Los sábados por la mañana, me gustaba acompañar a mi abuela a la panadería. Nos despertábamos muy temprano, y descendíamos la cuesta con el amanecer. El sol se hallaba en la parte más baja del cielo. Lo envolvía todo con su luz anaranjada. No se escuchaba nada en aquel momento del día. Únicamente, nuestros pasos. Reparé en que a mi abuela cada vez le costaba más realizar el trayecto. Tenía que detenerse para coger aire y descansar.

Me sostenía de la mano. Me encantaba percibir la calidez de su palma.

En el horno comprábamos un variado de dulces para el desayuno, y el pan para remojar las comidas.

Un día, Susan, la dueña de la tienda de ropa, se nos adelantó. Nada más vernos cruzar la puerta, se abalanzó sobre nosotras. Empezó a quejarse de todo. Especialmente del marido y sus dos hijos. Por la manera de expresarse, me pareció la mujer más desgraciada del mundo. Intentó sonsacar información sobre mi familia. Quería averiguar los problemas que teníamos en casa, pero mi abuela le daba respuestas optimistas y esquivas.

Una vez abandonamos el establecimiento, me susurró:

—A quién quiera saber, mentiras a él.

Me guiñó un ojo con complicidad y reímos a carcajadas.

Por aquella época, mi madre regañaba a menudo a mi abuela Felisa. Le recriminaba los sobresfuerzos que realizaba. Yo la notaba más delicada.

Su cuerpo resultaba un obstáculo. Un impedimento para llevar a cabo todo lo que su mente inquieta se proponía.

CAPITULO 8

De niña sentía que formaba parte de la naturaleza. Todo cuanto percibía me parecía hermoso. Disfrutaba tocando la tierra. Me maravillaba oler y acariciar las flores.

Los rayos del sol me apuntaban y alzaba mis manitas en su dirección, fascinada ante la calidez que radiaban. Quería saber el nombre de todo ser vivo con el que me tropezaba. Cuando crecí, el mundo natural dejó de ser fuente de pasión y empezó a incomodarme. Tenía tan tatuada en la mente la idea de aparentar perfección que aprendí a despreciarlo.

Desde que regresé a Villa Blue, inicié de manera inconsciente una reconciliación con la naturaleza. Mi cuerpo la necesitaba. Anhelaba desprenderme de todas las normas inútiles que me inculcaron. Reglas que me convirtieron en una persona tensa y puntillosa.

Mike llegó a la hora prevista. Se había desprendido de su habitual barba de tres días, lo que resaltaba sus bonitos ojos castaños. Puede sonar extraño, pero su noble mirada me recordaba al sirope de caramelo con el que untaba los gofres: centelleante y dulce. Como de costumbre, no pude evitar sonreír al verlo.

—Unos cuantos kilómetros de camino nos esperan, ¿estás preparada? —inquirió a la vez que esbozaba una sonrisa de medio lado, la cual acentuó uno de sus hoyuelos.

—Preparadísima.

Compartíamos el mismo sentido del humor y durante el trayecto imaginábamos situaciones absurdas.

En ocasiones, cuando lo miraba a los ojos, tenía que realizar un esfuerzo para contener la risa. Era como si se formara una burbuja de incontrolables chispitas alrededor de los dos. Él era una de las pocas personas con las que me atrevía a decir tonterías. Bromeábamos el uno con el otro sin concedernos tregua alguna. Las inaudibles carcajadas provocaron que hiciéramos un alto en el camino. Un dolor invadió mis costillas lo que ralentizó la marcha

Mike dominaba el lugar a la perfección. Conocía el nombre de todas las plantas y distinguía a las aves por su canto. Me mostraba con entusiasmo los pequeños tesoros que invadían nuestro entorno natural. Él los contemplaba, atentamente, y trataba con cariño y respeto. Yo aprendí a imitar su comportamiento. Mike conseguía que admirara el encanto de lo simple, de la cotidianeidad.

—Todo lo que nos rodea tiene una función en la tierra —afirmó —. Lástima que el hombre piense que es superior a la naturaleza. Hay elementos que a simple vista son más insignificantes que él, pero la misión que cumplen es de suma importancia para todos.

El río se hallaba arropado entre frondosos árboles de tronco ancho. Se alzaban con orgullo, luciendo hojas que exhibían la amplia gama del color verde. Fluía la corriente con seguridad hacia su destino. Conocía su función en el mundo y no era posible detenerla. Producía un sonido enérgico y reconfortante a la vez que te trasladaba a un universo de cuento y fantasía. Las pozas eran profundas. Estaban colmadas de agua que allí adquiría una tonalidad turquesa. Mis sentidos se hallaban estimulados ante el pálpito del bosque. Se trataba de una excitación apacible que te empujaba a permanecer en el momento presente.

Mike se despojó, con rapidez, de la ropa y se sumergió sin meditarlo dos veces. Miré de soslayo como se introducía en el agua. Me impactaron sus brazos tan bien definidos, por los que asomaba alguna vena con el mismo matiz que el río. Todo el cuerpo radiaba vigor, y su pecho se hallaba repleto de oscuro vello, el cual formaba diminutos caracolitos.

—Venga —me animó—, hace tanto calor ahí fuera que no notarás el frío.

Se había sumergido en la poza sin temor, y yo lo contemplaba paralizada. Era extraño ver a Mike en bañador y sin gorra. Lo cierto era que parecía otra persona.

—No sé yo.

—¿Voy a por ti? —inquirió mientras alzaba sus dos cejas.

—Ni se te ocurra…

—Pues hazte el ánimo o me tocará salir a por ti.

Me desvestí con pudor. Siempre había sentido vergüenza de mi palidez y delgadez extremas. Me senté, torpemente, en una roca y sumergí los pies.

—¡Ay! —exclamé

El agua estaba helada. Era como un cuchillo que me traspasaba la piel. No la recordaba así. Quien fuese niña en ese instante. Por aquel entonces, la temperatura no me importaba, solo pensaba en divertirme.

—Exagerada —comentó, dirigiéndose a mí.

—¿Qué haces? —pregunté temerosa—. No me tires.

—Tranquila —murmuró en tono reconfortante.

Situó las manos en mis caderas. Las sentí frías, pero me contuve y no me quejé para evitar que se mofara de mí. Me deslicé con cuidado y él me ayudó a sumergirme. Me agarré fuertemente a su espalda, y percibí las marcas de las yemas de mis dedos que presionaban sus hombros. Solté un gritito una vez tuve todo mi cuerpo en el agua. La piel de Mike resultaba agradable al tacto: firme y sedosa al mismo tiempo. Me llegó un sutil aroma a cítricos que procedía se su abundante cabellera.

Cuando me descubrí a su altura, nos miramos unos segundos en silencio. El corazón me palpitaba con ímpetu, y sentía los latidos dentro de mi cabeza y oídos. Nunca habíamos estado tan próximos el uno del otro. Noté una punzada en el pecho cuando lo miré a los ojos. Una sensación que descendió hasta mi estómago y me inmovilizó. Él sonrió con la intención de romper el hielo, y le correspondí de manera automática.

—Bueno, ya está —comentó, liberando mi cintura.

Retiré las manos de sus hombros, y me separé para que hubiese espacio entre los dos.

Mike transmitía una combinación de cosas buenas que no era fácil hallar en el resto de personas. Era fuerte y sensible a la vez. Alegre y bondadoso. Aunque parecía aceptar la vida conforme se presentaba, sin detenerse en los grandes interrogantes, yo sospechaba que poseía un valioso mundo interior.

Le arrebataron a sus padres demasiado pronto en un fatídico accidente automovilístico. Su abuelo se encargó de él, y todo el mundo en el pueblo alababa la fortaleza de aquel hombre que supo sobreponerse a la desgracia de perder a una hija.

Cuando éramos niños, Mike me reveló en secreto que sorprendió, en más de una ocasión, a John llorando en la cocina. El hombre, si se percataba de la presencia del niño, recuperaba con rapidez la compostura. El amor por su nieto lo empujaba a fingir con maestría, y a provocar sonrisas cuando el alma se hallaba abatida.

—Creo que no aguantaré mucho rato —anuncié tiritando de frío.

—Qué floja te has vuelto.

Le lancé agua y se dirigió hacia mí. Yo intentaba deshacerme de él, pero me cogió en brazos y me lanzó de nuevo al fondo.

—¿Qué te ha traído de vuelta aquí? —preguntó en un descanso que hicimos entre juego y juego.

La sonrisa desapareció de mi cara al instante. Él pareció percatarse, ya que en sus ojos advertí empatía.

—No me lo cuentes si no quieres —dijo con la intención de no incomodarme.

—Me da miedo que me juzgues si lo hago.

Mike no insistió más. Nos contemplamos, una vez más, en silencio. Nuestros cuerpos se acostumbraron al agua helada. Los brazos descansaban, entrelazados, sobre las rocas y la cabeza encima de ellos. Permanecimos en esa postura durante un instante mágico. Deseé que el tiempo se detuviera. Necesitaba prolongar el bienestar que se apoderó de mí en ese momento. Mike me aportaba familiaridad y calidez, una reconfortante sensación de protección. Me negaba a que se desvaneciera.

—Por cierto —comentó mientras recuperaba su postura—. Mi

abuelo quiere hablar contigo. Me dijo que, en cuanto puedas, te pases por casa o el bar.

—Si sabe que voy casi todos los días…

—He notado que con los años se muestra más acelerado que de costumbre —confesó a la vez que me ayudaba a salir de la poza—. Está muy maniático y necesita asegurarse de todo. Me lo repitió unas cuantas veces.

—No sé… —comenté mientras me secaba—, puede que sea la edad.

Mike salió sin ningún tipo de esfuerzo. Me vestí y pensé en John, Ruth, Mary y mi abuela. Los visualicé de jóvenes en aquel mismo lugar. Inocentes, enérgicos y valientes. Poseedores de una mentalidad que no casaba con la época en la que vivían.

Estaba segura de que la conversación con John se centraría en el reencuentro con Mary.

***

Lucas era sinónimo de perfección. Escuchaba cuando el profesor impartía la lección, hacía siempre los deberes y sabía comportarse en clase. También gastaba bromas, pero era como si intuyera cual era el momento idóneo para realizarlas. Era guapísimo y no solo a mis ojos. Sus mofletes rosados estaban repletos de pecas que le otorgaban un aspecto pícaro. Tenía los ojos azules y profundos. A veces, impactaba contemplar el color. Su madre le engominaba el pelo, y formaba pinchos afilados con él. Recuerdo que una vez, que estaba de espaldas a mí, se lo toqué con la yema de mi dedo índice sin que se diera cuenta. Me hice daño y lo retiré con velocidad.

Me gustaba observarlo desde la última fila, lugar que ocupaba junto a Olivia.

El día de su cumpleaños, me acerqué a él después de clase. Me armé de valor para decirle lo que sentía. Él me miró con cara de asco, y me confesó que no le gustaban las chicas tan delgadas.

Me di la vuelta y, cuando me hallaba lejos de su alcance, eché a correr. Mi abuela esperaba en la puerta del colegio y crucé por su lado, ignorando sus llamadas.

Trepé un árbol que había al lado de casa y me acomodé en una de sus amplias ramas. Mis manos se habían ensuciado con resina. Estaba tan disgustada que no me importó.

Cuando decidí regresar a tierra, mi abuela Felisa esperaba, pacientemente, sentada en una roca. Portaba una taza con cacao en su mano. Abrió sus brazos y corrí sin pensarlo a su regazo. Necesitaba el consuelo que su calidez me aportaba.

Sin que ella me preguntara nada, se lo conté todo.

—Como él es perfecto —dije con recochineo—, no quiere salir con

una chica que parece un saco de huesos.

—No digas eso —me susurró—. Puede que tenga algo peor en su vida que desconocemos.

—Es guapo, listo, simpático… —enumeré algo alterada.

—Muchos problemas no son evidentes a simple vista. Hay gente que sabe disimular muy bien.

—¿Alguna vez has experimentado un amor tan puro como el que siento yo por él? —inquirí melodramática.

Me incorporé de un brinco y me posicioné de espaldas a ella, con los brazos cruzados y los labios apretados.

Mi abuela rio ante mi enfado. Me di la vuelta y contemplé, con indignación, como se mofaba de mi pena.

—Bueno… —musitó entre medio de una carcajada.

—¿Ya te has quedado a gusto?

—De tu abuelo me enamoré de verdad… —confesó, recuperando la compostura—, además, tuve el privilegio de ser testigo del más bonito de los romances.

El disgusto se disipó rápidamente ante semejante revelación. Me aproximé entusiasmada y le rogué que me contara más.

—Por hoy es suficiente —susurró con ojos de niña traviesa.

CAPÍTULO 9

El cielo nocturno se hallaba colmado de estrellas que parecían relucientes perlas. Mientras cenaba un bocadillo, con *Mustio* en mi regazo, caí en la cuenta de que me había convertido en una auténtica filósofa.

Desde que regresé al pueblo, para frenar mi enredada vida, adquirí el hábito de reflexionar sobre todo. No eran cavilaciones sobre problemas cotidianos que todos sufrimos. Se trataba de pensamientos trascendentales y místicos. Cuestiones que nunca imaginé que me plantearía.

Aquella actitud le hubiera parecido a mi antiguo yo innecesaria y ridícula, pero en ese instante tomé consciencia de la importancia de meditar cuando atravesamos un mal momento. El objetivo no era hallar el origen de todos mis males. No deseaba continuar lamentándome por mis errores. Examinaba mi pasado con la intención de aprender algo de él.

Le preparé a mi invitado felino su cena y cogí una pieza de fruta. *Mustio* engullía con finura la comida, y yo contemplaba la escena con ternura. Era muy gratificante apreciar lo sencillo.

Durante muchos años creí, con firmeza, que lo difícil, la actividad a la que había que dedicarle horas y esfuerzo, era lo único que merecía toda mi energía y atención.

El paso del tiempo provocó que me percatara de las innumerables formas de vivir la vida. Todas ellas diferentes, únicas y admisibles.

Me irritaba cuando pensaba en ello. No entendía el motivo que empujó a mis padres a moldearme tanto. Pusieron empeño en la tarea, y se olvidaron por completo de respetar mis inclinaciones.

La vorágine de pensamientos se volvió a focalizar en Tony. No quería demorar demasiado la conversación que tenía pendiente con él. El móvil permanecía en un cajón del vasto mueble del salón. Aquel recuerdo produjo que me levantara de un salto, lo que asustó a *Mustio*, y me dirigiera, con paso apresurado, a por mi celular. Lo encendí y no tenía notificaciones. Ni llamadas, ni mensajes. Qué extraño todo.

Tony trabajaba como dermatólogo. Poseía su propia clínica y la buena reputación le precedía. A él acudían celebridades y gente con gran poder adquisitivo. En apariencia era perfecto. Tenía unos grandes ojos de color turquesa, y lucía una media melena oscura que le daba a su aspecto un aire canalla. Era alto y extenso, de musculatura bien definida que revelaba horas de gimnasio. Gozaba de una personalidad carismática y dulce que había ido perfeccionando con la experiencia.

Nada más verlo sentí una especie de flechazo. El corazón se me disparó, el estómago se encogió y mis manos se humedecieron. Era

como si fuese un imán que ejercía su poder magnético sobre mí.

No me consideraba una persona enamoradiza e impresionable. Tuve alguna relación amorosa, pero nada memorable. Consideraba a todos mis líos simples experiencias. Lo que ocurrió aquella noche resultó novedoso para mí.

Lo conocí en una fiesta de empresa. Tony era el marido de mi compañera Helen.

Helen era una persona honesta y sencilla. Siempre me trató con amabilidad. Construimos una amistad que se consolidó en los fugaces encuentros alrededor de la máquina de café. Ella era muy abierta, y te hacía sentir cómoda al instante. Las dos sentíamos fascinación por la ropa, y quedábamos para ir de compras a los grandes almacenes. También solíamos correr juntas dos veces por semana. Era muy buena en su trabajo. Su presencia resultaba imprescindible para la revista de estilo y moda en la que trabajábamos.

Me lo presentó y percibí una atracción mutua. Él me miraba a los ojos de una manera particular, y recuerdo que las piernas casi me fallan cuando le tendí los dos besos que las presentaciones exigen.

El roce de su piel fue suave e inhalé la intensa fragancia que desprendía. La velada transcurrió entre miradas efímeras que emitían fuego. Una especie de corriente invadió el amplio espacio que nos separaba. Nos hallábamos en extremos opuestos de la sala, conversando con los otros invitados a la fiesta. Nos descubrimos, en más de una ocasión, observándonos de soslayo.

Cuando el evento finalizó, alguien introdujo algo en mi mano. Miré alrededor y me percaté de que Helen y Tony se encontraban a mi altura. Ella se despidió con una sonrisa y él actuó como si no hubiera reparado en mi presencia.

Una servilleta de papel fino, con un número de teléfono escrito en ella, fue lo que encontré al extender la mano.

Aquella noche no conseguí conciliar el sueño. El recuerdo de sus ojos me incitó a fantasear, lo que provocó que me sintiera eufórica.

Le mandé un mensaje de texto al día siguiente. No podía centrarme en mis quehaceres diarios, tenía la cabeza en otra parte. No pude realizar mis tareas con la entrega que acostumbraba. Hecho que descolocó a mi superior, el cual me preguntó si me ocurría algo.

Cuando el teléfono sonó, di un respingo y me abalancé sobre él, literalmente. Era Tony y quería quedar para tomar un café. Mientras conversábamos, intentaba aparentar serenidad. No quería dar la impresión de quinceañera desquiciada. Nos citamos en una elegante cafetería del centro comercial. No nos escondimos la primera vez que quedamos, pues considerábamos que no estábamos haciendo nada malo.

La chispa surgió al instante. La pasión que percibí el día de la

fiesta de empresa, se multiplicó en aquel breve encuentro. Nos envolvía un escenario de cristaleras, luminosidad y ajetreo, pero permanecíamos ajenos a todo. Queríamos alargar esa sensación de euforia que experimentábamos cuando nos hallábamos cerca el uno del otro. No transcurrió mucho tiempo hasta que nos convertimos en amantes. Quedábamos un par de veces a la semana en un hotel de las afueras. Tony era amigo íntimo del dueño, y en aquel lugar se nos garantizaba discreción.

Las montañas abrazaban nuestro alojamiento secreto. Paseábamos por el entorno, y reíamos entre besos y caricias confidenciales. No desnudamos únicamente los cuerpos. También nos sinceramos sobre nuestras ataduras y agobios existenciales.

Nunca me sentí mal por aquello. Cuando decidí tener una aventura con él, ya había aprendido a ser egoísta. Dejaba los sentimientos de lado con suma facilidad.

La relación que establecimos me permitió conocerlo en profundidad, y comprobé que detrás de aquella idílica fachada se escondían multitud de carencias. Ambos poseíamos una historia familiar parecida y eso nos unió más si cabe.

Mientras tanto, yo seguía quedando con Helen como si nada. La culpa no me asaltó en ningún instante y no levanté sospechas de nada. No existían indicios para que intuyera que tenía un idilio con su marido.

Mi visión de la realidad se hallaba alterada. Me sentía tan frustrada con mi existencia que llegué a normalizar mi conducta dañina. La adrenalina que nos aportaba, tanto a él como a mí, nuestro amorío secreto, rellenaba los vacíos de una vida ajustada al capricho de otros. Era tal la exigencia que nos habían inculcado que éramos incapaces de ver lo bueno que había en nosotros. Nunca era suficiente. Siempre se podía mejorar. Aquello resultaba agotador, pues la perfección era una meta inalcanzable.

Aunque nos convertimos en expertos mentirosos y nos las ingeniábamos, de una manera brillante, para que nadie se percatara de lo nuestro, un engaño no puede sostenerse en el tiempo y finalmente se descubrió todo.

Helen fue a pasar el fin de semana al pueblo rural de su familia paterna, y Tony me invitó a disfrutar de la mansión que poseían en la sierra.

Era un lugar de ensueño que gozaba de un estilo nórdico y minimalista. Se hallaba rodeado por un simétrico jardín que conseguía apaciguar los sentidos del ser humano más intranquilo. La casa poseía piscina exterior e interior, y los dormitorios eran más grandes que todos los pisos en los que viví cuando era estudiante.

Fuimos demasiado imprudentes. Mi compañera llegó antes de lo

estipulado y nos encontró besándonos sobre el extenso sofá de cuero blanco. Fue muy sigilosa e intuí que llevaba tiempo sospechando algo. Creo que su llegada anticipada fue premeditada.

Los tres permanecimos mudos, sin saber qué decir. La pieza de música clásica, que emitía un viejo disco de vinilo, se percibía cada vez con más fuerza. Tony me susurró al oído que me fuera. Crucé por al lado de Helen sin mirarla a la cara.

El rumor se extendió como la pólvora en la redacción, y la gente empezó a hacerme el vacío. Me trataban como si hubiera algo malo en mí, como si fuera a contagiarles alguna enfermedad mortífera. Muy pocas personas me dirigían la palabra y creo que toleré esa situación demasiado tiempo.

Tony quería quedar, pero yo me negué en rotundo. Vivir aquella experiencia me hizo tomar consciencia de lo egoísta y perjudicial que había sido mi conducta durante los últimos años. Creía que toda la gente era como yo. Pensaba que el mundo funcionaba de ese modo, y las buenas personas eran meros actores con un excelente disfraz que les permitía alcanzar sus objetivos. Me hundí y acabé por dejar el trabajo.

Me pasaba el día maldiciendo todos mis errores. Me lamentaba de todo cuanto tenía, y buscaba culpables a los que atribuir mis desgracias. Estaba irritable, y toda gestión que realizaba terminaba en pelea.

Un día vagaba por la calle, sin rumbo fijo, cuando tropecé con una antigua compañera de la facultad. Parecía tan feliz y radiante que me incordiaba a la vista. Hablaba con entusiasmo de su presente. Cuando finalizó la universidad, y entró en contacto con el entorno laboral, se dio cuenta de lo que realmente quería hacer: dedicarse a la pintura. Su familia apoyó su sueño y ahora se podía permitir vivir de ello. La envidia invadió cada rincón de mi frágil cuerpo.

La imagen de mis padres acudió a mi mente. Había quedado con ellos para comer y me dirigí a su casa con paso apresurado. Durante la comida, estallé como nunca antes lo había hecho. Expulsé todo lo que sentía. Los culpé de todas y cada una de mis desgracias, y juré que nunca más contaría con ellos para absolutamente nada. Intentaría vivir mi vida como creía yo que era correcto.

Y a los pocos minutos, conducía rumbo a Villa Blue.

Tony respondió al instante. Los dos lloramos. Habíamos dispuesto del tiempo suficiente para reflexionar sobre nuestros actos. Se hallaba en pleno proceso de divorcio y me suplicó, en un hilo de voz, que volviera a la ciudad.

—No puedo —dije con la voz entrecortada—. Aquí me siento tan bien…

—¿Podría ir a verte?

Se produjo un silencio incómodo. El tono que empleó denotaba desesperación. Lo sentía cerca, pero al mismo tiempo percibí que ya no formaba parte de su mundo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿No me echas de menos?

La manera que tuvo de formular la pregunta produjo que sintiera un pinchazo en la boca del estómago. Un cosquilleó que me advirtió que aún seguía sintiendo algo por él.

—Tony —dije, intentando aparentar firmeza—. Te he llamado para despedirme. Sentía que tenía una conversación pendiente contigo.

—Sé que me quieres, lo percibo.

—Lo que yo sé es que también te vendría bien un cambio. Tomar distancia de ese mundo en el que llevas atrapado años. Una nueva perspectiva de la vida es lo que necesitas.

—¿Es un adiós entonces esto?

—Nunca se sabe. De momento, una simple despedida.

Permanecimos en silencio durante un buen periodo de tiempo. Escuchábamos nuestra respiración de fondo.

—Te quiero Emma, cuídate.

—Adiós Tony, cuídate.

Cuando colgué sentí alivio. Me invadió una especie de ardor que provocó que me levantara de un salto, y caminara activamente por el porche. Me había quitado un peso de encima. *Mustio* me miraba con satisfacción, parecía aprobar mi valentía.

—¿Cómo puede un gato transmitir tanta sabiduría? —inquirí, mirándole fijamente—. Eres un pedante.

***

Lina y Julia se hallaban sentadas en un banco de la avenida principal. La relación que compartían era un secreto a voces. Digamos que su amorío no lo habían hecho oficial, pero todos en el pueblo sospechaban que les unía algo más que una amistad. Ambas eran tan peculiares que resultaba complicado no prestarles atención. Mi abuela sostenía una bolsa repleta de verdura y fruta fresca, y de su mano libre me aferré con fuerza. Cruzamos por delante de ellas y nos dimos los buenos días. Julia hacía pompas de jabón con un gato en su regazo, y Lina las explotaba a palmetazos, entre sonoras carcajadas que desentonaban con su seriedad. Intercambiamos unas pocas palabras con ellas antes de proseguir la marcha.

Mi abuela Felisa detuvo su paso. Me percaté de que su semblante había adquirido un tono enfermizo.

—Abuela, ¿te encuentras bien? —inquirí con preocupación.

—Sí, sí… no te preocupes, cariño —contestó dulcemente.

—Será mejor que avise a alguien… —propuse en un hilo de voz. El

miedo se apoderó de mí. La percibí tan frágil y deteriorada, de un momento a otro, que me alarmé.

—Solo necesito sentarme un poco —sugirió mientras se dirigía hacia un banco de madera.

Corrí a casa de Mike sin pedirle permiso. Lo hallé chutando un balón contra la pared de su vivienda.

—¿Está tu abuelo? —pregunté entre jadeos—, mi abuela no se encuentra muy bien. Necesitamos ayuda.

Mike se adentró en su casa, sin pronunciar palabra, para buscar a John. El hombre salió lo más deprisa que pudo. Nos dirigimos a comprobar el estado en el que se encontraba mi abuela.

Lina y Julia permanecían sentadas a su lado. El rosado de sus mejillas volvió a resurgir. La mirada parecía más presente que antes, y sonrió débilmente cuando reparó en nuestra presencia.

John se aproximó hacia ellas. Mike y yo nos mantuvimos a una distancia prudente. Una distancia que no impidió que escuchara lo que se decían.

Mi abuela susurró que deseaba ver el proyecto terminado, pero si no resultaba posible sabía que John junto con Mary se encargarían de concluirlo.

—Deja de hablar así, Felisa —reprendió mientras la examinaba con atención—. Te pondrás bien y lo verás, te lo aseguro.

CAPÍTULO 10

Quedé con Anna en un pub que había en el centro del pueblo. Era el establecimiento más moderno del municipio. La atmósfera era tenue, y la música rock, que emitía la radio, poseía un volumen aceptable. La madera oscura era el material predominante en la mayoría de muebles, y los plateados grifos, por los que circulaba la cerveza, despuntaban con su brillo.

Los cuartos de baño eran elegantes. Estaban dotados de un mármol blanco e intenso que lanzaba fugaces destellos. Siempre encontraba alguna excusa para adentrarme en ellos, aunque no sintiera la necesidad de utilizarlos, pues poseían un placentero olor a lavanda. Un perfume fresco que no resultaba excesivamente penetrante.

Conocí a Anna en clase de danza oriental. Desde un principio se mostró muy abierta conmigo. Nuestras miradas cómplices conectaron al instante. Tenía cincuenta y tres años, un matrimonio fallido a las espaldas y un hijo de mi edad.

A pesar de las dificultades con las que había tenido que lidiar, transmitía mucha paz y gozaba de la capacidad de ver lo mejor en cada persona. Una actitud que emergía de ella con total naturalidad.

Nos adentramos en el local. Estaba abarrotado de adolescentes. Los jóvenes, apilados en pequeños grupos, permanecían sumergidos en su universo particular. Bebían refrescos, entre carcajadas, y jugaban al billar o a las cartas.

Tomamos asiento alrededor de una mesa que estaba apartada de la multitud. Pedimos un par de cervezas bien frías y una ración de patatas bravas con sus correspondientes salsas.

—Creo que hemos venido a la hora *light* —comentó Anna divertida, haciendo referencia a los muchachos que estaban allí reunidos.

El camarero, un señor regordete y rojizo que lucía un anticuado bigote imperial, nos sirvió las bebidas, y se despidió con un chiste sobre tomates que ninguna de las dos entendimos.

—Si te apetece podemos ir al bar de Mike a cenar —propuse a la vez que me disponía a dar un sorbo a mi cerveza—. Hoy hacen pizza casera.

Hablé con John, unos días atrás, y me comentó que Mary deseaba reunirse conmigo. Quería verme y conversar. La mujer se ausentó unos días por motivos personales. Nuestro encuentro se posponía hasta su regreso a la villa. Le propuse a Anna cenar allí porque tenía la intención de preguntarle a John por Mary.

—Qué bueno —manifestó—, por mí sí. Hace muchísimo que no

voy.

Cuando Anna sonreía, su semblante adquiría un matiz infantil. No aparentaba los años que tenía. Todas sus facciones eran rasgadas y su cuerpecito redondo. Me gustaba como le caían los rizos castaños sobre la frente mientras hablaba, parecían pequeños muelles en movimiento.

Trabajaba en una empresa de limpieza desde los dieciocho años. Su expareja, un intelectual delgaducho, nunca le pasó manutención. Se entregó a la vida bohemia, y sus días transcurrían en los parques de la ciudad más cercana, donde escribía y recitaba poesía. El susodicho no pasaba hambre, y gozaba de un techo en el cual poder cobijarse, gracias a la caridad de sus padres.

Anna se enamoró de él cuando eran unos adolescentes. Se dejó embaucar por la verborrea que, al cabo de poco tiempo, empezó a resultarle molesta. Una vez el fuego inicial menguo, percibió la realidad de la persona de la que creía haberse enamorado. Por aquel entonces resultó ser demasiado tarde: estaba embarazada.

Aguantó con él demasiado tiempo, debido al escándalo que suponía romper una familia. Hasta que un día se armó de valor y decidió que su felicidad era más importante que los pensamientos de un puñado de estrechos mentales incapaces de avanzar y romper viejos esquemas.

—¿Y tus proyectos? —me interesé.

—Ayer me apunté a la academia —confesó con pudor.

—¡Maravilloso! —exclamé entusiasmada.

Anna quería estudiar derecho. Siempre le apasionó aprender sobre leyes. Se conocía al dedillo todos los dramas judiciales. Meditó mucho el hecho de apuntarse a la preparación de la prueba de acceso a la universidad, pero finalmente se decidió.

—Gracias por tus ánimos e insistencia —dijo.

—Verás que bien. Seguro que será una etapa fantástica.

—He ojeado los libros que pedían y no me he enterado mucho.

—Bueno, poco a poco… sabes que puedo ayudarte en lo que necesites.

El bar de Mike estaba atestado de gente. Reparé en la presencia de un muchacho que servía pizzas y bebidas con cierta inseguridad. Paseaba la bandeja por toda la sala, desorientado y sin rumbo fijo.

Nos sentamos cerca de la mesa de Susan, la única libre dentro del bar, y el rostro de la mujer resplandeció. Parecía alegrarse de tener gente con la cual cotillear. Examinaba el entorno sin disimulo y nos recibió con una sonrisa artificial.

—Buenas noches —saludó con intención de entablar conversación.

—Buenas noches, Susan —respondió Anna.

—Hace mucho tiempo que no veo a tu hijo… —comentó con intención de indagar.

—Encontró trabajo de lo suyo.

Mientras Anna se sometía al descarado interrogatorio, me percaté de que Mike se hallaba fuera de la barra. Abrazaba a una chica con cariño. Advertí su tez sonrojada y en los ojos revoloteaban chispitas.

La mujer era igual de alta que él. Solo alcanzaba a verla de espaldas. Lucía un cabello largo y sedoso de un color rubio ceniza. Actuaba de manera despreocupada y poseía un halo idéntico al de mi compañero Jake. Un aura característica de los espíritus aventureros y libres.

—Es la exnovia de Mike —me informó Susan—. Una joven guapísima.

La propietaria de la tienda de ropa reparó en mis ojos curiosos y me sacó del ensimismamiento.

No reconocía a Mike. La manera de comportarse con ella delataba que se sentía pequeño a su lado. Como si la tuviera, en cierta forma, idealizada.

—Pero creo que es demasiada mujer para él —añadió con malicia —. Ella parece tener mucho mundo ¿sabes? —prosiguió—, y Mike, bueno… pues es un bonachón.

Cuando se percató de nuestra presencia, se acercó con ánimo de bromear. No le seguí el juego aquella noche. Intenté centrarme en Anna, pero de soslayo espiaba todos los movimientos de Mike.

Atisbé a John con una descomunal tarrina de helado de vainilla entre las manos. El hombre formaba bolas para colocarlas al lado de un jugoso pastel de chocolate.

Me incorporé y fui en su busca. Reparó en mi presencia, y me guiñó un ojo con complicidad.

—¿Te apetece uno? —inquirió amablemente.

—No, gracias… —respondí—. John, ¿sabes algo de Mary?

Alzó el dedo índice. Gesto que revelaba la aparición de una nota mental importante. Desapareció por la puerta de la cocina y volvió a aparecer al instante.

—Está en la villa —informó tendiéndome un trozo pequeño de papel—. Este es su número. Quería llamarte ella, pero no tenemos tu teléfono.

—Gracias John —susurré mientras contemplaba los diversos dígitos.

Finalizada la cena, nos reunimos con Liz y Martha en la acogedora heladería que había al lado de la glorieta. No participé demasiado en la conversación. Mis compañeras hablaban, con emoción, de lo aprendido en clase de danza árabe. Yo removía la crema fría de avellanas. No era capaz de degustar aquella delicia

artesana.

Dimos una pequeña vuelta por los alrededores, y mi ánimo se encendió con las divertidas ocurrencias de Liz.

Cuando llegué a casa, y me coloqué la ropa de dormir, sentí unas ganas incontrolables de llorar. Me acosté y gemí de manera desconsolada, como una niña pequeña. Sabía con exactitud la causa de aquella reacción: estaba celosa.

No me gustó ver a Mike comportarse de esa manera tan tímida con otra mujer. ¿Estaba empezando a sentir algo por él? Hacía días que una voz interior me lo susurraba, pero hasta aquel momento opté por ignorarla.

Miré el reloj que había en la mesita de noche. Todavía eran las diez y media. No resultaba una hora demasiado imprudente para realizar una llamada telefónica.

Me senté en la cama, abrí el cajón de la mesita y extraje el móvil. Desde mi conversación con Tony lo mantuve encendido, aunque no lo utilizaba demasiado.

Descendí los peldaños, con el aparato en la mano, y cogí el papel con el número de Mary escrito en él. Me recosté en el sofá y marqué cada cifra con un sutil temblor en las manos.

—¿Diga? —respondió una voz débil desde el otro lado de la línea.

—¿Mary? —inquirí con entusiasmo.

—Ay, mi chica… —musitó. El tono manifestaba una alegría inesperada.

—Espero no haberte despertado —me disculpé.

—No, no…—aseguró—. Suelo acostarme sobre las doce.

—Tenía muchas ganas de escucharte de nuevo —confesé emocionada.

—Y yo también, cariño… mi pequeña Emma.

Percibí su voz diferente. Quizás la emoción provocó que sonora más vulnerable. Cada palabra que emergió, en nuestra breve conversación, se hallaba envuelta por un matiz melancólico. Fue una charla pausada y algo apagada.

El día que la contemplé empujando la carretilla, me transmitió fortaleza y vitalidad. La desobediencia que siempre la caracterizó, emanaba por cada uno de sus poros. No comprendí aquel decaimiento en un periodo tan corto de tiempo.

—Me apetece mucho verte, Mary —manifesté con convencimiento.

—A mí también, pequeña —respondió tras un prolongado silencio—. Pronto nos veremos.

***

Los propietarios de la carnicería se divorciaron, y en el pueblo solo se hablaba de aquello. Cuando los rumores se propagan, y todo el mundo

aporta su opinión, la verdad se distorsiona y es complicado averiguar los motivos reales de semejante situación.

Mi abuela era amiga del matrimonio. Había compartido multitud de momentos con ellos.

Una tarde, Dorothy le hizo una visita. Las dos mujeres merendaban en el porche galletas caseras de mantequilla y azúcar moreno acompañadas de té.

Nuestra vecina comentaba la comidilla del pueblo. Yo me balanceaba en una hamaca que mi padre construyó para mí. Las contemplaba de refilón y escuchaba lo que decían.

—Un jarrón se rompe a trozos y lo colocas como puedes —afirmó mi abuela a la vez que se disponía a beber de su taza—, pero es que lo ha roto en trozos muy pequeñitos. Eso ya no tiene arreglo.

Me quedé con la curiosidad de saber si se refería a él o a ella.

Justo en aquel instante, Mary hizo acto de presencia. Le encantaban las camisetas con cuello vuelto, y los tejanos amplios y agujereados. Toda ella era una revolución andante. Un torbellino indomable, pero colmado de sensibilidad.

Desde que John le informó del delicado estado de salud de mi abuela, llamaba por teléfono todos los días y, cuando se encontraba en la villa, acudía a casa frecuentemente.

Me abalancé sobre ella, me asió por la cintura e hicimos el avión. Yo chillaba emocionada y Mary se reía a carcajadas.

Dorothy se mostró reticente la primera vez que la vio. Era una mujer con una mentalidad tradicional, y Mary no encajaba en su manera de entender la vida.

Los encuentros futuros causaron que percibiera la inmensa bondad que guardaba dentro de ella. Las tres merendaban juntas, conversaban sobre diversos temas y paseaban por los alrededores.

—¿Cómo vamos? —le preguntó a mi abuela a la vez que tomaba asiento.

—Siento no poder ayudar a John con el papeleo… —se disculpó—. Ayer hablé con él. El médico me ha mandado reposo absoluto.

—No te preocupes por eso, Felisa —dijo para tranquilizarla—. El centro cultural puede esperar. Todos lo sabemos. Me interesa más cómo estás tú.

—Pero sabiendo cómo funciona todo lo burocrático… me temo que no lo veré en vida —se lamentó—. Tardaréis años en conseguirlo.

—No hay prisa —afirmó convencida.

CAPITULO 11

La voz de Mary me acompañaba. Cada palabra se repetía en mi cabeza una y otra vez. Una combinación de emociones me asaltó cuando finalicé la llamada.

Nuestra conversación y la promesa de un encuentro próximo en el tiempo, me aportaron una alegría inmensa. Sin embargo, su tono melancólico delataba el ocaso de la vida, el descenso hacia un destino seguro para todos.

A pesar de que deseaba compartir con Mike aquel hecho, permanecí unos días sin ir al bar. No me gustó sentir celos, y decidí que lo mejor era tomar un poco de distancia. Resultaba beneficiosa para ver las cosas desde otra perspectiva.

En el trabajo, aprendía mucho con Jake. Me gustaba su particular filosofía de vida. No se tomaba nada demasiado en serio, y sabía cómo disfrutar de todo. Trataba a todas las personas por igual, y aseguraba que cada una de ellas le aportaba algo distinto. Hasta el más prepotente petardo.

Las tardes las tenía ocupadas con las clases de baile y los fructíferos paseos por la sierra. Mis compañeras de danza árabe y yo adoptamos el buen hábito de finalizar la lección sentadas en la glorieta. Disfrutábamos de la brisa vespertina con una tarrina de enorme tamaño que reposaba sobre nuestro regazo. Reíamos a carcajadas, entre cucharaditas de crema fría de triple chocolate, y soñábamos con exhibir nuestro reciente aprendizaje ante el gran público.

También adquirí un libro sobre flora y fauna locales, y lo examiné a fondo. Cuando tropezaba con alguna especie, que había estudiado o visto en el manual, me sorprendía a mí misma dando brincos. Daba inaudibles palmadas de emoción, y me sentía de nuevo como una niña pequeña.

El entorno me resultaba cada vez más familiar. Sin apenas darme cuenta, me desenvolvía con gracia y soltura. Era como si una gran parte de mí, que había estado dormida demasiado tiempo, volviera a despertar. Una especie de impulso interno que me empujaba a integrarme en el medio. Una conducta que surgió de manera natural, sin ningún tipo de esfuerzo o planteamiento previo.

Cuando anochecía, solía sumergirme en lecturas diferentes a las que acostumbraba. Novelas que los amigos de Villa Blue me recomendaban. Sus diversos gustos me permitían conocerlos un poco más.

A Jake le fascinaban los libros de aventura y acción. A Liz, los

romances empalagosos e imposibles, y a Anna, las historias sobre injusticias que se solventaban en los tribunales.

El que más me sorprendió fue Mike, que gozaba de una apasionada predilección por la poesía. Llamaba a los poetas *artesanos del pensamiento*. Según él, el mismo acontecimiento o circunstancia, objeto, animal o persona, podían ser descritos de multitud de formas. Dependía de la perspectiva de la vida del artista en concreto. Tejían frases con absoluta belleza y maestría. Palabras que evocaban sentimientos profundos.

Aquella mañana de agosto el calor apretaba. Cerré la panadería al medio día y, cuando salí a la calle, sentí todo mi cuerpo arder bajo la ropa. Los lugareños decían, entre resoplidos, que caía fuego del cielo. El sol desprendía un bochorno insoportable. Cuando me disponía a bajar la persiana, Mike dobló la esquina. La sonrisa la mantenía, pero su comportamiento revelaba precaución. Por su mirada, adiviné que se hallaba preocupado. Se acercó, con cautela, y lo saludé con un movimiento de cabeza. El orgullo formaba parte de mi personalidad desde hacía mucho tiempo. Odiaba comportarme de aquella manera. Lo normalicé y me nacía con naturalidad, lo cual resultaba un problema.

—Mi abuelo y yo te echamos de menos —dijo con intención de romper el hielo.

La bondad que transmitía provocó que se me encogiera el corazón. No podía seguir mostrándome fría. Le sonreí y su rostro se relajó. ¿Mike y yo? ¿En qué estaba pensando?

—¿Va todo bien? —inquirió.

—Sí, gracias —respondí, intentando aparentar cercanía.

—¿Te has enterado, verdad?

—¿De qué? —pregunté confundida.

—Tu madre ha estado llamando al bar —confesó.

—¿Mi madre?

—Sí, quiere saber cómo te va todo. Me pidió que no te dijera nada, pero creo que es peor si te lo seguimos ocultando.

No respondí. Dirigí la vista al suelo un instante.

—No lo sabías entonces… —musitó.

Negué en silencio. Me invadió la culpabilidad por la manera en la que la había tratado últimamente. Le agradecí a Mike el gesto y me despedí sin mucho ánimo.

Mary no tenía casa en Villa Blue. El campo de cultivo, en el cual la vi laborar, pertenecía a una vieja amiga suya. La mujer se hallaba delicada de salud y poseía una cómoda vivienda en la ciudad, por lo que Mary frecuentaba el lugar con asiduidad.

Se encargaba de trabajar el terreno y de cuidar de la casa. Todo

aquello me lo confesó en una de sus, cada vez más frecuentes, llamadas.

Me sentía inquieta porque habíamos quedado. Me informó de que se encontraba mejor. Quería prepararme una merienda especial para degustarla en el porche. Según ella, la belleza del atardecer impactaba desde allí. Decía que los pensamientos y preocupaciones desaparecían de su cabeza cuando contemplaba el descenso del astro rey.

En ocasiones, se me escapaba una risita infantil mientras me hablaba. No se daba cuenta, pero seguía tratándome como si fuera una niña pequeña.

Un estrecho camino de piedra, que atravesaba el terreno de cultivo, te conducía hasta la entrada de la casa. Una casa aislada que parecía albergar a un ermitaño. Era la única vivienda del pueblo que poseía las paredes blancas. El tejado azul celeste era el propio de la villa.

Atisbé la figura de Mary en el porche. Alcé el brazo efusivamente para saludarla y ella imitó mi gesto. Su mano derecha reposaba abierta sobre los ojos. La luminosidad que el sol desprendía no le permitió verme bien.

Lucía una blusa blanca de anchos tirantes, y unos tejanos descoloridos. Se colocó un gorro de paja mientras me esperaba.

Descendió los peldaños del porche y abrió sus brazos. Mi paso se aceleró y me cobijé entre ellos con delicadeza. Las dos reíamos incontrolablemente.

Unos deliciosos segundos permanecimos en esa postura. Un abrazo familiar que me recordó a mi abuela Felisa. Un gesto reconfortante que hacía años que no sentía. No quería deshacerme de él.

Nos sentamos fuera y, apenas cruzamos dos palabras, Mary se disculpó para introducirse un instante en la casa.

Aproveché aquel momento para serenarme. Me parecía asombroso como cambiaba todo; las vueltas que la vida daba. El mundo giraba de manera incansable y, en ocasiones, te devolvía al inicio.

Unos meses atrás, me hubiera parecido imposible experimentar lo que la villa me estaba ofreciendo. En la ciudad yo existía, simplemente, de una forma ciega y descontrolada. Las vivencias pasadas eran ecos de fondo que pertenecían a una casi olvidada etapa de mi vida.

Me sentí enormemente agradecida. Me hallaba satisfecha con la decisión tomada. El regreso a Villa Blue resultó un encuentro conmigo misma. Me desprendí del perjudicial velo que envolvió mi rostro durante años.

Mary hizo acto de presencia. Portaba un plato en su mano

derecha. En él reposaba un apetitoso pastel de chocolate y galletas. Me lo tendió junto con un tenedor y una servilleta.

—Qué aproveche, guapa —dijo a la vez que tomaba asiento a mi lado.

—¿Tú no comes?

—Tengo que tener cuidado con los dulces —confesó riendo—. Ya no me sientan igual de bien.

El olor a cacao que emanaba de la tarta causó que deseara degustarla cuanto antes.

—Deliciosa, Mary —comenté suspirando—. Echaba de menos tus dulces.

La conversación fluyó con naturalidad. La familiaridad que antaño tuvimos seguía estando presente. No me sentí incómoda en ningún momento.

Nuestra Mary mantenía esa aura inconformista, pero más apaciguada. Siempre me he considerado una persona reservada, pero con ella me abrí libremente. Le conté mi pasado sin tapujos. Escuchaba mi relato con paciencia y sin juicios.

Su sabia mirada me transmitía calma. La mujer había aprendido a dar a las cosas la importancia que merecían.

—Mary, ¿estás bien? —inquirí con preocupación—. Hemos hablado solo de mí.

—No importa. Me apetecía mucho escucharte… ¿sigues escribiendo?

Alcé la vista del vaso con agua, que reposaba entre mis manos, y negué en silencio.

—Tenías mucha imaginación… deberías intentarlo.

Asentí a la vez que me disponía a beber.

—Por teléfono te noté algo apagada —dije con intención de averiguar si le ocurría algo—. Hoy pareces distinta, la misma de siempre. Me alegro.

—La primera vez que me llamaste, no me encontraste en mi mejor día.

Un silencio confortable se adueñó del lugar. Tanto nuestra piel, como el paisaje, adquirieron un sugestivo color ámbar.

Fue una tarde mágica. El mundo se detuvo para realzar nuestro reencuentro. Unas pocas horas que acontecieron con velocidad. Un corto periodo de tiempo que me confundió. Como si Mary siempre hubiese estado presente en mi vida. Me resultaba complicado concebir que permanecimos tantos años desconectadas.

Era curioso como con ciertas personas nada cambia. El especial vínculo que te une a ellas sigue siendo el mismo.

—Mi chica… —susurró Mary.

Posó su mano sobre la mía y me miró a los ojos con ternura.

—No te dejes llevar por el rencor —me aconsejó prudentemente —. Si tu madre ha estado llamando a Mike es porque te quiere, y estoy convencida de que tu padre también.

Le correspondí con una sonrisa afligida. La relación con mis progenitores era uno de los temas que más dolor me producía. Un asunto que me estaba costando superar.

—No esperes a que sea demasiado tarde, ¿vale?

Las lágrimas irrumpieron sobre mis ojos y realicé un sobresfuerzo para que no escapasen. Abracé a Mary y me correspondió.

—Es complicado —dije en un hilo de voz.

La mujer acarició mi oscuro cabello y me dio un cariñoso beso en la mejilla. Cuando se distanció de mí, atisbé que algo se asomaba entre los botones de su blusa: un colgante con forma de mariposa.

En un primer momento, no le di importancia. Me hallaba abrumada. No pude asimilar la información recibida fácilmente. Me despedí de Mary con naturalidad y prometimos vernos pronto.

De regreso a casa, mi mente empezó a ejecutar conexiones sin proponérmelo. Lo que me pareció evidente era algo en lo que nunca había reparado.

—¿Mary y Ruth eran pareja? —susurré para mí misma.

Caminaba hacia la vivienda con paso apresurado, mirándome los pies.

—¿Mi abuela fue cómplice de su amor?

Me detuve en seco a causa del fascinante descubrimiento. Una euforia repentina se apoderó de mí. Reí intensamente. No me importaba parecer una desequilibrada. ¿Cómo no me di cuenta antes? Me preguntaba mientras me llevaba las manos a la cabeza. Caminaba en círculos por la carretera. Incliné unos centímetros las rodillas y estallé, de nuevo, de risa.

Justo en aquel instante, un recuerdo emergió con fuerza y provocó que corriera velozmente hacia mi casa.

Mustio permanecía cobijado bajo su olivo. No se inmutó al verme realizar, con la cara granate, una carrera improvisada. El felino me contempló con su característica pachorra y, cuando ya no me encontraba al alcance de su visión, se hizo un ovillo nuevamente.

Me adentré en el dormitorio de mi abuela. Cogí la caja de metal y la abrí de manera apresurada. Me senté en el suelo y rebusqué hasta localizar la fotografía que mi abuela no me permitió ver.

Mary y Ruth, dos adolescentes que exhibían su amor al abrigo de un almendro. La primera sostenía el cabello de su acompañante entre los dedos. La segunda reía con la cabeza echada hacía atrás, y se aferraba con delicadeza a la cintura de su enamorada.

La centelleante mirada de ambas delataba la pasión que sentían la

una por la otra. La imagen desprendía inocencia y deseo, suavidad y vigor.

La conciencia de su romance prohibido causó que las lágrimas invadieran de nuevo mi mirada. Unas lágrimas de inmensa felicidad. No dificulté su descenso por las mejillas. Me cubrí la boca con mi mano derecha y lloré libremente. Nunca había llorado tanto en toda mi vida. Me enseñaron a reprimir ciertas emociones, y en mi nueva etapa afloraban con demasiada facilidad.

Una vez me hube apaciguado, me dirigí al salón y cogí la libreta que descansaba en uno de los estantes del vasto mueble. Abrí el cajón y extraje el bolígrafo de color azul.

Me senté en el sofá y empecé a escribir de manera compulsiva. En lo alto de la hoja destaqué, en grandes letras, la idea principal: *la mariposa y la flor de jazmín.*

***

—Si existe un poder superior que lo tenga donde lo tenga que tener —comentó mi abuela cuando se enteró del fallecimiento de un empresario del pueblo, cuya maldad era conocida por todos.

Era un hombre que poseía importantes contactos. Se rodeaba de gente de mucho poder. Una vez escuché como John se lamentaba por los impedimentos que el susodicho ponía para llevar a cabo la creación del nuevo centro cultural.

Me impresionó escucharla pronunciar esa frase. Su amiga Dorothy asentía en silencio. Ambas caminaban cogidas del brazo.

Mi actividad consistía en buscar piedras que llamasen mi atención por su particularidad. Cogía una, la examinaba, y, si me convencía, la introducía en mi capazo.

—¿Para qué las quieres? —me preguntó Dorothy.

Hice caso omiso a su pregunta. Me hallaba concentrada en la misión que tenía entre manos.

—Solo está jugando —comentó mi abuela—. A su edad uno solo piensa en divertirse.

CAPITULO 12

El hallazgo de un amor secreto causó que escribiese de manera desenfrenada. No creaba una historia coherente con su inicio, nudo y desenlace. La inspiración me empujaba a anotar ideas, frases y palabras a simple vista inconexas, pero que escondían un punto de unión.

Llevaba la pequeña libreta y el bolígrafo a todas partes. Cualquier situación, aparentemente insignificante, desataba mi imaginación. Si las circunstancias me impedían apuntar mis fantasías, las repetía en mi cabeza, una y otra vez, hasta que me hallaba con la libertad de hacerlo.

La creatividad, que tantos años pareció abandonarme, irrumpió de forma brusca.

La corriente de imágenes que la mente irradiaba me provocó una excitación desmesurada.

Reflexionaba mucho sobre Mary y Ruth, y el papel que John y mi abuela cumplieron en su romance. Lo medité tanto que llegué a obsesionarme.

Una tarde decidí pausar el torrente de pensamientos, y fui a dar mi paseo rutinario por la sierra.

La brisa vespertina acariciaba las copas de los árboles, y el sonido que emitían, con su leve contoneo, parecía agradecer el contacto. La atmósfera estaba nítida. Podía percibir las tonalidades de cada planta con una claridad impoluta.

Me gustaba caminar en silencio y sentir la naturaleza en su conjunto: el crujir de los troncos, el gorjeo de las aves y las diferentes texturas que componían el reconfortante paisaje.

Mientras cruzaba la pequeña carretera, atisbé un coche, de color verde musgo, aparcado en medio. Olivia, mi amiga de la infancia, estaba al lado del vehículo. Su hijo se hallaba sentado en el asiento trasero y ella le hablaba con calma.

—Ahora vendrá papi a por nosotros —susurraba.

—¿Va todo bien? —inquirí mientras me aproximaba a ellos.

Olivia dio un respingo y se dio la vuelta con ligereza. Su mirada revelaba cierta ansiedad.

—Pues no —murmuró para que el niño no pudiese oírla—. Se me ha pinchado la rueda y el móvil no se me enciende para poder llamar a mi marido.

—Toma —dije a la vez que sacaba el mío del bolsillo del pantalón.

—Gracias.

Mientras Olivia tecleaba el número de su esposo, me fijé en que el

pequeño me observaba curioso. Poseía los ojos rasgados como su madre, y me dedicó una amplia sonrisa. Tenía las paletas separadas, lo que le daba un aire granuja.

Al finalizar la llamada, Olivia abrió una botella pequeña de agua y le dio de beber a su hijo. Aquel gesto me conmovió y no lo pude evitar: volví a acordarme de mi madre.

Permanecía sentada en el balancín del porche trasero. Lo compré en el supermercado. Siempre me gustó mecerme a la vez que contemplaba el descenso del sol.

—Hola.

Di un brinco que me sacó de mi ensoñación. Era Mike. Había venido desde el pueblo con su bicicleta roja de montaña. De uno de los ganchos, colgaba una bolsa de plástico con un recipiente colmado de granizado de limón.

—Siéntate, voy a por dos vasos —dije mientras desaparecía por la puerta.

Me introduje en la cocina. Algo se encendió, dentro de mí, cuando reparé en su presencia. Noté humedad en las palmas de mis manos, y el corazón y la respiración agitados.

Cuando salí fuera de nuevo, él estaba sentado en el balancín. El asiento era amplio como un banco y cabíamos los dos. Cogió los vasos y, con soltura, sirvió el granizado.

—Aquí tienes —anunció mientras me tendía uno.

Tomamos la bebida en silencio, dando pequeños sorbos. De soslayo me fijaba en sus fuertes manos. Las percibí suaves y cuidadas, y los latidos de mi corazón surgieron de nuevo. Esa vez los noté en el cuello. Mis nervios provocaron que desviara mi atención hacia otro lado.

Anocheció y caí en la cuenta de que me percataba de cosas que antes me pasaban inadvertidas, como las piedras de diverso tamaño o los grillos que entonaban su rítmico canto.

Los silencios con él no eran incómodos. No tenía la necesidad de rellenarlos con un insignificante comentario.

—He pensado en volver a la ciudad —confesé de manera espontánea.

Percibí que me miraba con atención. Yo opté por mantener los ojos puestos en el paisaje.

—No para quedarme, claro —aclaré—, pero quiero solucionar las cosas con mi familia. Al menos, con mi madre.

Lo miré un instante. El contacto visual me produjo un intenso pinchazo en el estómago, y retiré mis ojos de él con rapidez. Notaba un ardor que ascendió hasta mis mejillas. No sabía, o no quería saber, qué ocurría, pero ya no era capaz de ver a Mike de una manera

familiar y amistosa.

Los insectos emitían su característico *cri-cri-cri*.

—Me parece una buena idea —susurró.

Lo miré para dedicarle una sonrisa de agradecimiento, y entonces fue él quien desvió la vista tímidamente.

Quería compartir con él mi reciente descubrimiento. Sentí el impulso, o la tentación, de contarle la verdadera relación que unía a Mary y Ruth. Mike nunca abandonó la villa. Cabía la posibilidad de que conociera la historia con más profundidad que yo.

Finalmente me reprimí. Deseaba guardarme el secreto. Aunque él era una persona digna de confianza, sentía que, de alguna forma, traicionaba a Mary y Ruth si lo revelaba. Entonces fui consciente de que la historia, que en mi cabeza se estaba gestando, necesitaría un permiso especial. No para ser narrada, pero si para presentarla ante el gran público.

Mi madre me leía un cuento todas las noches. Yo demandaba que repitiese determinadas escenas, y ella accedía con paciencia. Me gustaba tumbarme en su regazo e inhalar el aroma a jazmín que sus rizos desprendían. Entre sus brazos me sentía protegida. El calor de su cuerpo me reconfortaba. Allí nunca podía suceder nada malo.

Cuando estaba enferma, hecho que en la ciudad ocurría a menudo por culpa de mi constante inapetencia, sus mimos y cuidados me consolaban de tal manera que aprendí a fingir para tenerla cerca.

Ella era la única que sabía prepararme los bocadillos. Les daba su toque especial, y frotaba el tomate por la miga de pan con una gracia particular.

En ocasiones, cuando regresaba llorando del instituto por cualquier desavenencia, un simple abrazo elevaba mis ánimos.

Mientras observé a Olivia cuidar de su hijo, pensé que, quizás, mi madre no lo había hecho tan mal. Estaba convencida de que todas sus acciones perseguían mi futura felicidad. Puede que cometiera muchos errores, pero ¿quién nace con un manual de instrucciones?

Cuando nos enfadamos ardientemente con alguien, solo recordamos lo malo de esa persona. La rabia lo eclipsa todo, y las acciones buenas se desvanecen.

Los altos edificios poseían una tonalidad gris, semejante al encapotado cielo que los cubría. No había rastro de naturaleza a los alrededores. Solo asfalto, carteles luminiscentes y viandantes agitados.

Mientras circulaba entre el tumultuoso tráfico de coches, pensé que cabía la posibilidad de reconciliarme con la ciudad. Con el tiempo conseguiría encontrarle el encanto. Lo cierto es que, en aquel instante, no estaba por la labor. Mis energías estaban puestas en hallar un hueco para estacionar. A ser posible, cerca del edificio en el cual

vivían mis padres. No tuve suerte y, después de media hora exacta de reloj dando vueltas, decidí entrar en el parking más próximo.

Thomas, el conserje de la vivienda, me recibió en el vestíbulo con una amplia sonrisa. Era un señor regordete, con una barriga de pico que desabrochaba los últimos botones de su camisa blanca. Siempre portaba un habano entre sus dedos índice y corazón, y solía sorprenderlo canturreando éxitos ochenteros.

—¡Muchacha! —exclamó, elevando los brazos al cielo al verme—. Hacía mucho que no te pasabas por aquí.

—He estado fuera —comenté, aproximándome a él.

—¿Vacaciones?

Me fijé en que una descolorida mancha marrón adornaba parte del cuello de su camisa. Posiblemente fuera un chorretón de chocolate que cayó mientras se comía uno de sus dulces.

—Se podría decir que sí.

—Te veo cambiada —dijo con intención de dedicarme un cumplido.

Iba vestida con ropa deportiva. Mi cabello lucía rebosante y reluciente. Aquella señal indicaba que me estaba alimentando de manera correcta. Mi piel adquirió un tono moreno. Había cogido peso, y mi rostro se apreciaba más grueso y rosado.

—Gracias, he estado en la montaña —informé mientras me subía las mangas de la camiseta—. ¿Sabes si mis padres están en casa?

—Sí, lo están —respondió dando media vuelta para regresar a su puesto de trabajo—. Aún no los he visto salir.

Cuando toqué el timbre de la puerta, sentí una punzada en el estómago. Las piernas me temblaban y me percaté de que respiraba con dificultad. Estaba, nuevamente, muy nerviosa. Escuché unos pasos pausados que se acercaban e intuí un ojo curioso asomándose por la mirilla.

Mi madre abrió con cierta cautela. Iba vestida con ropa holgada. Una indumentaria representativa de los domingos caseros. Lucía el cabello descuidado: canoso y recogido en una pinza. Sus ojos emitían la misma tristeza que la última vez que nos vimos. En sus labios adiviné un amago de sonrisa, y no pude evitar abalanzarme sobre ella. La abracé con intensidad y los ojos se me inundaron de lágrimas. Mi madre se sobresaltó en un inicio, pero al instante me cubrió la espalda con sus brazos. Cuanto había echado de menos esa calidez. Noté su cuerpo frágil, pero el beso que tendió en mi frente estuvo impregnado de fortaleza y afecto.

—Te quiero, mamá —susurré con la voz entrecortada.

—Y yo a ti, hija.

Nos adentramos en el salón. La vivienda de mis padres combinaba

elementos modernos y clásicos. La decoración evocaba al antiguo estilo barroco. Demasiado recargada para mi gusto, pero le otorgaba al ambiente un punto de opulencia.

Mi padre leía el periódico con atención. Lo saludé y él me miró por encima de unas lentes. Sus ojos juiciosos parecían inquirir: ¿hemos invertido tanto en tu educación para que termines de panadera en un pueblo?

—¿Cómo va todo? —preguntó.

Normalmente se dirigía a mí de forma distante. Su voz era grave y empleaba el mismo tono con familiares, amigos y desconocidos.

—Bien, gracias.

Desvió su mirada de nuevo hacia el noticiero y no volvimos a cruzar palabra. Opté por no tomarme aquel gesto como algo personal.

En los últimos meses, me rodeé de personas que me habían mostrado una manera diferente de vivir la vida. No quería dar demasiada importancia a las conductas ajenas que se encontraban fuera de mi propio control.

Mi madre preparó café y sacó unas galletas de naranja y almendra que ella misma elaboró. Le conté con entusiasmo todo lo que había vivido. Ella parecía feliz escuchándome.

—¿Sabes que estoy aprendiendo a bailar la danza árabe?

Justo en aquel instante, mi padre pasó la hoja del periódico y yo percibí una pizca de incomodidad en su postura.

Mi madre arqueó las cejas, sorprendida, y en sus ojos percibí un brillo de alegría.

—Haremos un baile a final del verano —informé—. Me gustaría mucho que vinierais.

—Allí estaremos.

Miré a mi padre de soslayo. Mi madre me cogió de la mano y susurró.

—De ese me encargo yo, no te preocupes —afirmó con un guiño de ojo cómplice.

***

Mi abuela iba a casa de su hermano Victoriano todos los viernes. Primero compraba un bizcocho del horno para merendar. A mí me gustaba acompañarla. Sostenía el tierno bollo entre mis manos y, de vez en cuando, inhalaba su dulzón aroma a limón y canela.

Victoriano era un hombre de fuerte temperamento. Poseía un mal pronto que emergía en el momento menos pensado.

—¿Qué voy a hacer si es mi hermano? —inquirió mi abuela después de experimentar un estallido de mal genio—. Otra no iba más, desde luego.

Caminábamos de regreso a casa, más deprisa de lo normal. Noté agitación en el rostro de mi abuela, y aquello me preocupó.

—Este hombre solo hace que darme disgustos —murmuraba.

Muchas veces se prometía en voz alta que ya nunca más iría a verlo. Pero su bondad era inmensa. En su corazón no había espacio para el rencor.

Cuando llegamos a casa, mi abuela se dejó caer sobre el sofá. Se hallaba muy debilitada. Cualquier esfuerzo insignificante le provocaba una fatiga desmesurada. Con un pañuelo de tela, le retiré las perlitas de sudor que se habían formado en su frente. Me quedé con ella el resto de la tarde. No quería perderla de vista. Le hablaba con entusiasmo de algún tema concreto, y ella me correspondía asintiendo en silencio.

Realizó un esfuerzo para preparar la cena. Yo le ayudé con las tareas más simples como rellenar la jarra de agua.

Cuando nos sentamos todos alrededor de la mesa, la percibimos ausente y apagada. Permaneció de aquella manera durante toda la velada. Mis padres le preguntaban qué le ocurría, pero ella le quitaba importancia. Aseguraba que no había que preocuparse de nada.

Se acostó demasiado pronto esa noche. Nadie sospechaba que sería la última vez que la veríamos en pie. Ya no gozaría de la autonomía e independencia que siempre la caracterizaron.

La cama se adueñó de ella en sus últimos meses de vida.

CAPITULO 13

De regreso a casa, subí el volumen de la radio y canté, a viva voz, cada canción que el locutor seleccionaba. Me percaté de que mucha gente me miraba. No una, sino dos veces. Algunos se reían de mi conducta. No me importó nada. Necesitaba descargar el subidón desmesurado.

Los paisajes se sucedían, con ligereza, a través del cristal de la ventanilla. Mis pensamientos se confundían agitados, pero yo no podía evitar sonreír.

Cuando aparqué, atisbé a *Mustio* bajo su olivo. Salí del coche y me acerqué a él dando pasos agigantados. El animal, como de costumbre, no se inmutó. Lo cogí en brazos, besé su cabecita y lo estrujé junto a mí.

—¿Cómo eres tan bonito? —inquirí en un tono excesivamente cariñoso—. Mi *Mustio* precioso…

El gato emitió un maullido sonoro y saltó de mis brazos de manera precipitada.

—Creo que lo he agobiado… —susurré para mí misma—. ¡Yo también te quiero mi *Mustio* querido! —grité a la vez que lo observaba partir hacia las montañas.

En aquel instante, pensé en Mike. Bajé corriendo la carretera que separaba mi casa del pueblo. Mi excitación no me permitió admirar el cielo colmado de nubes rosáceas. Me había reconciliado con mi madre y quería compartirlo con él. Cuando di la vuelta a la esquina, estaba jadeando. Me detuve en seco al ver a Mike con su expareja. Paseaban por la avenida principal, y reían ajenos a lo que en su entorno sucedía. La complicidad que entre ellos se percibía era tan grande que dolía. Ella sujetaba el cuello de su camisa, y lo balanceaba con ímpetu. Él asentía a sus palabras con una sonrisa pícara en el rostro. Se deshizo de ella y, mientras le hacía cosquillas con un dedo en su costado, parecía replicarle. La química era evidente. Semejaban una pareja que llevaba mucho tiempo unida. Gozaban de la confianza que se establece con paciencia y muchos momentos compartidos.

Di la vuelta y opté por regresar a casa. Me dije que me alegraba por él, aunque no fuese del todo sincera conmigo misma. Intenté sonreír ante el hecho de que hubiera encontrado a alguien que le hacía feliz.

Los días transcurrían y cada vez me encontraba más relajada y asentada. Mis pensamientos y emociones se habían apaciguado, y podía comportarme como un ser humano normal.

En clase de baile, practicábamos la coreografía con empeño. Nos

hallábamos tan sincronizadas que el cuerpo nos exigía un descanso al mismo tiempo. Aquellas pausas las aprovechábamos para salir a la calle, a airearnos, unos minutos. Reíamos e intentábamos ponernos de acuerdo con la vestimenta que la noche del estreno íbamos a lucir.

—Yo no quiero enseñar los michelines —dijo Anna.

—Pero si estás graciosísima —apuntó la profesora con intención de animarla.

—Creo que lo mejor es que todas vayamos del mismo color —añadió Liz—, ¿alguna sugerencia?

—El conjunto morado era divino —intervine.

—A mí es el que más me gustó —corroboró Anna—, pero tendré que lucir las lorzas.

—¡Pues para eso las tienes! —exclamó Liz, situando un brazo en la cintura de Anna—. ¡Estás estupenda y lo sabes!

—También tenemos que pensar en el maquillaje y el peinado —recordó Martha.

—Madre mía… —susurré, soltando una risita—, ¡vamos a arrasar!

Todas reíamos al unísono. Pronto exhibiríamos nuestro baile ante el público. Nos encontrábamos en la misma sintonía. Queríamos realizar un buen trabajo y nos involucramos por igual para conseguirlo.

Mary no respondía a mis llamadas. En un principio, no le di importancia. Era una mujer muy atareada. Me decía a mí misma que andaría inmersa en algún ambicioso proyecto. Una tarde, después de la emocionante clase de baile, decidí pasarme por la vivienda donde residía. Crucé el camino con la certeza de que no se hallaría en casa. El paisaje se percibía vacío, y la presencia de Mary era tan potente que la intuías aunque no se encontrara a la vista. Toqué la puerta. No una, sino dos veces. Las persianas estaban bajadas. Aun así, golpeé el cristal y grité su nombre. Qué extraño. Pensé que si hubiera abandonado la villa, me habría avisado con antelación para poder organizar una despedida. John tampoco me comentó nada.

Di media vuelta con la intención de ir hacia el bar de Mike. El verano se ausentaba y el airecillo de la tarde refrescaba levemente. Conseguía que todo el vello del cuerpo se erizara ante su contacto.

Encontré a John en la entrada del bar. El hombre se disponía a encender la pipa que descansaba entre sus labios. Me saludó con su alegría habitual.

Conversamos de una manera diferente. Me miraba a los ojos de una forma especial. Intentaba averiguar si había descubierto, por mí misma, la relación de amor que unía a Mary y Ruth. Fue una charla confusa y pausada. Le sonreí con complicidad y no fueron necesarias las palabras para confirmar sus sospechas.

—¿Mary está bien? —inquirí con firmeza. Necesitaba una respuesta rotunda y sincera. No pensaba permitir vacilaciones. Quería la verdad.

Era consciente de que a ojos de John y Mary seguía siendo una niña. Notaba por parte de ambos un instinto protector. Intentaban no hacerme daño. Querían mantenerme en la ignorancia y, por lo tanto, ajena al sufrimiento. Hacía ya bastante tiempo que me convertí en una persona adulta, y tenían que contar conmigo durante las dificultades. John negó cabizbajo ante mi pregunta.

—Lo suponía…—murmuré— ¿Qué le ocurre?

El hombre liberó una bocanada de humo hacia un costado. El aroma a tabaco me envolvió.

—Está muy enferma y se ha tenido que marchar.

Rehuía mis ojos. Yo resoplé con cierta indignación.

—¿Por qué me lo habéis ocultado? —pregunté en un tono de voz más elevado de lo común.

—Emma… —musitó John apaciblemente, acercándose a mí—, no lo entiendes.

—¿Qué tengo que entender? —inquirí confundida— ¿qué no cuente conmigo ante una situación así? ¿Qué no me llame para despedirse?

—Me llamó a mí —informó con entereza—. Empeoró muy rápidamente y no quería que la vieras así…

—Pero, ¿Por qué?

—Es una cuestión de orgullo, Emma… —respondió alzando la voz —. Ella prefiere que la recuerdes como el otro día: vital y fuerte. No desea que veas como se deteriora y se apaga. Necesita que conserves una imagen sólida de ella.

No supe qué decir. Noté nuevamente una presión en la garganta. Las lágrimas me cubrieron los ojos. Sentí rabia de que la emoción me superara.

—Ella quería llamarte, Emma —susurró John mientras depositaba un brazo en mi hombro—, pero el malestar le impide fingir fortaleza…

—Pero la vida no es perfecta, John… esto forma parte de ella — logré articular en un hilo de voz.

—Respeta su decisión por absurda que te parezca.

No insistí más. No averigüe donde se encontraba, ni quien se encargaba de ella en esos complicados momentos. Me marché sin preguntar.

Ascendí hasta mi vivienda en un irritable estado de confusión. La luminosidad se ocultaba para dar paso a la noche. Una noche oscura y larga que me susurró al oído todos los instantes compartidos con Mary.

***

Conocí a mi abuelo Peter a través de las historias que mi familia contaba. Murió muy joven, y mi madre apenas conservaba recuerdos de él. A mí me gustaba mirar la fotografía, en blanco y negro, que reposaba en la mesita de noche de mi abuela. Una pareja joven. Ambos con un brillo en la mirada que revelaba ilusión. La ilusión que les producía un futuro extenso juntos, y repleto de proyectos. Se hallaban convencidos de que recorrerían el mismo trayecto. Durante la juventud, los infortunios no se tienen demasiado en cuenta.

Cuando me enamoré de Lucas, sentí curiosidad por la historia de amor que precedía a aquel retrato.

—Me enamoré de él al poco tiempo de conocerlo —me confesó mi abuela mientras introducía unas galletas en su tazón colmado de leche—, y no era lo que se dice un hombre guapo.

La bebida se derramó por los bordes y cayó, formando hilos blancos, en el plato. La bandeja con la merienda reposaba sobre el regazo de mi abuela.

Aprovechaba sus momentos de mayor lucidez para permanecer a su lado y preguntarle curiosidades. Ella se sentaba en el lecho y yo intentaba alargar los instantes, a pesar de las insistencias de mi madre para que la dejara descansar.

—¿Por qué te enamoraste entonces? —inquirí.

—No podía evitar sonreír cada vez que me lo tropezaba.

Mary estuvo con nosotras cada tarde. Mi abuela revivía con sus visitas. Eran como inyecciones de milagrosas vitaminas para ella.

Su amiga rebelde, indomable e inquieta. La que poseía el don de transformar lo común en asombroso. Así la definía siempre.

Cuando enfermó gravemente, resistió hasta que la vio por última vez. Su presencia le proporcionó un aliento final.

La partida de mi abuela Felisa, hacia un destino desconocido por todos, me dolió mientras permanecimos en la casa. Me dolía porque cada rincón del lugar se hallaba impregnado de su mágica esencia.

CAPITULO 14

El cielo amaneció abombado y sombrío. El sol permanecía oculto detrás de las nubes, y una lluvia afilada caía con fuerza sobre los tejados de Villa Blue.

Estaba apoyada en el mostrador de la panadería. Contemplaba el amplio ventanal. Lo adornaban gotitas de diverso tamaño. Aterrizaban en el cristal y descendían, con celeridad, sobre él.

Mi barbilla reposaba encima de la palma de mi mano. Jake se tomó unos días libres para estar con su novia. La chica había perdido a su madre.

Cuando me lo notificó, advertí, por vez primera, que el rostro de mi amigo se mostraba apagado. Lo abracé con cariño y él se dejó consolar sin aparentar resistencia. Su mirada inocente me recordó a la de un niño pequeño: asustadiza y vulnerable. Me conmovió mucho su comportamiento. Todo cuanto veía me transmitía verdad.

Dormitaba, enfrascada en mis pensamientos, cuando la campanilla de la puerta me avisó de la entrada de un cliente. Recuperé mi postura, rápidamente, para no causar una mala impresión. Era Susan. En sus ojos leí malicia y ganas de chismorrear.

Nada más entrar, me confesó que estaba aburrida. No había ido nadie a la tienda. Se le ocurrió que era buena idea escabullirse un segundo para comprar el pan. La excusa perfecta para hallar a alguien con quien explayarse. Me puso al día de todos los cotilleos locales. Yo no alimentaba aquellos chismes, consciente de lo venenosos y perjudiciales que eran para las personas que los padecían, y fingía estar abstraída limpiando el establecimiento.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo, y sentí alivio al instante. Era Alice, así se llamaba la supuesta novia oficial de Mike. Le eché un vistazo rápido y disimulado. Iba ataviada con un vestido blanco veraniego que resaltaba su piel bronceada. La melena le caía con naturalidad sobre los hombros. Todo en ella relucía y hacia juego con su actitud, la cual indicaba que poseía una envidiable seguridad en sí misma.

La chica se mostró cercana y muy educada. Mientras demandaba lo que quería comprar, Susan la examinaba, de arriba abajo, desde su posición.

—Mike y tú hacéis una pareja preciosa —comentó la mujer sin vergüenza alguna.

Alice la miró un momento, sonrió y volvió a dirigirse a mí.

—¿Estáis juntos, verdad? —inquirió a la vez que inclinaba la cabeza, deseosa de conocer la respuesta.

—No —contestó, restando importancia a la pregunta—. Mike

piensa en otra persona —añadió y, acto seguido, me miró de manera directa—. Solo somos amigos. He venido a hacerle una visita. Esta tarde ya me voy.

—¿A otra persona? —inquirió Susan mientras elevaba la vista hacia el techo. Intentaba procesar la información recibida—. Uy… pero, ¿Es del pueblo?

—No sé mucho más. Lo siento.

La chica se despidió amablemente. Sentí como mi corazón se había disparado. Mi cuerpo temblaba levemente. Suerte que era la única capaz de notarlo. Aquella frase y la forma en la que pronunció cada palabra provocaron que me pusiese en tensión.

—¿Qué habrá querido decir? —preguntó Susan, y, acto seguido, me inspeccionó de arriba abajo.

—Ni idea.

Continué limpiando el inexistente polvo al mostrador.

Al anochecer, el amplio escenario permanecía iluminado gracias a los focos que apuntaban en su dirección. Las gradas estaban repletas de gente. Todo el pueblo había acudido a disfrutar de la gala. Las señoras se abanicaban con destreza, y los señores se reunían en pequeños grupos. Fumaban puros y cigarrillos, y conversaban, con una pizca de fanatismo, sobre asuntos deportivos y políticos.

Mis compañeras de clase de baile y yo, nos hallábamos de pie al lado del escenario. Éramos las siguientes en actuar y estábamos ansiosas. Las piernas nos temblaban, y no podíamos parar de parlotear a causa de la excitación.

De cuando en cuando, alguna que otra se asomaba para ver las gradas e informaba al resto de quien se hallaba sentado entre la multitud.

—¡Chicas, qué fuerte!… también ha venido el alcalde con su nuevo ligue —informó Liz—. Esta no supera los veinticinco años, —aclaró en un tono burlón.

En aquel instante, Lina, la dueña de la herboristería y encargada de presidir el evento, anunció nuestra actuación.

Subimos las escaleras en fila india. Anna tropezó, debido a la prisa que se apoderó de todas, y casi se cae encima de mí. Frené a tiempo el vaivén de su cuerpo y, con cuidado, nos colocamos detrás de Lina. Adoptamos la postura que anunciaba el inicio de la actuación. Cuando la mujer abandonó el escenario, un foco nos alumbró. El fulgor que radiaba no me permitía ver al público. Lucíamos un conjunto muy sensual de color morado. La larga falda poseía una obertura por la cual asomaba, con cierto erotismo, nuestra pierna. La cintura la adornamos con un sencillo cinturón de monedas que emitía estimulantes sonidos cada vez que movíamos nuestras caderas. La

zona superior la cubrimos con un top liso que dejaba nuestras barrigas al descubierto. Diversidad de barrigas era lo que había aquella noche en el escenario: flácidas, fuertes y hundidas, con costillas pronunciadas, como la mía. Optamos por un maquillaje natural que resaltara nuestras miradas, y nos soltamos la melena para proyectar la lujuria que el baile oriental poseía.

La música empezó a sonar y la exótica melodía nos invadió. Ejecutamos los pasos de una manera impecable. La voz árabe entusiasmó a los espectadores, ya que en el estribillo canturreaban la letra con chispa. La gente daba palmadas al son de la música, y nosotras nos sentimos, por unos minutos, poderosas y cada vez más seguras.

Cuando finalizó la actuación, un aplauso se apoderó del público y comprobamos, con la adrenalina que el momento nos causó, que muchas personas se habían puesto en pie. Sin duda alguna, nuestra atrevida coreografía complació a los asistentes.

Mientras bajaba las escaleras, advertí la presencia de mis padres junto a las mismas. Me sentí como una niña pequeña que participaba en el festival de final de curso. Mi madre me abrazó con fuerza. Aquel gesto expresaba que no cabía en sí de orgullo y felicidad. Mi padre, por el contrario y para no desconcertar a nadie, permanecía serio y callado. Le tendí un fugaz beso en ademán de agradecimiento. Era consciente de que había realizado un sobresfuerzo yendo al pueblo a verme bailar.

Nuestra actuación fue la última y cuando finalizó pusieron música para que el festival no decayera. Acudí con mis compañeras de baile al centro de la pista. Empezamos a mover el cuerpo sin tapujos. Mucha gente se acercó para felicitarnos por la actuación. Se unían a nuestro contoneo y reían con sofoco.

Se creó una atmósfera festiva, repleta de alegría. Hicimos filas y corros, y cantamos a viva voz.

Entre el animado gentío, hallé a Mike. Se aproximaba, con paso pausado, hacia donde yo me encontraba. Detuve mi balanceo para contemplarlo mejor, pues su presencia me impactó. No portaba su habitual vestimenta. Se había despojado de la gorra, lucía unos vaqueros oscuros y elegantes, y una ajustada camisa blanca que señalaba su musculatura y favorecía sus facciones.

—Estás hecha una artista —susurró a la vez que acercaba su boca a mi oído—. No conocía esa faceta tuya.

El intenso aroma que impregnaba su cuello provocó que se me cerraran un segundo los ojos.

—Y tú estás muy guapo —apunté, con descaro, rozando con mis dedos su brazo—. ¿Te ha gustado?

Vi cómo se ruborizaba. Nunca antes sus mejillas se habían vuelto

tan granates.

—Bueno, regular… no ha sido para tanto —contestó, realizando un movimiento con la mano.

Le di un toque en el brazo y, justo en aquel momento, empezó a sonar una balada.

—¿Bailamos? —sugerí.

Accedió y rodeé su cuello con mis brazos. Intuí que se sonrojaba de nuevo. Él depositó, con delicadeza, las manos entorno a mi cintura.

—Nos está mirando todo el pueblo —musitó riendo.

Notaba que le costaba sostenerme la mirada.

—Qué miren… ¿desde cuándo te ha importado a ti eso? —inquirí intentando establecer contacto visual—, así ya tienen algo de qué hablar.

Después de mi sensual actuación, me sentí atrevida y pensaba aprovechar al máximo la ocasión.

Mike no contestó. Dirigió la vista al suelo y negó en silencio con una sonrisa. Una sonrisa con la que intentaba ocultar los nervios que se habían adueñado de él.

—Hoy ha venido Alice a la panadería —comenté con la intención de dirigir la conversación

Noté la tensión de sus músculos bajo la ropa. Se había puesto en alerta.

—¿Ah, sí? —balbuceó.

Asentí.

—Oye… —dije a la vez que jugaba con el cuello de su camisa—, ¿cómo es eso de que estás interesado en alguien?

—No le hagas mucho caso… —lanzó un resoplido mientras ponía los ojos en blanco.

Me resultaba complicado imaginarme a Mike enfadado, pero intuí que si Alice hubiese estado entre la multitud, en aquel instante, habría recibido una reprimenda.

—¿Ah, no?

Coloqué mis dos manos sobre sus mejillas y noté como el rostro le ardía.

Él me miró con atención. Unos ojos vulnerables y tímidos que, por un momento, me pareció que me desafiaban. Acerqué mi boca, lentamente, a la suya, y lo besé.

Nos besamos con la delicadeza que la experiencia proporciona. No había prisa. Teníamos toda la vida por delante.

Cuando concluyó la velada, me reuní un momento con mis compañeras de baile. Todas habían sido testigos del mágico instante que viví con Mike. Susurraban emocionadas, se llevaban la mano a la boca para disimular sus expresiones y me propinaban codazos,

simulando quinceañeras desatadas.

Mike me cogió de la mano. Aquel gesto me conmovió. Experimenté por vez primera un sentimiento constante e intenso de amor.

La relación con Tony me proporcionó una euforia que me evadía de mi propia vida. Una vida en la que no encontraba mi lugar. Una existencia vacía y ruinosa.

Muy lejana se me antojaba aquella etapa. No era la misma persona. Quizás siempre fui la niña creativa y despierta que anhelaba una vida sencilla. Resultaba bastante probable que los mensajes exteriores que recibía, que poco tenían que ver con mis inquietudes, me confundieran y forjaran hasta que mi autentica ausencia se desvaneció o, mejor dicho, se ocultó.

El regreso a Villa Blue supuso un reencuentro conmigo misma. Un reencuentro cariñoso y apacible. La experiencia que alumbró mis verdaderos deseos y desvaneció gran parte de mis tensiones.

Mientras caminábamos por las callejuelas empedradas, iluminadas por las alargadas farolas del pueblo, atisbé la figura de John en la distancia.

El hombre se hallaba de espaldas. Contemplaba atentamente, con las manos refugiadas en los bolsillos de su pantalón, la reluciente luna llena. El satélite se percibía más grande que en ocasiones anteriores. La desdibujada cara asustada que lucía, se advertía con mayor claridad. De niña le decía a mi abuela que la luna me prevenía, con su semblante, de los peligros del mundo exterior.

John escuchó nuestros pasos y se giró para contemplarnos. Nos dedicó una sonrisa afligida y una mirada ausente. No necesitó hablar para expresar lo que acababa de acontecer.

Me acerqué para abrazarlo y él me correspondió. Se secó las lágrimas con un pañuelo azul cielo y, acto seguido, me tendió un sobre.

Nos dirigimos los tres hacia la casa de Mike. En los momentos complicados, resultaba imprescindible permanecer cerca de los seres más queridos.

CAPITULO 15

El relato de Mary

Tuve una infancia feliz. Alegría, amor y libertad son las tres palabras que mejor la definen. En la mayoría de recuerdos, aparece una niña que se llamaba Felisa. Era la hija de nuestro jardinero. Nuestra relación empezó de una manera compleja. Su hermano mayor y ella acompañaban a su padre al trabajo los sábados por la mañana. La niña jugaba con la hojarasca del patio, y parecía felizmente inmersa en su propio mundo. El niño, malhumorado, se acomodaba en un rincón.

El jardinero era un hombre sencillo que realizaba sus quehaceres con paciencia y cariño. Mientras trabajaba, contemplaba a su hija con una sonrisa permanente en el rostro. Cuando pasaba por su lado, le acariciaba la melena castaña afectuosamente. Su otro hijo rehusaba cualquier muestra de afecto.

El jardinero se llamaba Jack. Mi padre, un hombre ilustrado que gozaba de una admirable posición social, le tenía mucha estima.

Me gustaba observarlos desde la ventana de mi habitación, la cual se hallaba en la segunda planta. Quería conocer a Felisa y unirme a sus juegos.

Una mañana gris de septiembre, el viento acariciaba los cristales de nuestra vivienda y silbaba de manera prolongada. Mi madre no me permitió salir al patio. Decía que las rachas de aire eran peligrosas.

Durante las primeras horas del día, leí varios cuentos, pero llegó un momento en el que necesitaba actividad. Me aburría en casa y empezaba a encontrarme irritable. Maldije el clima y le di una patada a la pared.

Justo en ese instante, me percaté de que Jack y Felisa se introducían en nuestro jardín. Le pedí permiso nuevamente a mi madre, que se hallaba en la cocina horneando galletas, pero se negó en rotundo. Mi fuerte carácter explosionó de rabia. Corrí, ignorando los gritos de mi madre, hacia el patio delantero. Escuchaba sus advertencias a los lejos. Descendí los escalones de la entrada, de manera atropellada, y pagué mi enfado con una flor de crisantemo de color morado. La arranqué de la maceta con furia.

—¡Oye! —exclamó una voz dulce.

Una manita, de menor tamaño que la mía, me arrebató la flor de entre las manos. La estrujó contra su pecho para posteriormente acariciarla con ternura, como si fuese un bebé recién nacido.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió disgustada.

No supe que contestar. Aunque mi rabia se esfumó, miraba a la

niña con el ceño fruncido.

—Mi papá no la cuida para que tú después la trates así —sollozó a la vez que rozaba los pétalos de la flor.

La culpa me asaltó. Me sentí tan avergonzada en aquel momento que, después de tantos años, aún recuerdo la sensación a la perfección.

—Lo siento… —conseguí articular.

Ella se enjugó las lágrimas con el puño. Se dio la vuelta sin contestarme y fue en busca de su padre.

La semana siguiente, intenté un acercamiento con Felisa. Se mostraba prudente, pero no advertí una pizca de rencor hacia mí. La invité a merendar en mi casa y su padre accedió. Enseguida se comportó de forma cercana conmigo, y averigüé que parloteaba sin descanso. No le resultó complicado olvidar el incidente.

No habíamos cumplido los ocho años y ya nos hicimos inseparables. Hasta le rogué a mi padre que me quitara de aquel insufrible colegio de élite. Deseaba asistir a la escuela pública para permanecer más tiempo al lado de Felisa.

Ella disfrutaba con mi desbordante imaginación. El contacto con la literatura, a una edad temprana, produjo que fantaseara con mundos paralelos dentro de armarios, animales que se transformaban en humanos y seres elementales que se ocultaban tras las diversas plantas.

Una tarde primaveral, en la que sus padres nos llevaron a la glorieta de la villa, se nos acercó un niño de nuestra edad. Lo conocíamos de vista, pero nunca habíamos hablado con él. Nos invitó a jugar a las canicas y ambas accedimos con entusiasmo.

Se llamaba John. Era sagaz y aún más vital que nosotras. Conocía el nombre de cada planta, animal u objeto.

Los tres combinábamos de manera impecable. Yo necesitaba hacer trastadas continuamente, John elaboraba el plan con maestría y Felisa aportaba juicio a nuestras alocadas aventuras.

Poseíamos un talento especial, tanto para inventar historias como para narrarlas. La deshabitada mansión de las afueras nos suscitaba curiosidad. Imaginábamos infinidad de sucesos paranormales que acontecían en las diversas habitaciones.

Muchas noches, mientras nuestros progenitores dormían, nos escapábamos a hurtadillas de casa para reunirnos en la entrada de la mansión.

Felisa, siempre cuidadosa, portaba un candil. La luz que emitía alumbraba parte de nuestras siluetas, dejando el resto envuelto por las sombras. Me sentía aterrorizada cuando John iniciaba alguno de sus relatos. Nos sentábamos en círculo y susurraba, con entusiasmo, una leyenda de fantasmas.

En más de una ocasión, fingió vislumbrar la silueta de una mujer. Inesperadamente señalaba el pequeño balcón del piso superior. Yo simulaba fortaleza, aunque en lo más profundo de mi ser anhelaba salir corriendo de aquel embrujado lugar.

Era nuestro rincón secreto. Se convirtió en un sitio muy especial para los tres. Habíamos construido una historia entorno a él. Una leyenda que fue fruto de la bulliciosa imaginación propia de la adolescencia.

Por lo tanto, cuando una señora le informó a mi madre, mientras deambulábamos por el mercado, que una familia había comprado la casona, corrí precipitadamente hacia allí para comprobar quienes eran.

Detuve mi paso al percibir la presencia de una muchacha, más o menos de mi edad, sentada en la amplia escalinata. De manera disimulada, me escondí tras el recodo y asomé mi curioso semblante.

Parecía sacada de un cuento infantil. Una damisela en apuros que esperaba, con paciencia, el rescate por parte de su amado.

Lucía un vestido largo de color azul marino. La ondulada melena, oscura y dócil, se hallaba adornada con un lazo de la misma tonalidad que su vestimenta. Se sujetaba las rodillas con ambas manos, y contemplaba atentamente el paisaje que tenía enfrente. Poseía una mirada abstraída, envuelta con un matiz melancólico. Cuando, en un acto inesperado, posó sus ojos sobre los míos, me quedé paralizada. Ella me dedicó una sonrisa que nunca antes había visto. Fue una sonrisa traslúcida y sensible. Una sonrisa de cristal. Alzó su mano derecha para saludarme. Los nervios, que un principio me inmovilizaron, provocaron que saliese escopetada de allí.

Me resultó complicado deshacerme de aquella imagen. Me acompañaba en todas mis rutinas diarias. Mi familia y amigos me notaban ausente. Decían que mi comportamiento se había apaciguado.

Una vez sorprendí a mis padres murmurando en el salón. Hablaban de mí. Escuché a mi madre que restaba importancia a la situación. Según ella, durante la adolescencia eran habituales esos cambios de conducta. Mi progenitor sospechaba que mi moderación podía deberse a algún chico.

No hablé con nadie sobre las diferentes sensaciones que empecé a experimentar. Desde que aquella acaudalada familia se mudó a la mansión, nuestras incursiones nocturnas finalizaron, pero yo merodeaba por el lugar con asiduidad.

Necesitaba volver a ver a esa muchacha. Siempre encontraba alguna excusa para dirigirme hacia allí.

Una mañana, en la que decidí saltarme la primera clase, me escondí en el mismo sitio que la primera vez que la vi.

—Hola —saludó alguien detrás de mí.

Me giré con cautela y la vi, con su sonrisa de cristal y un libro reposando entre sus brazos.

—Hola… —pronuncié al cabo de unos segundos.

Ella se aproximó unos centímetros.

—A veces, te veo desde mi ventana —informó a la vez que señalaba el lugar con el dedo índice—. Vienes mucho por aquí…

—Sí, es que… me gusta estar aquí.

Mi tono sonaba inseguro. Me costaba mirarla a los ojos. Expresaban más que sus palabras.

—¿Te gusta leer? —inquirí.

—Oh, sí —comentó mientras desviaba la vista hacia la obra—. Me educan en casa —confesó—, nunca he ido a la escuela. Mi padre dice que la educación que se imparte en los colegios es algo autoritaria y está desfasada.

Asentí ante esa fascinante perspectiva.

—No le quito la razón —admití.

—¿Quieres dar un paseo? —propuso con entusiasmo.

Accedí y me condujo por un estrecho camino de tierra. A ambos lados del mismo, las plantas poseían una altura desmesurada. Permanecíamos ocultas. Nadie podía vernos allí.

—Me parece fascinante que te eduquen en casa —comenté. Era la primera vez que conocía a alguien así.

—Tiene sus cosas buenas… —dijo mientras contemplaba sus pies —, pero anhelo tener amistades. Nunca he tenido un amigo de verdad.

La conversación fluyó, fácilmente, durante todo el trayecto. Nos presentamos y hablamos de manera breve sobre nuestras familias. Se llamaba Ruth y sentía que la conocía desde siempre. Más que una coincidencia, lo nuestro parecía un reencuentro entre dos almas afines.

Quedábamos todos los días. Me saltaba las primeras clases e intentaba no llamar demasiado la atención. Corría hacia la mansión para pasar el máximo tiempo posible a su lado. Paseábamos mientras conversábamos. Reíamos y compartíamos libros.

Mi comportamiento cambió nuevamente. Me hallaba excitada. Una excitación que no era propia de mí. Eso es lo que murmuraban mis más allegados. No le hablé a nadie de Ruth. Me fascinaba la idea de que nuestra relación fuera un secreto. Un instante mágico que si se revelaba perdía gran parte de su poder.

No sabía exactamente lo que me ocurría, pero con ella no sentía lo mismo que con John y Felisa. No me alimentaba bien durante aquella época. Notaba un peculiar aleteo en la boca del estómago, y cuando veía a Ruth se acrecentaba. Mi espíritu se encendía.

—¿Te has enamorado, Mary? —me preguntó Felisa un día que

vino a casa a merendar.

Aquella pregunta me provocó una reacción desmedida. Grité a mi amiga y la traté como a una ingenua. Después de propinar una patada a la silla, subí la escalera, refunfuñando, rumbo a mi habitación.

El colegio contactó con mis progenitores. Les comunicaron que mi rendimiento académico había descendido considerablemente, y que mi presencia en clase no era tan habitual como al principio.

Mi madre, como era normal, me pidió explicaciones. Yo permanecí en silencio. No me forzaron para que les contara algo que no quería. Tampoco me reprendieron demasiado.

—Mis padres saben que no voy mucho a la escuela —le dije un día a Ruth.

Las dos descansábamos en una amplia roca que se hallaba al lado del río. Ruth se mostró ausente aquel día, parecía que no escuchaba lo que le decía. Cogió una ramita y empezó a remover la tierra mojada.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté.

—Voy a pasar el verano fuera —confesó sin mucho ánimo—. Me voy hoy.

—No pasa nada… pasará rápido.

Aquello lo dije para consolarla. No me hizo mucha gracia la idea de separarme de ella. Cuando eres joven, los meses se perciben como años. Después todo cambia. No sé exactamente cuando, ni si a todo el mundo le ocurre a la vez, pero llega un instante en el que no procesas el tiempo. Un evento que transcurrió hace diez años, lo recuerdas como si hubiese sido el otro día.

—Pero te echaré de menos… nunca he tenido en mi vida a alguien como tú —musitó.

No dijimos nada más. Nos miramos a los ojos y permanecimos en silencio hasta que una mujer voceó su nombre desde la distancia.

Se incorporó con cierta desgana. Nos dimos un abrazo fugaz y depositó un trozo de papel doblado en la palma de mi mano.

—Léelo esta noche, por favor —dijo mientras se alejaba, de manera acelerada, por el estrecho camino—, cuando yo ya no esté aquí.

Observé como se ausentaba. El trozo de papel me tentó para que lo extendiera, pero me contuve.

Aquella noche las estrellas brillaban. Los astros esperaban, con paciencia, a que desdoblase la nota. Pretendían ser testigos de nuestras confidencias.

Me senté en la cama y, bajo la luz nocturna que se filtraba por la ventana, leí el escrito:

«Me da miedo decírtelo personalmente. No sé si mi percepción me engaña. Puede que malinterprete tus gestos y miradas…

Mis amistades han sido siempre pasajeras. Nunca he establecido una relación constante con nadie que no sea de mi familia. Por lo tanto, no tengo mucha experiencia en este campo.

He leído muchos libros que describen a la perfección lo que uno siente por un amigo, y mis sentimientos no se reflejan en esas descripciones. Sin embargo, sí en otras… Espero que lo que siento por ti sea mutuo. Si así lo es, vuelve junto a mí cuando el verano finalice. Si estoy equivocada, lo siento, pero no me veo capaz de mantener una amistad. Al menos por el momento, pues mis sentimientos son demasiado intensos.

Te quiere,

Ruth».

Cuando finalicé la lectura, la nota se me escapó de entre las manos. Los dedos me temblaban, y el corazón se aceleró de forma desmesurada. Me cubrí la boca con una mano, me hice un ovillo sobre el lecho y lloré. Todavía no sé muy bien el motivo de las lágrimas. Creo que fue una combinación de sensaciones.

Por una parte, me sentí liberada. A Ruth le ocurría lo mismo que a mí. Ambas nos mirábamos de la misma forma, y éramos conscientes de que lo nuestro iba más allá de una amistad. Por otra parte, me invadió una asfixiante sensación de terror.

Sabía, y ella también, que un romance entre dos mujeres no era visto con buenos ojos. Resultaba algo prohibido e indecoroso para la época.

Aquel verano transcurrió con lentitud. La expectativa de nuestro reencuentro provocó que las agujas del reloj girasen pausadamente. Tuve muchas dudas. Quería verla, y sostenerle la mano para no soltarla. Eso era realmente lo que deseaba, pero mi intuición presentía contratiempos en un futuro próximo.

Llegué a pensar, por un breve instante, que lo mejor era olvidarme de ella. Deseché por completo la idea. Me resultaba algo improbable.

Quedaba con Felisa todas las tardes. Nos bañábamos en el río, paseábamos cuando el sol iniciaba su ocaso y conversábamos animadamente sobre nuestro futuro. John trabajaba, y había conocido a una muchacha de la ciudad que veraneaba en la villa. Disponía de menos tiempo, pero, de vez en cuando, se unía a nosotras.

Una de aquellas tardes, Felisa y yo nos refrescábamos en una poza después de una larga caminata. Sentí un irrefrenable impulso. Necesitaba compartir con ella lo que me había sucedido. En las últimas semanas, mi cabeza parecía un torbellino de pensamientos agitados que anhelaban ser expulsados.

—He conocido a alguien —le confesé mientras nos secábamos el cabello con una toalla.

Ella se detuvo para contemplarme. Por aquel entonces, flirteaba con un muchacho que trabajaba en el mercado. Le hizo ilusión averiguar que yo también tenía interés en una persona.

Nos sentamos en una roca bañada por la luz del sol. Pretendíamos secar un poco, tarea que resultaba imposible, nuestro incómodo traje de baño fabricado a base de algodón.

—¿Es del pueblo? —inquirió entusiasmada.

—No, pero reside aquí… —respondí en un hilo de voz—. Vive en la mansión de las afueras.

Me comportaba de manera cohibida. No me creía capaz de confesarle que se trataba de una mujer. Tenía miedo. Miedo a que me rechazara por ello.

—¡Vaya! —exclamó y, acto seguido, dio unas palmadas—. Puede que algún día la veamos por dentro.

Llegó septiembre. Oscurecía antes. La brisa fresca iba en aumento, y eran frecuentes los días nublados.

Ruth no regresó al pueblo hasta la segunda semana del mes. La hallé sentada en la escalinata con un libro sobre el regazo. Cuando me vio, se incorporó ágilmente, descendió los peldaños y se dirigió hacia mí. Pensé que, después de la confesión, se comportaría de manera tímida conmigo. Llegué a creer que no se atrevería a salir de la casa.

—Tenía ganas de verte —dijo a la vez que sonreía.

Le devolví la sonrisa, pero no era capaz de pronunciar palabra. Me mostré más vergonzosa que nunca.

Nos adentramos por el estrecho camino de tierra. Caminábamos la una junto a la otra en silencio. Se percibía la corriente del río cada vez con más fuerza, y el canto de los pájaros en la lejanía dulcificaba mi inquietud.

—He pensado mucho en ti —comentó una vez llegamos a la roca en la que solíamos sentarnos.

Me acaricié la nuca con la mano derecha. Me armé de valor y posé mis ojos sobre los suyos. Ruth dejó caer el libro al suelo, sostuvo mi rostro entre sus finas manos y me beso. Un acto suave, tierno y colmado de anhelo.

Me enredé entre su aroma y cabello. Perdí la noción de todo. Me hallaba aturdida. En aquel pequeño rincón del mundo, trascendí a otro lugar. Un lugar asombroso alejado de la faz de la tierra.

Aquella noche no pude conciliar el sueño. La emoción se adueñó de mí y, como no se me permitía gritar, daba pequeños brincos sobre el colchón con el cuerpo extendido. Nos veíamos todos los días nuevamente. Las primeras horas de la mañana, en las que ella disponía de libertad para leer, eran nuestras. Como quería estirar el tiempo que pasaba con ella, iba cada día un poco antes. Ruth exigió

que le sirvieran el desayuno temprano. Engullía, con ligereza, las tostadas a la vez que miraba a través del cristal de su ventana. Esperaba a que mi silueta girara el recodo. Se acicalaba, asía un libro para no levantar sospechas y escapaba de aquella descomunal casona.

Hasta que un día, mientras contemplábamos el amanecer desde nuestra roca, oímos como alguien carraspeaba detrás de nosotras. Ruth se giró para comprobar de quien se trataba, soltó mi mano rápidamente y se puso en pie.

Un silencio amenazador se apoderó del lugar. Ya no percibíamos los rugidos del río, ni la tonalidad ambarina. La paz se alejó, y la angustia lo tiñó todo de gris.

—Pa-pa… —balbuceó Ruth.

—Te has dejado esto en casa —informó el hombre que le tendía un libro.

Ella lo cogió. Yo permanecía sentada. Contemplaba la escena asustada.

—Despídete de tu amiga —ordenó, y la voz sonó con firmeza.

Ruth, que acataba lo que su familia decía sin rechistar, se giró un segundo y me susurró un frágil adiós.

Me levanté para observar cómo se alejaban por el estrecho camino. Mi característica vitalidad descendió repentinamente. Noté mis piernas débiles, y tomé asiento de nuevo en la roca. Me pareció que los ojos de Ruth centelleaban, como si las lágrimas se hubiesen acumulado dentro de ellos. No estaba segura de nada en ese momento.

Me hallaba ensimismada, y no miraba nada en particular. Me resultaba complicado pensar con claridad.

Me dirigí hacia mi casa. Ignoré la reprimenda de mi madre cuando atravesé la puerta de entrada. La mujer me auguraba un mal futuro si seguía sin asistir al colegio.

—Estás todo el día por la calle haciendo lo que te da la gana —dijo algo alterada—, ¡vete tú a saber con quién!

Cerré la puerta de mi habitación sin dar un portazo. Algo que no era propio de mí. Me acurruqué en la cama y pensé en Felisa. Necesitaba a Felisa. La compañía de mi amiga menguaba hasta el problema más complicado.

Una tarde que vino a casa a merendar se lo conté todo. Paseábamos, con los brazos entrelazados, por el patio. Ella que se impresionaba de todo lo que acontecía frente a sus ojos, que era inocente y parecía vivir en un fascinante mundo propio, admitió mis sentimientos con naturalidad. Sin escándalos. A pesar de su sencillez, no era tonta. Creo que siempre sospechó algo, aunque nunca se lo pregunté.

—Ya no sale de casa apenas —murmuré mientras aproximaba mi

boca a su oído—, sus padres no la dejan. Después de lo ocurrido, me acerqué unas cuantas veces y miraba durante un buen rato su ventana, pero las cortinas permanecían corridas. Es como si la mansión la hubiese absorbido.

—¿No hay manera de volver a verla? —inquirió Felisa.

—Sé que va a misa con sus padres los domingos. Son muy devotos e imagino que le permitirán ir, pero temo que dejen de hacerlo si me ven merodear por allí.

Mi amiga guardó silencio. Su semblante reveló que intentaba hallar la forma de ayudarme.

Ruth también ideaba sus propios planes para escapar de las garras de la asfixiante mansión. Logró encontrar la manera de comunicarse conmigo sin llamar demasiado la atención.

Acompañaba a su madre al mercado todos los sábados por la mañana. Cuando ella y yo quedábamos, le hablaba de mis amigos. Ella recordó que John trabajaba en el puesto de frutas y verduras que había delante de la iglesia. Ruth se acercó a él, disimuladamente, cuando su madre se disponía a pagar. El chico reponía el género con soltura.

—¿Te llamas John? —murmuró.

Mi amigo la miró detenidamente, y le dedicó una sonrisa cercana. Asintió en silencio.

—¿Le puedes entregar una cosa a Mary de mi parte? —inquirió en un susurro—, pero no hables de esto con nadie.

Ruth miró de soslayo a su madre que conversaba de manera animada con la dependienta. Extendió la mano hacia el chico y este asió una nota plegada.

—Muchas gracias.

—De nada… ¿de que conoces a Mary?

Ruth se llevó rápidamente un dedo a los labios. La madre se acercó a donde estaban los muchachos.

—¿Te apetece alguna cosa más? —preguntó con dulzura.

La chica negó en silencio.

—Pues vámonos a la panadería. A tu padre le han apetecido pasteles para la merienda.

Cuando finalizó la jornada laboral, John se dirigió a mi casa con el papelito guardado en el bolsillo de sus pantalones. Felisa y yo nos hallábamos sentadas en un banco del patio. Tomábamos un helado de chocolate casero.

—La cocinera ha hecho un montón —anuncié—, ¿te traigo un poco?

—No, gracias. No tengo hambre —respondió John sentándose en el suelo, justo enfrente de nosotras—. Una chica me ha dado esto para

ti.

Palidecí al instante. Percibí como la sangre se ausentaba de mi rostro, y todo el cuerpo me palpitaba. Cogí el papel sin preguntar nada.

—¿Te dejamos a solas? —inquirió Felisa con prudencia.

Negué con la cabeza a la vez que desdoblaba la nota.

«Necesito que sepas que sigo pensando en ti. No te he olvidado. Mi padre dice que lo nuestro es indecente, pero estoy convencida de que se equivoca. Lo que siento por ti no puede ser malo. Es la sensación más maravillosa del mundo. Tengo miedo de que el tiempo borre lo nuestro, como si nunca hubiese existido, como si se tratara de un sueño difuminado.

Apenas me concentro en mis lecturas. No dejo de idear maneras para reunirme de nuevo contigo.

Escríbeme pronto, por favor.

Te quiere,

Ruth».

No me di cuenta de que estaba leyendo en voz alta hasta que reparé en la cara de John. Mi amigo tenía la boca entornada, y los ojos abiertos como platos. Miré a Felisa, la cual lucía una expresión de ternura.

—¿Es tu no-vi-a? —tartamudeó John.

La situación me superaba y me reí de su inocente pregunta. Contagié con mis carcajadas a mis dos amigos que me observaban con asombro.

Una vez hube recuperado el sentido, miré a John con picardía.

—A ver… ¿qué piensas? —inquirí.

Las aventuras que ideábamos de niños nos sirvieron para conseguir que Ruth y yo nos viésemos a escondidas.

Nuestro plan era perfecto. Estábamos seguros de que lo ejecutaríamos sin apenas complicaciones.

John se presentó un día en la mansión con una cesta repleta de fruta.

—Es un regalo de Jane, la dependienta de la frutería —le dijo al encargado del servicio cuando abrió la puerta.

El hombre mostró agradecimiento e hizo ademán de coger el capazo.

—Esto pesa mucho… Lo puedo entrar yo si no le importa —sugirió el muchacho—, estoy acostumbrado a cargar con ello.

El hombre dudó un instante, pero la ingenuidad que John aparentaba causó que confiara en él. De camino a la cocina, mi amigo se impregnó, con disimulo, de todo cuanto veía.

—¿Está la señorita Ruth? —preguntó mientras depositaba el capazo sobre la encimera—. Es siempre muy amable conmigo y quería

saludarla.

—Debe de estar estudiando.

—¡Estoy aquí! —exclamó una voz a sus espaldas.

El empleado guardaba cada cosa en su lugar, y John introdujo un trozo de papel en el bolsillo de la falda de la muchacha. Se sonrieron con complicidad y mi amigo le guiñó un ojo. Gesto que indicaba que todo estaba bien.

En la nota le detallé a Ruth nuestro plan, el cual nos permitiría encontrarnos de nuevo.

Felisa entraba en escena. Ella acudía con su familia a misa todos los domingos. Se produciría un acercamiento entre las dos. Ambas entablarían amistad. Mi amiga era dulce y delicada. Vestía como una muñeca de porcelana, y su sensible personalidad engatusaba hasta el hombre más severo.

Los padres de Ruth vieron con buenos ojos aquella relación. Felisa no provenía de una familia pudiente, pero su educación despuntaba. Ambas quedaron en la glorieta un sábado por la tarde. La familia de la muchacha puso una única condición: Casandra, una empleada del hogar, las acompañaría en esas primeras salidas.

Casandra no tenía mucha más edad que ellas. Era una chica que se distraía con facilidad. John se acercó a ella, que permanecía sentada en un banco, y entabló conversación. Ruth y Felisa se ausentaron con sigilo. Yo esperaba escondida bajo de un almendro.

Cuando volvimos a vernos, nos quedamos paralizadas durante un instante. El mundo se detuvo, solo existíamos la una frente a la otra. Ruth se acercó unos centímetros y yo hice lo mismo. Se abalanzó sin contemplaciones, y me besó de manera apasionada. Felisa miraba en todas las direcciones. El almendro estaba rodeado de abetos que formaban hileras. Era imposible que nos vieran. Nos sentamos sobre el césped, y Felisa se apartó para que dispusiéramos de intimidad. Apenas intercambiamos palabras. Con sentirnos cerca nos dábamos por satisfechas. Nos sostuvimos las manos, y nos besamos en multitud de ocasiones.

—Ruth —murmuró Felisa—, Casandra viene hacia aquí.

Las dos nos incorporamos rápidamente. Hice ademán de dirigirme a la obertura por la que me había introducido, pero Ruth me estiró del brazo y me tendió un último beso.

—Vamos, chicas —susurró Felisa.

Felisa cogió a Ruth de la mano. La muchacha lucía la cara colorada y el cabello alborotado. Simularon conversar, de manera despreocupada, sobre temas banales.

—Ah, estáis aquí —comentó Casandra cuando las vio—. Señorita Ruth, es la hora de irnos.

Nos veíamos a escondidas. Ruth quedaba con Felisa, y John se

unía a ellas para facilitar nuestro encuentro.

La madre de Ruth, que era más permisiva, persuadió a su padre para que le permitiera tener amigos. La mujer le decía que su hija ya no era una niña y necesitaba su propia intimidad. El hombre accedió a regañadientes y afirmó, rotundamente, que si volvía a ver a Ruth conmigo, no volvería a salir sola de casa. Iría a todos los lugares escoltada por una persona.

Los cuatro recorríamos la sierra de la villa en bicicleta. Éramos unos adolescentes vitales, deseosos de vivir experiencias. John y Ruth tenían mucha complicidad. Construyeron una relación de amistad. En ocasiones, mientras yo hablaba con Felisa, los observaba de soslayo. Ella le contaba preocupaciones y confidencias. Dudas que únicamente expresabas a los amigos de verdad, como me ocurría a mí con Felisa.

John se encargó de comprar nuestros colgantes. Nos dio el regalo antes de abandonar la villa. El chico se sumergía en la ardua tarea de estudiar medicina. Él era atento. Se percataba de todo. Nos había visto bromear, y discutir, millones de veces. Se entusiasmaba con nuestro proyecto cultural. Pretendíamos abrir un centro que ofreciera todo tipo de literatura. Un lugar libre que estuviese repleto de sabiduría. Una construcción que realzara el amor que nos unía. Un amor que no podíamos exhibir por miedo a un escándalo.

Nuestro amigo era consciente de cómo nos llamábamos, la una a la otra, a escondidas. Quiso tener ese detalle con nosotras, a pesar de sus escasos medios. Lo tuvo para que, si en un futuro no se nos permitía permanecer juntas, algo nos recordara la historia tan bonita que vivimos.

Un día todo cambió. Teníamos dieciocho años. John terminaba de partir hacia la facultad, y nos las habíamos ingeniado para mantener nuestra relación en secreto, sin levantar ninguna sospecha. Aunque, yo siempre intuí que la madre de Ruth presentía algo. Estoy convencida de que si no fuimos descubiertas en todo ese tiempo fue gracias a aquella mujer. Mantuvo distraído a su marido en los momentos en los que sabía, con seguridad, que estábamos juntas. Si el hombre hacía alguna pregunta incómoda, ella la eludía con calma y elegancia.

Aquel día quedamos en las pozas. Felisa y Ruth tardaban mucho y, como el calor asfixiaba, decidí darme un baño. La luminosidad que el sol despedía lo impregnó todo. El agua adquirió una atrayente tonalidad turquesa. El bosque brillaba. La naturaleza entonaba su reconfortante concierto.

Flotaba sobre el agua con los brazos en cruz. Tenía los oídos sumergidos y no escuchaba nada. Contemplaba las nubes que transitaban por el firmamento. Esa mañana eran escasas, el cielo lucía

bastante despejado.

Una sombra ocultó el sol que acariciaba mi rostro. Dirigí la mirada hacia ella y me incorporé.

Ruth y Felisa me observaban desde arriba. La primera se mostraba cabizbaja. Mi amiga poseía un matiz de inquietud en el rostro.

—¿Ocurre algo? —pregunté, aproximándome a ellas.

—Os dejo a solas, ¿vale? —intervino Felisa—. No estaré muy lejos por si me necesitáis.

Se dio la vuelta, con ligereza, y me quedé con la palabra en la boca. No me dio tiempo a contestar.

Ruth se quitó los zapatos con su habitual destreza. Se sentó en el borde e introdujo los pies en el agua.

—¿No te bañas? —pregunté.

Ella negó con la cabeza. Meneaba sus pies sin ánimo.

—¿Se han enterado, verdad? —inquirí algo resignada.

Me miró directamente a los ojos. Los tenía vidriosos. Todo su semblante reflejaba tensión.

—Mis padres quieren que me case —manifestó con la voz entrecortada.

Cada palabra que componía la frase resonó con fuerza en mi cabeza. Atravesaron mi pecho y estómago, causándome un dolor hasta entonces desconocido. El mundo se me vino encima en cuestión de segundos.

—Pero… —logré articular—, pero… tú… ¿no quieres hacerlo, verdad?

Se produjo un breve silencio. Ella desvió la vista de nuevo.

—¿Me puedes contestar? —inquirí en un tono de voz más elevado de lo normal, pues su manera de comportarse hizo que presintiera lo peor.

—Mary, no te alteres conmigo —replicó con firmeza y posó su mirada nuevamente en mí—. ¿Crees que esto es fácil para mí?

—Pero, ¿qué va a pasar con nosotras? ¿Y todos los proyectos que tenemos juntas? ¿Vas a tirarlo todo por la borda? ¿Ya no me quieres?

La situación me sobrepasó, y la desesperación se adueñó de cada centímetro de mi ser. No era capaz de pensar con claridad.

—No se trata de qué es lo que yo quiero —respondió con un tono más suave—, se trata de lo que le debo a mi familia.

—¡Tonterías! —exclamé dando un golpe en el agua.

Ruth se incorporó precipitadamente. Ni siquiera se calzó.

—Cuando te pones así no hay quien razone contigo —reprochó a la vez que se inclinaba a recoger los zapatos—. Hablaremos en otro momento.

Se fue. No fui capaz de observar cómo se alejaba. Tampoco sentía

el agua helada. Permanecí en la misma postura hasta que la voz de Felisa me sacó de mi estado de confusión.

—¡Venga! —exclamó—. Hazme caso y sal ya de ahí que vas a coger una pulmonía.

Me costó un sobresfuerzo salir de la poza.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté mientras me ayudaba a secarme.

—Me lo ha contado por el camino…

Abracé a mi amiga con una delicadeza impropia en mí. Felisa me correspondió sin importarle que le calara el vestido de agua.

Acontecieron los días más tristes de mi vida. Notaba un hueco en el pecho. Una especie de agujero negro que absorbió toda mi esencia. Una sensación de vacío que se apoderó de mi personalidad.

Mis padres estaban muy preocupados. Felisa estuvo conmigo en todo momento. Mi amiga nunca me había gritado desde que la conocía. Nunca pronunció una palabra más elevada que otra hasta aquel día en mi habitación. Cansada de no obtener ningún tipo de respuesta por mi parte, sujetó mi rostro con sus manos y exclamó:

—¡Dime algo!¿Qué quieres quedarte tonta?

Solté una frágil risita ante su enfado. Ella puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—¡Venga, vístete! —ordenó con el ceño fruncido—, nos vamos a dar una vuelta.

—No tengo ganas… —murmuré.

—Bueno, al menos hablas.

Acto seguido, me quitó la sábana de encima y vigiló cada uno de mis movimientos. Quería asegurarse de que me aseaba y vestía en condiciones.

Anochecía y fuimos a dar un paseo por los alrededores. Llevaba días acostada y me dolía todo el cuerpo. Me costaba caminar.

—¿Has hablado con ella? —inquirí en un hilo de voz. Me daba miedo pronunciar su nombre.

Felisa asintió en silencio.

—Todos los días —respondió—. Quiere saber cómo te encuentras.

—Entonces… ¿iba en serio? —susurré.

Nos adentramos en la glorieta y tomamos asiento en una amplia roca que había en la entrada.

—Me ha contado que ella se negó en un inicio —confesó—, se enfrentó a sus padres y estaba dispuesta a luchar por ti.

Yo miraba fijamente el suelo sin percibir nada en concreto, pero sentía los ojos de mi amiga puestos en mí.

—¿Por qué ha cambiado de opinión?

Pronuncié las palabras sin fuerza en la voz.

—El padre de Ruth es un hombre de mucho carácter.

El estómago se me encogió cuando pronunció el nombre de Ruth.

—Escuchó como le gritaba a su madre —prosiguió— e insinuó que su hija mantenía una relación a escondidas contigo, y que ella lo sabía y lo ocultaba.

—¿Es eso cierto? —inquirí sorprendida.

—No lo sé… Ruth ha decidido complacer a su padre para que su madre no sufra las consecuencias de su decisión.

—¡Qué lo deje! —exclamé con irritación.

—Mary —dijo Felisa con firmeza—, las cosas no son tan sencillas… A lo mejor la mujer no tiene a donde ir.

Sabía que mi amiga tenía razón. Yo quería a Ruth. Anhelaba una vida a su lado, pero, a veces, desear a alguien con fuerza y estar dispuesto a luchar por esa persona, no es suficiente para tenerla. La vida está llena de imprevistos que se escapan a nuestro control. Me di cuenta en aquel momento.

Miré a Felisa un instante a los ojos y asentí en silencio. Un gesto que indicó que me hallaba de acuerdo con ella.

—Me voy fuera a trabajar —comenté convencida de lo que decía.

—¿Dónde vas a ir? —preguntó con escepticismo.

—El hermano de mi madre posee una librería —informé—, la tiene en un pueblo de costa que no está muy lejos de aquí. Podrás venir cuando quieras.

Felisa me contemplaba con incredulidad.

—Hablo en serio, Felisa —afirmé—. En un principio quería irme con ella, pero después de lo del otro día, la idea me va y me viene de la cabeza.

—Bueno, deja que la cosa se enfríe.

—No, la decisión ya está tomada —comenté mientras me incorporaba.

—¿No vas a despedirte de ella?

Observaba la plaza oscura. Se hallaba repleta de sombras que se balanceaban al cobijo de la noche. Me pregunté cuántos secretos conocería aquel lugar.

—Si vuelvo a verla, corro el riesgo de no querer irme —murmuré —, y por mí debo hacerlo.

Cuando les comuniqué a mis padres la decisión, no pusieron ningún inconveniente. Estaban convencidos de que un cambio de aires me vendría bien. Trabajar, tener una obligación y salir de un entorno seguro y de protección. Esas eran circunstancias que me obligarían a madurar, y provocarían que percibiera el mundo desde otra perspectiva.

El día de mi partida, mis padres y Felisa vinieron a la estación de tren. Mi amiga introdujo un sobre en el bolsillo de mi pantalón.

Una angustia se apoderó de mí cuando me despedí. Era como si el hilo invisible que me unía a ellos se rompiera al embarcarme. Los saludé desde la ventana. Sentía su presencia al otro lado de la misma, pero me contuve para no mirarlos nuevamente. Pensé que si lo hacía abandonaría el vagón de manera precipitada. La pesada máquina se puso en marcha e inició su trayecto. Yo seguía con la vista puesta hacia delante. La única dirección en la que debía mirar. Toqué el sobre que Felisa guardó en mi bolsillo. Lo extraje y leí su interior sin importar los sentimientos que me pudiera provocar. Era una carta de Ruth. El fragmento que reposa en la puerta de entrada de la biblioteca fue extraído de esa carta. Nosotras quisimos que así se hiciera.

Lloré al leerla como una niña pequeña. El hombre que tenía al lado, un anciano menudo con ojitos vivarachos, me ofreció un pañuelo de tela. Intentaba animarme diciéndome que lo malo no duraba para siempre.

—Cuando menos te lo esperas, las cosas cambian —comentó mientras acariciaba mi hombro—. Yo también he sido joven, ¿sabes? Sé que se vive todo de manera más intensa —continuaba en tono reconfortante—, pero ya te darás cuenta de que nada es demasiado importante.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Siempre detesté los consejos y lecciones ajenas, pero en aquel instante de desesperanza agradecí sus cálidas palabras.

El hombre me habló, durante todo el trayecto, de una nieta que les estaba dando quebraderos de cabeza.

—Llega tarde a casa, bebe y no sé cuántos novios ha tenido ya —comentaba—. Mi hija, que le da mucha importancia a la reputación, quiere internarla en algún sitio… yo le digo que es jovencita y que puede que sea una etapa de la vida y ya —proseguía dando pequeñas palmadas en mi hombro—. Comprendo a mi hija, ¿sabes? Pero uno ya ha visto muchas cosas para hacer caso de las tonterías… nada ni nadie es perfecto… Los que se esfuerzan por guardar las apariencias también tienen vergüenzas que ocultar. Que en realidad no son vergüenzas… son cosas naturales de la vida, ¿sabes?

Dejé que el hombre se expresara. Se cuestionaba a sí mismo, y respondía a sus propios planteamientos. Reprodujo un peculiar monólogo que creo que le sirvió de ayuda.

Cuando llegué a mi destino, atisbé al tío Frank que esperaba en el andén. Lo reconocí por el abundante bigote negro, el cual casaba con su esférica figura. Todo en él era rosáceo, incluso los ojos que se hallaban cansados de vagar entre manuales.

Era un hombre soltero. No estaba acostumbrado a la compañía, pero la convivencia con él resultaba fácil. No era complicado, ni

quisquilloso. Se adaptaba a las circunstancias y a las demás personas sin apenas esfuerzo.

Mi tío Frank llevaba toda la vida lidiando con el público. Oficio que le proporcionó paciencia y unas envidiables habilidades sociales. Me saludó, efusivamente, con la mano cuando me vio. Los ojos se le achicaban al sonreír y su bigote se elevaba, cubriendo parte de la punta de su nariz.

Me ayudó a portar el equipaje, y posó su regordete brazo sobre mis hombros. Se mostraba cercano, pero era un hombre de pocas palabras. No conversamos demasiado durante el trayecto en coche. Tampoco fue necesario. Su presencia emanaba bondad y aquello me hacía sentir cómoda y protegida al mismo tiempo.

El pueblo en el que me encontraba se hallaba en la costa. Mi tío poseía una planta baja justo en frente de la playa. Estaba deseando ver el mar. Mientras contemplaba el nuevo paisaje desde la ventanilla, pensé que aún hacía buen tiempo y podría darme un baño antes de que las temperaturas descendieran.

Era un lugar poco poblado. Repleto de casas encantadoras, pero distanciadas entre sí. Había multitud de comercios, más que en la villa. Vislumbré un pequeño edificio que poseía la palabra cine, en grandes letras blancas sobre fondo negro, en su fachada. Aquello me entusiasmó. En mi pueblo solo disfrutábamos de sesiones de cine en verano. Allí podría acudir todos los días del año si así lo deseaba.

Descubrir aquel novedoso entorno causó que me olvidara, por unos instantes, del motivo que me había empujado a escapar.

Los primeros días transcurrieron velozmente. Me sentía desbordada, pues las emociones se entremezclaban. Todo lo que conocía se había desvanecido. Tenía que enfrentarme a un nuevo entorno, aunque sabía que podía regresar a mi anterior vida cuando quisiera.

Me encantaba el rinconcito apacible que mi tío había creado, tanto la acogedora casa como la librería que permanecía justo al lado. El establecimiento se llamaba «*Libros mágicos*». Dos palabras que definen a la perfección lo que los lectores sentimos cuando nos sumergimos en una obra. El sitio era sencillo y reconfortante. Parecía una puerta de entrada a un mundo fantástico, con sus muebles de madera oscura repletos de pilas de libros, y las diminutas lámparas, las cuales emitían una luminosidad tenue. El aroma a papel, que emanaba de cada rincón, te embrujaba.

Por otra parte, cuando la faena era escasa o llegaba la noche con su inquietante silencio, el recuerdo de Ruth me asaltaba.

¿Se habría casado ya? ¿Sería un buen hombre? ¿De verdad que aún guardaba la esperanza, como la carta sugería, de que ella y yo acabásemos juntas?

Multitud de interrogantes me hostigaban. Yo intentaba centrarme en el sonido que las olas del mar hacían al romperse en la orilla.

Todas las noches me dormía en compañía de los recuerdos. Recuerdos envueltos con un placentero perfume a agua salada.

Me adapté con facilidad a mi nuevo hogar. Me gustaba el trabajo en la librería. La oferta de actividades de ocio era numerosa, y había entablado amistades.

Frecuentaba el cine, tomaba lecciones de piano y me apunté a un club social en el cual desarrollaban una gran labor cultural.

Congenié con mi tío Frank. El hombre me enseñó el negocio con entusiasmo y paciencia. Me descubrió multitud de obras desconocidas que devoraba en mis ratos libres.

Había construido una vida a mi medida. Me sentía a gusto con ella, pero, a pesar de la sucesión de los meses, el recuerdo de Ruth seguía manifestándose con intensidad.

En alguna ocasión, la rabia se apoderó de mí. Aprendí a dominarla, aunque notaba que se agrandaba por momentos. Aquella sensación me aterraba.

Sentía impotencia. Nuestra relación no se rompió de una manera natural. Las circunstancias nos habían obligado a hacerlo. Nosotras deseábamos permanecer juntas. Teníamos multitud de sueños compartidos. Mi espíritu se encendía cuando la tenía cerca, y sé que a ella le ocurría lo mismo. Nos aportábamos vitalidad y paz a la vez.

Cuando compartíamos un espacio de tiempo, ambas experimentábamos la deleitosa sensación de que todo se detenía alrededor. Nos hallábamos dentro de una burbuja que nos aturdía. En ella, las horas transcurrían demasiado deprisa.

Anhelaba tanto su presencia. Anhelaba tanto su contacto. Lo anhelaba todo tanto que me dolía.

Hablaba por teléfono con Felisa todas las semanas. Nos escribíamos correspondencia de manera continua. Ella me mantenía al día de todo lo que acontecía en la villa. Me enteré de que Ruth se casó. Felisa asistió a la boda. En nuestras conversaciones, mi amiga intentaba no ahondar en el tema. Era yo la que preguntaba de forma insistente.

Recuerdo claramente el momento en el que, después de casi dos años, la vi de nuevo. Fue un día soleado. En la calle, la luz blanquecina te cerraba los ojos.

Me hallaba con un plumero en la mano, quitando el polvo de las estanterías. No había nadie en la librería, y la campanilla me advirtió de la entrada de un cliente.

—¡Voy enseguida! —exclamé mientras me incorporaba.

Recorrí el pasillo central hasta que su presencia me detuvo en

seco. Estaba de pie delante de la puerta. Sostenía un elegante bolso con sus manos. Permanecimos en silencio, contemplándonos la una a la otra, durante un tiempo indefinido.

Lucía un valioso vestido color verde esperanza que hacía juego con el carmín que bañaba sus labios. Estaba preciosa, y atisbé cierta madurez tanto en su pose como en su rostro.

Yo portaba un mono vaquero desgastado, una camiseta blanca y el cabello, que me creció considerablemente en los últimos meses, alborotado.

Me fijé en el colgante que adornaba su cuello. Se me erizó el vello cuando vi la flor de jazmín.

—Hola —susurró.

Me sonrió. La sonrisa melancólica y de cristal volvió a adueñarse de su rostro.

—Hola —respondí al cabo de unos segundos.

—Felisa me dijo que trabajabas aquí —comentó con la intención de romper el hielo.

Asentí en silencio y me dirigí hacia el mostrador para depositar el plumero. Abrí el libro de contabilidad e ignoré su presencia.

—Mary… —murmuró, y bajó la mirada un instante—. Espero que algún día lo entiendas y me perdones.

Recobró la compostura, dio media vuelta y se marchó. Contemplé la puerta un momento. Cerré el manual de cuentas, con brusquedad, y corrí tras ella.

—¡Espera! —grité.

Ruth detuvo su paso y giró levemente la cabeza. Me dirigí hacia ella y posé mi mano sobre su brazo desnudo. Noté como todo su cuerpo se estremecía ante nuestro contacto.

—No te vayas, por favor.

—¡Mary! —exclamó mi tío desde la ventana del comedor—, ¡vete si quieres que cierro yo la librería!

Cuando mi tío Frank se adentró en la librería, nos dirigimos a una cafetería cercana. Tomamos asiento en la terraza. Desde allí, escuchábamos el mar. Aquel día se mostró bravo. Me encantaba contemplar su agitación, y la espuma que se formaba en la superficie. Como si estuviese padeciendo un episodio de locura.

Las palabras emergieron sin esfuerzo. La magia seguía creándose a nuestro alrededor.

—¿Qué te ha traído aquí? —inquirí después de charlar, de manera breve, sobre asuntos rutinarios.

Ella removía, con su usual destreza, el café con hielo. Me miró directamente y sonrió. Sentí el impulso de besarla, pero me contuve.

—Simplemente quería verte —respondió con un matiz tembloroso

en la voz—. Le di muchas vueltas porque no sabía cómo reaccionarías…

—Mi genio loco, ¿no? —bromee.

La risa se apoderó de ella, inclinó la cabeza y apoyó su frente sobre el dorso de su mano. Noté como se sofocaba. Se secó las lágrimas, delicadamente, con las yemas de los dedos.

—Ni te imaginas cuanto necesitaba esto —confesó.

Volvió a posar su mirada sobre la mía. En ella leí una curiosa combinación de deseo y dolor, prisión y libertad.

—Me gustaría enseñarte algo —propuse.

Ruth me observó con curiosidad.

Cuando finalizamos el café, nos dirigimos hacia donde estaba aparcado el coche de mi tío Frank.

—¡Vaya! —exclamó—, ¿conduces?

Asentí mientras le indicaba con un gesto que subiese al vehículo.

—¿A dónde vamos? —preguntó entusiasmada.

—Es una sorpresa.

Era muy sencillo hacerla feliz. Su alegría infantil te traspasaba.

Conduje a través de un camino de tierra que había en medio de la sierra.

—¡Agárrense! —exclamé—. Nos trasladamos a un lugar fascinante.

Aparqué en un descampado. Había varios vehículos estacionados. Penetramos por una senda custodiada por pinos de gran altura. El camino te llevaba hacia un amplio mirador. El lugar estaba repleto de gente. Miré a Ruth de soslayo, y comprobé que todo su semblante brillaba. Nos acercamos para percibir mejor el paisaje.

El mar y el cielo se unían. Ambos eran inagotables, grandiosos y azules. Las viviendas, que componían la ciudad, asemejaban los juguetes de un niño pequeño, y los viandantes parecían intrusas hormigas en busca de dulces.

Atardecía y el sol iniciaba su descenso por el firmamento. El horizonte era como un cítrico gigante. La brisa vespertina removió nuestras melenas. Ambas cerramos los ojos ante su reconfortante contacto. Tomamos asiento en un banco sin respaldo. La gente se marchaba, y el cielo adquiría un tono cada vez más oscuro. Ninguna de las dos sintió la necesidad de pronunciar palabra durante ese mágico instante.

—Se ha ido todo el mundo —informó Ruth mirando alrededor—. Se está haciendo de noche y dentro de poco no se verá nada.

—¿Tienes que irte a casa? —inquirí—. Puedo acercarte si quieres.

Ella negó.

—Le dije a mi marido que me iba un par de días a ver a una amiga —informó—. Hoy nadie me espera.

Era la primera vez que lo mentaba.

—¿Eres feliz con él? —me atreví a preguntar después de un breve silencio.

—Me trata bien, pero no es la persona con la que quiero estar.

Ruth y yo nos miramos. Acercamos nuestros rostros con cierta ansiedad. Nos besamos con deseo y ternura a la vez. Anhelábamos el bienestar que nos producía acariciarnos. Las estrellas parpadeaban intensamente sobre nosotras, como si aplaudieran nuestro acto. Quizás nos estaban advirtiendo del peligro que corríamos si nos dejábamos llevar por nuestros sentimientos.

En mi imaginación, las circunstancias eran más complicadas de lo que en realidad resultaron. Temía al futuro. Lo visualizaba colmado de adversidades, alejada de Ruth y cabreada con el mundo. Apartada de una sociedad que no me aceptaba. Resignada ante un pensamiento arraigado que amenazaba con castigarme si me mostraba como realmente era.

Aquel día no fue la primera vez que nos vimos, pero si la única en la que nos besamos. Nos conformábamos con tenernos cerca la una a la otra. Los ojos expresaban lo que nuestros cuerpos reprimían, y lo que no nos atrevíamos a decir.

Me presentó a Anthony, su marido, y nos fuimos los tres juntos a comer. Era un hombre sencillo. Provenía de una acaudalada familia que le enseñó a compartir su buena suerte. Su disponibilidad para ayudar a otros le otorgó muchas amistades. Algunas poco convenientes según el criterio de Ruth, la cual opinaba que su marido era demasiado inocente. Él permitía que su mujer hiciese todo lo que quería. Algo poco frecuente en esos tiempos. Ella tenía tanta confianza con él que le confesó lo nuestro.

—Nunca has mirado a nadie como miras a Mary —le respondió serenamente mientras finalizaba su desayuno.

Anthony se fue al trabajo y ella se quedó abstraída un buen rato. ¿Tan evidentes eran sus sentimientos? Se cuestionaba mientras recogía la cocina. Siempre creyó que aparentaba hábilmente. Lo cierto es que resultaba imposible controlarlo todo.

—¿No te importa? —le preguntó una noche mientras leían en la cama que compartían.

Nunca obtuvo respuesta.

Yo viajaba a menudo y siempre le enviaba una postal del lugar en el que me encontraba.

Cuando cumplí los treinta años, mi tío Frank falleció y me legó el negocio y la vivienda. Se estableció entre los dos una relación muy especial, y cuidé de él durante su último año de vida. Fue el más duro. Requería de toda mi atención y tuve que cerrar temporalmente la

librería.

Ruth estuvo presente en aquella etapa. Me acompañó en muchas interminables noches. Noches extrañas, colmadas de incertidumbre y cansancio. John y Felisa también me apoyaron. Por aquel entonces, nos veíamos muy pocas veces al año. Ambos se casaron, y habían formado sus respectivas familias.

Como suele ocurrir en la vida, los malos momentos se amontonaron. No me recuperaba de un problema cuando, sin apenas darme cuenta, me sumergía en el siguiente. Etapas fatigosas que se dilataban en el tiempo.

El padre de Ruth enfermó al poco tiempo de fallecer el tío Frank. Ella nunca mantuvo una relación estrecha con él. Lo culpaba de no poder vivir la vida como realmente quería. Sin embargo, se volcó en su cuidado. Se trasladó a la casa familiar y permaneció junto a él los meses que duró la enfermedad.

Su muerte le afectó más de lo que pensaba, y permaneció con su madre una temporada. Yo me comunicaba con ella vía telefónica o por carta.

—Mary, no me encuentro muy bien —susurró después de que le propusiera pasar unos días en mi casa—, necesito estar con mi madre.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Espera un momento.

Escuché un rumor de voces al otro lado del teléfono.

—Mary…

—¿Si?

—Mi madre quiere que vengas a casa.

Se produjo un silencio incómodo.

—¿Será buena idea? —inquirí con prudencia.

—Nos gustaría mucho a las dos —afirmó afectuosamente.

Preparé el equipaje en un estado de confusión. Me hallaba desconcertada y no conseguía pensar con claridad. Hice lo que tenía que hacer sin preguntarme absolutamente nada.

Durante el trayecto hacia la villa, noté mis extremidades débiles. Las piernas me temblaban de manera sutil.

Mis padres me esperaban en la estación. Como regentaba un negocio, hacía mucho tiempo que no pasaba una temporada larga en mi casa. Ambos me abrazaron con efusividad. Me acariciaban el cabello y me tendían besos en la mejilla, hombros y espalda.

Desde que abandoné la villa, los había visto en contadas ocasiones. Normalmente en Navidad, y el paso del tiempo se reflejaba en sus rostros y gestos. Las manos fuertes de mi padre, que tanta seguridad me daban cuando era una niña, las percibí frágiles, repletas de vello canoso y manchas de la edad.

Mi madre, firme y alegre, mantenía su personalidad, pero más

sosegada. La vi menuda, ligera y cubierta de arrugas juguetonas que surgían y se ausentaban en el mismo segundo.

—Mi pequeña… —murmuró mi padre a la vez que se enjugaba la lágrima que descendía por la mejilla.

Al adentrarme en el que fue mi cuarto, multitud de sensaciones colapsaron mis sentidos. Una curiosa combinación de nostalgia y alegría se apoderó de mí. Me tumbé un instante en el lecho y creí ser la Mary adolescente que suspiraba de amor. Recordé, claramente, los enfados que cogía ante el impedimento de mantener una relación normal con Ruth.

Me dirigí hacia su vivienda por la misma ruta que realizaba años atrás. Me asomé por el recodo y contemplé la amplia escalinata. Rememoraba el momento en el que la vi por primera vez. Nunca imaginé lo que aquel breve instante supondría para el resto de mi vida.

La madre de Ruth me dedicó una afectuosa bienvenida. Pasamos un buen día las tres juntas. Apacibles paseos campestres, comida en abundancia y juegos de mesa.

—Dice que prefiere verme así que infelizmente casada —me confesó Ruth una vez nos quedamos a solas.

Ruth y Anthony nunca fueron un matrimonio convencional. Él se enamoró perdidamente de ella e intentó, por todos los medios, que su amor fuese correspondido. Desde un principio conectaron y se sentían cómodos el uno con el otro, pero para Ruth aquello no iba más allá de una amistad.

Unos meses después del fallecimiento de su padre, Ruth rompió su matrimonio. No lo consultó con nadie. Tanto la decisión como el momento escogido para llevarla a cabo fueron elecciones que ella tomó por propia iniciativa. Supongo que así lo hizo porque estaba cansada de tener que pedir permiso.

Aceptó casarse con Anthony para que su madre no cargara con la frustración de su progenitor. Abandonar el hogar para huir con la persona a la que realmente quería hubiera supuesto un escándalo. Una vergüenza que marcaría a la familia durante generaciones.

Las mentes más viles no olvidan con facilidad. Utilizan la humillación ajena para encumbrar su supuesta integridad.

Puedes imaginarte lo que ocurrió después. Anthony aceptó la decisión de Ruth sin resistencia, y ambos mantuvieron el contacto hasta que él se casó de nuevo.

Ella se vino a vivir conmigo y regentamos la librería entre las dos. El establecimiento conservaba su espíritu inicial.

Emma sé que, antes de leer estas páginas, habrás averiguado la relación que con Ruth me unía. Soy consciente de que hoy en día se

vive con más naturalidad una circunstancia así. Puede que no te sorprenda que dos mujeres se enamoren, pero decidí escribirte estas líneas por varios motivos:

Para que conozcas nuestra historia en profundidad y te enorgullezcas de tu abuela Felisa. En una época en la que nuestro amor estaba prohibido, ella nos tendió una mano amiga. Nos aceptó y nos dio apoyo hasta el final.

Para que vivas como realmente quieres vivir. La vida te pertenece. Has tenido la suerte de nacer en un mundo repleto de posibilidades. Cada cual posee una manera particular de percibir este misterio del que todo somos partícipes.

Aunque no controlamos todo lo que nos sucede, poseemos la capacidad de elegir la esperanza y de empezar de nuevo si es necesario.

Escribe si es lo que verdaderamente quieres. Escribe sobre nosotras si te inspira. Sé que encontrarás la manera de llevar a cabo tu sueño.

Te quiere,
Mary.

EPÍLOGO.

Presentación del libro «*La mariposa y la flor de jazmín*».

La entrada del centro cultural se hallaba repleta de gente. Una multitud diversa que permanecía rebosante de entusiasmo. Charlaban de manera informal, en grupos dispersos, hasta que se les permitió adentrarse en el edificio.

En el interior de la amplia construcción, el personal lo preparó todo con esmero para que el evento despuntase.

Dos semanas antes, empezaron a anunciarlo por el pueblo y sus alrededores. En la puerta de muchos establecimientos, colocaron un cartel que promocionaba la presentación del libro de una escritora del municipio.

John y Emma estaban sentados en la alargada mesa que presidía la sala. Conversaban a la vez que ajustaban el micrófono o señalaban una hoja de papel. El nerviosismo invadía cada centímetro de sus cuerpos, pero se hallaban tan seguros de lo que hacían que la fortaleza y la valentía ganaron la batalla sin vacilaciones.

Poco a poco, las sillas de una tonalidad carmín, que habían colocado enfrente de ellos, fueron ocupadas.

Ambos conocían a la mayoría de los asistentes. Mike y los padres de Emma tomaron asiento en la primera fila. La chica saludó, con efusividad, a sus compañeras de baile que optaron por sentarse al fondo de la sala.

Un rumor de voces se adueñó de la estancia hasta que el director de la biblioteca, un hombre alto y desgarbado, hizo acto de presencia y se situó entre los asistentes y nuestros protagonistas.

La presentación de la obra iniciaba y el director abrió el evento con unas palabras:

—Siempre es un orgullo realizar una presentación de un escritor local —afirmó, micro en mano, con alegría—. Estoy convencido de que Emma ha hecho un buen trabajo y de que cuenta con la mejor de las compañías en su día.

El hombre se volvió hacia los mentados, les guiñó un ojo y les tendió una sonrisa repleta de optimismo.

John se acercó, con prudencia, al alargado micrófono que reposaba encima de la mesa. Carraspeó un instante.

—Hay historias que entretienen —comenzó a decir con fuerza en la voz—. Existen narraciones interesantes con las que aprendes algo nuevo. Hay relatos que no terminan de satisfacerte, pero te fuerzas a leerlos por cabezonería —carraspeó nuevamente—. Luego están las historias que te poseen, las que se apoderan de tu atención. Resulta

imposible abandonar sus páginas. Únicamente lo haces cuando se terminan y, aun así, necesitas regresar, de vez en cuando, a ellas —miró a su compañera un segundo y prosiguió—, esto último es lo que ha causado en mí este libro. La historia está inspirada en un hecho real, de represión y valentía, que honra la lucha de dos mujeres destinadas a amarse.

El público guardaba silencio. Todo el mundo permanecía expectante. El hombre narraba lo que había experimentado al leer la primera novela de Emma. La chica le dedicó una sonrisa afectuosa, colmada de agradecimiento, y se sonrojó cuando se percató de que todos los ojos estaban puestos en ella.

—A mí me encantaría saber… —prosiguió John—… el motivo que te empujó a escribir esta maravilla. Estoy convencido de que los aquí presentes también tienen curiosidad.

Soltó una risita después de concluir la última frase. Era consciente de que a su compañera le avergonzaban los halagos.

—No es fácil encontrar el lugar en el que uno se siente cómodo. Cuando estás en el camino parece una tarea ardua e imposible… —dijo Emma como si empezara a narrar una historia que, en apariencia, poco tenía que ver con la pregunta de John—. En ocasiones, es necesario perder el rumbo para valorarlo y regresar nuevamente a él —continuó y se percató de que, mientras hablaba, su madre se enjugaba los ojos con un pañuelo—. El contexto influye, los medios de comunicación y las personas a nuestro alrededor nos moldean y dirigen. Intentamos encajar en el que debe ser nuestro sitio. Pero si tienes la capacidad de darte cuenta de qué es lo que realmente quieres, escucha a tu propia voz e inténtalo. Aunque no sea fácil, aunque, en un principio, tengas que hacer malabares para sacar tu proyecto adelante. Ármate de paciencia y hazlo.

Mike y la madre de Emma iniciaron un aplauso al cual se unió la multitud restante. Un aplauso enérgico y colmado de admiración, pues la mayoría se sintió identificada con sus palabras.

—Las complicadas circunstancias que sucedieron en mi vida me empujaron de regreso a mi primer hogar, y el descubrimiento de la historia de amor de Mary y Ruth me inspiró para escribir nuevamente… —prosiguió la escritora—. Esta obra es un homenaje —observó un instante al interesado público—, un homenaje para dos mujeres. Admiro el coraje de Mary y Ruth. La valentía de amarse en una época en la que su idilio se percibía como inmoral, antinatural y prohibido. Pero también es un reconocimiento a mi abuela Felisa y a John —Emma miró a su acompañante a la vez que pronunciaba sus palabras, y el hombre se sorprendió ante la mención—. El importante papel que cumplieron en su relación. Supieron aceptar y dar cobijo al amor que se profesaban.

—A ver cómo continúo yo ahora… —musitó el hombre con emoción.

Los allí reunidos rieron de manera discreta. En el ambiente se respiraba esperanza. Se formó una atmósfera reconfortante que cautivó a todo el mundo, y se acrecentó cuando dos camareros hicieron acto de presencia en el lugar. Portaban bandejas repletas de pasteles artesanos de chocolate, y bebidas varias.

La mayoría de los asistentes compró el libro. Deseaban sumergirse entre sus páginas y descubrir aquel microcosmos.

—El mundo está hecho de historias que esperan pacientemente, escondidas en el transcurso de los años e incluso siglos, para ser contadas —le susurró John a Emma mientras la escritora firmaba los ejemplares con un sutil temblor de manos.

La chica sonrió. Un horizonte de posibilidades se abría ante ella y lo abrazaba con regocijo.

∞ ∞ ∞

AGRADECIMIENTOS

La autopublicación no es sencilla. Es un mundo desconocido que poco a poco, y con paciencia, voy descubriendo. Somos muchos los que optamos por esta vía y resulta muy complicado que la historia llegue a un determinado número de personas.

Por estos motivos, es imprescindible una ayuda durante el camino.

En primer lugar, a mi familia. Ellos siempre apoyan mis proyectos, y, cuando las dudas me asaltan, me animan a seguir hacia delante.

A Verónica. Cada vez que encuentra algo que pueda impulsar mis escritos, lo comparte inmediatamente conmigo.

A las escritoras Beatriz Cáceres y Carolina Iñesta, porque siempre resuelven mis dudas con amabilidad y cercanía.

Por último, gracias a los lectores que se entusiasmaron con mi primera obra y me alentaron a seguir escribiendo.

El reconocimiento es un estímulo para seguir dando vida a las diversas historias que se originan en mi mente.